

Maravillas del Colportaje

Emocionantes y alentadores relatos de salvación



NICOLAS CHAIL

NICOLAS CHAIJ

Autor de *El colporteur de éxito*

Ex director de colportaje de las Divisiones Sudamericana e Interamericana

MARAVILLAS DEL COLPORTAJE

**Emocionantes y alentadores
relatos de salvación**

PUBLICACIONES INTERAMERICANAS

Pacific Press Publishing Association

Mountain View, California 94042

EE. UU. de N. A.

Copyright © 1973, by
Pacific Press Publishing Association

Spanish—"Wonders of the Colporteur Work"

Contenido

1. Una obra divina	7
2. ¡Esperad milagros!	17
3. Cómo ayudan los ángeles	30
4. Colportores que parecen ángeles	44
5. La amante dirección de Dios	50
6. Soñarán sueños	62
7. La protección celestial	72
8. Conversiones rápidas	82
9. Triunfos de la verdad	92
Milagros que se producen al orar con el cliente	104
1. Cómo empezaron algunos a colportar	114

Propósito de esta Obra

UN DIA un amigo me preguntó cordialmente: “Esas hermosas experiencias de colportaje que Ud. publica, ¿sucieron realmente así como Ud. las cuenta?”

Con la misma franqueza le expliqué que cada caso de los que yo contaba lo había oído directamente del protagonista, lo había escrito en el acto y había verificado su exactitud. De esa manera, todos los relatos contados en esta obra, menos tres o cuatro, son incidentes que recibí de fuente directa; y todos son brillantes ejemplos del amor de Dios y de su gracia salvadora.

Desde el cristalino mar de vidrio, los redimidos cantaban: “¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso!” Eso mismo sucede en el colportaje, “grandes y maravillosas” son las obras que Dios está realizando mediante las publicaciones que anuncian su regreso y mediante los mensajeros que las distribuyen.

Las proezas narradas en esta obra, no suceden todos los días con todos los colportores; han sido seleccionadas a lo largo de cuarenta años de colportaje.

Los colportores que no han tenido experiencias similares a las que van a leer aquí no deben sentirse desanimados, pensando que no son buenos obreros o que no tienen el Espíritu Santo. Recuerden que el resultado mayor está en el cercano futuro, y que nuestro honroso privilegio actual consiste en apresurar el día en el cual conoceremos todas las maravillas que el Señor está efectuando ahora.

No obstante, estas experiencias no debieran ser excepcionales en el bendecido trabajo del colportor, sino frecuentes y comunes. Así acontece con los que salen cada día a su trabajo esperando los milagros de Dios.

Confío que estos alentadores relatos ofrecerán los siguientes cuatro beneficios:

1. Inspirarán santo entusiasmo y nuevas ideas a los colportores, y les ayudarán a perseverar y a tener más éxito en su divina misión.

2. Proveerán a los directores de buen material de reclutamiento. Porque una experiencia real, contada con brevedad y fervor, puede encender el espíritu misionero en los oyentes más rápidamente que un largo sermón teórico.

3. Proveerán a los pastores ilustraciones para dar vida y fuerza a sus sermones.

4. Animarán a muchos hermanos a consagrar su vida a la sin igual y eficaz obra evangelizadora del colportaje.

Dios ha prometido realizar en estos días del fin mayores milagros que los que realizó durante el Pentecostés. Para eso necesita instrumentos consagrados y fervientes. ¿Por qué no puede ser Ud. también uno de ellos?

Nicolás Chaij

1

Una Obra Divina

¿POR QUE la gracia celestial se manifiesta en forma tan marcada mediante las publicaciones adventistas y los colportores? Veamos si la respuesta no se halla en los siguientes dos puntos:

1. Sencillamente, porque esta obra es de Dios. Tanto la obra de publicar nuestros libros y revistas como la de distribuirlos, han nacido en la mente de Dios y han sido ordenadas por él.

2. Porque el triple y grandioso propósito de la obra publicadora adventista consiste en evangelizar a la gente, salvar a los sinceros y apresurar el regreso de Cristo a esta tierra.

Por eso, el milagro divino se ve en la venta de cada libro, de cada Biblia y de cada revista; y se ve en las conciencias que despiertan al leer esas publicaciones y al oír los estudios que les da el colportor.

Sabor a cielo

El joven Luis Peña tuvo dos de esas victorias que convencen al colportor del carácter divino de su trabajo y de que el Señor lo acompaña.

Sucedió en Puerto La Cruz, Venezuela. Una mañana, Peña despertó vivamente impresionado por un sueño. Había soñado que una señora de mediana edad le había dicho: "Necesito que me ayude con sus oraciones a librarme de unos malos espíritus que me atormentan".

Esa mañana, Peña tomó un ómnibus para ir a su trabajo. Después de algunas cuadras, el bus se detuvo para que subieran otros pasajeros. Entonces Peña pasó por un tremendo sobresalto. Vio subir a la misma señora con quien había soñado esa noche. Y lo raro fue que ella lo saludó a él, como si lo conociera.

Después de sentarse, la señora le preguntó: “¿Por qué no me da algunos de esos folletos que lleva en su maletín?” Al oír este pedido, a Peña se le erizó la piel. ¿Cómo sabía esa señora que él llevaba folletos? Le dio algunos a ella y repartió otros entre los pasajeros.

En seguida de recibirlos, ella le hizo otro pedido, que estremeció aún más a Peña: “Véndame esa Biblia que lleva allí”. ¿Quién le dijo a esa señora que él llevaba una Biblia en el maletín?

Este incidente era más asombroso aún, porque esa mañana Peña había salido a su trabajo, y después de caminar tres cuadras había notado que no llevaba la Biblia para la venta, como acostumbraba. Entonces había regresado a su cuarto, había puesto la Biblia en su maletín y había vuelto a salir para tomar el ómnibus.

Con esos extraños sucesos, Peña olvidó bajar donde debía, y siguió en el ómnibus hasta donde bajó la señora. Entonces ella le pidió que fuera hasta su casa para pagarle la Biblia.

Mientras caminaban juntos, él le habló a la señora acerca del amor de Cristo y del perdón del pecado que él nos da. Llena de admiración, ella le dijo:

—¡Qué espíritu tiene Ud.! ¡Lo que me está diciendo me conmueve!

—Bueno —respondió él—, los cristianos vamos acompañados por los ángeles de Dios y por el Espíritu Santo.

Entonces ella le contó que era médium espiritista y que un mal espíritu la atacaba continuamente. Y en ese momento repitió las mismas palabras que él había oído en su sueño: “Necesito que me ayude con sus oraciones a librarme de unos malos espíritus que me atormentan”. Y agregó: “Vuelva a visitarme, a enseñarme la Biblia y a cantarme algunos de esos cantos que Ud. sabe”.

El primer estudio que Peña le dio fue acerca del estado de los muertos y del espiritismo, que ella aceptó. Y siguió dándole estudios.

Casi simultáneamente a este caso, Peña tuvo otra brillante manifestación de la gracia de Dios. Vendió varias revistas a un joven bachiller de unos 22 años de edad, y luego le dijo:

—Joven, me gustaría volver a visitarlo.

—¿Para qué?

—Para hablarle de las hermosas promesas de Dios.

—No puede ser —respondió el joven—, porque yo soy espiritista y tengo otra filosofía.

Frente a esta negativa, Peña tuvo este acertado comentario:

—Eso no importa, porque en ese caso, Ud. puede hablarme de sus ideas.

Sorprendido, el joven le preguntó:

—¿Cómo? ¿Su iglesia no le prohíbe escuchar a personas de otra religión?

—De ninguna manera.

—Bueno. Entonces venga el miércoles de noche.

Ese miércoles, Peña lo escuchó por un rato, y luego le habló de varias promesas bíblicas. Antes de retirarse, el joven le dijo: “Sabe, estoy encantado con lo que Ud. me ha dicho. ¿Por qué no vuelve otro día, para que charlemos más?”

Esas charlas se convirtieron en estudios bíblicos. Y este joven y la señora del sueño se bautizaron en un mismo día. Estos triunfos dan sabor a cielo al trabajo del colportor y lo convencen de que esta obra es de Dios.

El espíritu me dice que compre

En la ciudad de Manaos, ubicada junto al inmenso Amazonas, ocurrió una experiencia que demuestra la gracia celestial que va con el colportor y le da éxito.

Era un viernes al mediodía. Al salir de una reunión, me crucé en la calle con dos colportores que venían muy excitados, porque minutos antes habían tenido una victoria

poco común. Cuando me la contaron, noté que ni ellos mismos habían percibido todo su significado.

Cuando invitaron a cierto señor a encargar sus libros, él les dijo: “Yo no hago nada sin consultar a mi espíritu guía. Voy a consultarlo ahora mismo”.

El hombre tomó un anillo, lo ató con una cinta, y sostuvo la cinta del extremo opuesto, de modo que el anillo quedó colgando y quieto. Y les dijo: “Ahora voy a preguntar a mi guía, si puedo comprar esos libros. Si el anillo queda quieto, quiere decir que no los puedo comprar; si se pone a girar, quiere decir que los puedo comprar”.

Luego, en alta voz mencionó el nombre de su guía y le dijo: “Fulano, estos jóvenes me están ofreciendo estos libros. ¿Qué dices tú? ¿Son buenos libros? ¿Los puedo comprar?”

Los ojos de los colportores estaban fijos en el anillo. Tan pronto como el hombre terminó su última pregunta, el anillo empezó a girar en círculos, y el hombre agregó: “¿Ven? El espíritu me está diciendo que compre los libros. Pueden anotarme”.

¿Quién era ese espíritu guía? Nada menos que un emisario de Satanás, que engañaba a ese hombre fingiendo ser el espíritu de un amigo difunto. ¿Quiere Satanás que sus cautivos compren nuestros libros y se libren de su dominio? Todo lo contrario.

A pesar de su oposición a Dios, ese invisible mal espíritu no pudo resistir el poder superior que obraba con los colportores. Y contra su voluntad, ese espíritu recomendó a su incauta víctima que comprase esos libros de salvación. Esto muestra que la obra del colportaje es del cielo.

Tendrás que salir

Un día, Roque Finco tuvo una seria lucha con el príncipe de las tinieblas. En ese tiempo, Finco era subdirector de colportaje en Paraná, Brasil, y estaba ayudando a un colportor.

Cuando estaba presentando sus libros a una señora, Finco mencionó el espiritismo. En ese instante, con voz ronca y asustadora, la señora exclamó: “Aquí estoy”.

Al oír esa voz tan rara, Finco sintió que no podía moverse y que un calor le subía por todo el cuerpo. En cambio, el colportor que iba con él, quedó frío y temblando.

Comprendiendo lo que sucedía, Finco oró, y haciendo un esfuerzo extendió su brazo hacia su maletín, sacó su Biblia, y con autoridad le dijo al mal espíritu que dominaba a la señora: “Si aquí estás, tendrás que salir”.

Entonces empezó a leer en voz alta el Salmo 91. Antes de terminar la lectura del salmo, la señora recobró la normalidad, y con voz natural dijo con alivio: “Ya se fue”.

La orden-promesa que el Señor dio a sus primeros discípulos, es también para cada colportor: “Echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”.

Estos casos demuestran que el colportaje no es una obra humana, sino divina; demuestran que el colportor no va solo, sino que el poder del cielo va con él; demuestran que los ángeles de luz lo acompañan para darle éxito en el cumplimiento de su celestial misión: contribuir a restaurar la justicia de los siglos en el universo de Dios.

Un lugar peligroso

Una alentadora cadena de evidencias de la presencia de Dios en su trabajo, tuvo Bienvenido Fortunato cuando colportó en las Minas de Farfán, en la Rep. Dominicana.

Alguien le aconsejó a Fortunato que no fuera a ese apartado lugar. “Es un lugar peligroso”, le dijeron. Pero el colportor respondió con valentía: “Yo voy en el nombre de Dios, y con él nada es peligroso”.

Al llegar allá, Fortunato visitó primero la Jefatura de Policía. Y ahí el enemigo usó al teniente jefe para desanimarlo. Aunque el teniente lo atendió bien, no le compró; y además le dijo: “Aquí la gente no se interesa en la lectura. No le conviene perder tiempo trabajando esta zona”.

Sin embargo, Fortunato no se dejó desanimar, y Dios le dio un éxito extraordinario. El primer día vendió por valor de 420 dólares, y al fin de esa semana tenía más de 1.700 dólares en pedidos.

Un día Fortunato visitó a una curandera espiritista de

fama internacional y de mucha clientela. Después del saludo, ella le dijo:

—Yo sé a qué viene Ud. Anda llevando el bien y la paz a los hogares.

—¿Y cómo sabe eso? —preguntó Fortunato.

—Yo tengo una luz que me dice todo —le explicó ella.

Viendo que Dios se le había adelantado, Fortunato le ofreció a esa señora *Las bellas historias de la Biblia, El conflicto de los siglos, El guardián de la salud, La clave de la felicidad y El secreto de la dicha conyugal*. Y ella no le compró más libros, porque él no le ofreció más. Después de la entrega, él le dio algunos estudios.

Poco después de su primera entrega, un hombre que le había comprado *El secreto de la dicha conyugal*, le dijo a Fortunato: “Ud. ha salvado a mi hogar. Yo había fracasado y ya iba a separarme de mi familia. Ese libro que me vendió, salvó a mi hogar”. Al contar este caso, Fortunato nos dijo: “Yo pensé: ¡qué hermoso es colportar y cuántas alegrías nos da!”

Cuando Fortunato saludó a otro señor, este hombre le respondió: “No me llame señor, sino hermano; porque leí el folleto *Un diálogo con Dios*, que Ud. me dejó, y decidí unirme con Dios y con la Iglesia Adventista”.

En ese lugar, Pedernales, Fortunato organizó una escuela sabática, y poco después había allí 40 observadores del sábado. El Espíritu divino había hecho una obra grande en ese corazón. Ese señor había sido pastor evangélico en otro tiempo, y ahora era un hombre de buena posición e influyente. Una noche despertó a la una de la madrugada y no pudo seguir durmiendo. Buscó el folleto *Un diálogo con Dios*, lo leyó con cuidado, y en ese mismo instante decidió seguir la hermosa luz que acababa de inundar su corazón.

Al día siguiente recorrió el pueblo, por su cuenta alquiló una casa, quitó una pared divisoria entre dos cuartos y preparó un saloncito para reuniones. A la entrada de la casa puso un letrero que decía: “Iglesia Adventista”. Invitó a la gente y empezó a predicarles el mensaje adventista.

Entonces llegó el pastor nuestro, Danilo Rodríguez, y después de una corta serie de reuniones, bautizó a 25 conversos, y unos meses después a otros 10.

Estas hermosas victorias se hubieran perdido, si el colportor no hubiera tenido la valentía de ir a ese lugar aparentemente peligroso a trabajar con fe, sabiendo que esta obra es de Dios y que él protege y prospera a los que le sirven con amor.

Un caso singular

En la vida del colportor suceden cosas increíbles desde el punto de vista humano, y explicables sólo por la influencia divina. Así ocurrió con el pastor Claudio Ingleton, en Mayagüez, Puerto Rico.

Ingleton visitó a un comerciante de buena posición financiera. Cuando entró a la oficina de ese señor, lo notó impresionado; al principio con el rostro enrojecido y en seguida pálido.

En ese momento entraron dos jóvenes a efectuar una compra, y señalando al pastor, el dueño les dijo: “Vean, jóvenes, éste es hombre espiritual. Lo vi entrar, antes que él entrara. Lo vi entrar a él primero, y después vi entrar su cuerpo”.

Ante esta rara descripción, los jóvenes se pusieron nerviosos, e Ingleton pidió al dueño que los atendiera a ellos primero. Cuando se fueron, el dueño cerró la puerta de su oficina con llave, y expresó su extraño sentir diciéndole a Ingleton:

—Dígame lo que Ud. quiera, y yo lo haré.

Nuestro hermano respondió:

—Señor Fulano, yo soy ministro de la Iglesia Adventista, pero no merezco la reverencia con que me está tratando. Sin embargo, permítame preguntarle, ¿qué quiso decir con eso de que yo soy un hombre espiritual?

El señor se explicó así:

—Yo estaba sentado aquí. Y antes de que Ud. entrara físicamente, yo lo vi entrar en espíritu. Vi una sombra con su forma que entró primero, luego lo vi entrar a Ud.

Al oír esta explicación, el colportor quedó pasmado. Nunca había pasado por tal experiencia, y agregó:

—Señor Fulano, antes de llegar a su oficina, yo oré por Ud. Y lo que Ud. debe haber visto, sin duda fue el ángel guardián que me acompaña.

—Debe ser así. Bueno, reverendo, ¿en qué puedo servirle?

En ese momento Ingleton le presentó *Las bellas historias de la Biblia*, y le habló de Cristo y del maravilloso plan de salvación.

Entonces ocurrió otro incidente extraño. El hombre sacó su chequera, le mostró a Ingleton su haber de 75.000 dólares en el banco, y dándole la chequera, le hizo este singular pedido:

—Sírvase. Escriba un cheque por la cantidad que Ud. quiera, y yo se lo firmo.

—No, señor Fulano —respondió el pastor—. La obra vale sólo tanto.

A lo que el hombre añadió:

—Por favor, escriba Ud. el cheque. Yo no soy digno de escribirlo.

Después de llenar el cheque, Ingleton le dijo:

—Señor Fulano, antes de retirarme, quisiera orar por Ud.

Después de la oración, el hombre exclamó:

—Jamás me he sentido como ahora, con tanta paz y tanta felicidad. Y por esto, ¿cuánto debo pagarle?

—Nada, señor. Esto no se cobra.

El pastor Ingleton le pidió que le recomendara algunos amigos, y el señor le dio el nombre de cuatro personas.

Cuando Ingleton me contó este caso, dijo: “Yo volví a mi casa más feliz de lo que quedó ese hombre. Hasta me sentí indigno de tanta bendición y oré a Dios pidiendo su perdón”. Los cuatro amigos de ese señor también compraron los libros, y ese hombre empezó a asistir a nuestros cultos.

¿No demuestra este incidente que esta obra es realmente divina y que Dios está guiando a sus colportores y dirigentes para darles éxito y llevar bendición a los sinceros?

Le vendió un libro al diablo

“¿Oyó Ud. hablar del colportor que le vendió un libro al diablo?”, me preguntó un día el director cubano Juan Palau. “¿Cómo es eso?” —respondí yo intrigado. Entonces él me contó el siguiente singular acontecimiento.

El veterano y muy misionero colportor Luis Martínez, estaba trabajando en el Oriente de Cuba. Una tarde llegó a una casa de campo y a través de la puerta entreabierta, alcanzó a ver a muchas personas adentro. Mientras pensaba qué hacer, desde el interior un hombre le hizo señas de que entrara.

Una vez adentro, Martínez vio que había unas veinte personas sentadas. Al frente un hombre de pie, con una expresión rara en su rostro, les estaba hablando. El colportor no tuvo que esperar mucho. El que estaba de pie detuvo su arenga y le preguntó a Martínez qué quería.

Con rostro inexpresivo, el hombre oyó la presentación del libro. Al final tomó el prospecto, firmó y dijo a los demás: “Este es un buen libro”.

Después de retirarse, Martínez abrió el prospecto para conocer el nombre de su nuevo comprador, y al verlo pensó: “¡Qué curioso! Este hombre tiene el mismo nombre y apellido del general Fulano, el gran prócer cubano”.

El día de la entrega se despejó la incógnita. Martínez encontró al hombre con una expresión natural y agradable. Pero cuando intentó entregarle su obra, el hombre le dijo: “Yo no encargué ningún libro”. El colportor le mostró el prospecto y su firma, pero quedó más sorprendido cuando el señor le respondió: “Ese no es mi nombre, ni esa es mi letra”.

Cuando Martínez le explicó las circunstancias en que él había firmado, él dijo: “¡Oh, ahora recuerdo! Aquella tarde estábamos en una sesión espiritista. El espíritu de ese general se había encarnado en mí, y él fue quien encargó el libro, no yo”. Después de una pausa, el hombre terminó diciendo: “Bueno, en ese caso, no habrá problema. Ya que el general encargó el libro, voy a recibirlo”. Y pagó el importe.

Por la Biblia sabemos que quien se encarnó en ese médium aquella tarde, no fue el espíritu de aquel general cubano, sino uno de los emisarios de Satanás, quien simuló ser el general; y en contra de su voluntad, proclamó la bondad del libro y lo encargó.

Esta es otra evidencia de que el colportaje es de Dios, de que los colportores son de Dios, y que ni los demonios pueden resistir al poder divino que acompaña y ayuda al colportor.

2

¡Esperad Milagros!

SI LOS colportores salieran a su trabajo esperando más de Dios, harían más para Dios. Más fe y mayor fidelidad ayudarían a vender más libros y revistas, y ayudarían a ganar más almas.

Si al salir cada día a su trabajo, los colportores lo hicieran esperando los milagros prometidos por Dios, quedarían fortalecidos al ver los prodigios que el cielo haría por su medio. Luego, ¡esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Las palabras resplandecían

Una singular y asombrosa historia ocurrió en la isla de Vieques, Puerto Rico, con unos libros que resplandecieron. Un tiempo después de este suceso, el director de colportaje de esa unión, Oscar L. González, nos dijo: “Al principio, yo dudé de la veracidad de ese relato, hasta que estuve en la isla de Vieques y verifiqué su exactitud”.

La colportora Martina Guadalupe vendió *El conflicto de los siglos*, *El Deseado de todas las gentes* y *Las bellas historias de la Biblia* a un agricultor de unos 35 años. Cuando Martina volvió a cobrar el segundo y último pago, él le comunicó algo sobrenatural. Le dijo: “No se lo conté a nadie para que no me tomen por loco. Después que Ud. me dejó los libros, soñé con ellos. Los vi pasar en procesión ante mí, un tomo tras otro; primero cerrados y luego abiertos.

“Y lo raro sucedió cuando empecé a leer los libros. Cuando fijé mis ojos para leer, vi las primeras palabras iluminadas. Una luz alumbraba las palabras, y esa luz iba bajando de una línea a otra, a medida que yo avanzaba en la lectura. En una semana leí ocho tomos, y durante todo ese tiempo, la luz acompañaba la lectura”.

Entonces él preguntó a la colportora: “¿Qué le parece, qué significará eso?” La Hna. Martina respondió: “Me parece que Dios lo está llamando para que asista a nuestra iglesia y acepte su mensaje”.

Al principio, esa idea no fue del agrado de ese hombre. No obstante, el sábado siguiente asistió a la iglesia con su familia. Al salir del culto le dijo a la colportora: “Hoy eché mi suerte con la Iglesia Adventista, y con la ayuda de Dios, no fumaré más ni tomaré más bebidas alcohólicas”. Desde ese día su vida cambió por completo.

Algunos meses más tarde tres de sus hijas se bautizaron, y él y su esposa quedaron preparándose para dar el mismo paso. Mientras tanto, estuvo haciendo circular entre sus vecinos esos libros que habían resplandecido. Prestó un tomo a una señora protestante que se oponía a la fe adventista, y cuando la colportora contó este caso, esa señora también estaba alistándose para el bautismo.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Detuvo la lluvia

Un modesto colportor nos contó esta reconfortante experiencia de fe. Mientras el profeta Elías hizo llover, en respuesta a la oración de este colportor, Dios detuvo la lluvia.

Sucedió en Bahía, Brasil. El nombre del colportor, Lourivaldo Nascimento. Ese día Lourivaldo bajó en pleno campo del ómnibus que lo transportaba. Llevaba consigo algunos paquetes de libros para efectuar una entrega. Estaba nublado y en ese instante empezó a llover. Si los libros se mojaban, se dañarían. ¿Qué hacer? No había dónde refugiarse, fuera de Dios.

Preocupado, Lourivaldo abrió su Biblia, le leyó un sal-

mo a Dios y a sí mismo, y oró pidiendo protección. El no esperaba que Dios detuviera la lluvia, simplemente le pidió que protegiera los libros.

Entonces ocurrió el asombroso milagro. Después de la oración, la lluvia arreció; pero Lourivaldo quedó admirado y feliz al ver que llovía con más fuerza a uno y a otro lado de donde él estaba. Llovía más fuerte delante y detrás de él; pero ahí donde estaban los libros, quedaba totalmente seco.

Conmovido por esta rápida respuesta a su oración, el colporteur agradeció a Dios por su oportuna protección, y quedó en el mismo lugar hasta que escampó. Luego, desbordando gratitud, fue a entregar sus libros.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Diez folletos y 25 almas

En octubre de 1962, el estudiante Antenor Santana asistió al recital de Los Heraldos del Rey cuando pasaron por Curitiba, Brasil. Providencialmente se sentó al lado de cierto colporteur. Por conversar de algo mientras esperaban el comienzo de la función, Santana le preguntó al colporteur cómo había conocido la verdad. Entonces oyó una de las más intrigantes historias, que al fin resultó para él, la más animadora que jamás había conocido.

El colporteur le contó que tres años atrás, cierto joven había estado en Ibatí, Estado de Paraná, y había visitado a un anciano agricultor que vivía al pie de una colina. Habían hablado de la Biblia, y el joven hasta había orado con el hombre, quien había quedado impresionado.

Al despedirse, el joven le dijo al agricultor que iba a escalar aquella colina. El hombre lo detuvo diciéndole: "Espere un momento. Le voy a prestar un pantalón, para que no estropee su buena ropa". El joven aceptó aquel bondadoso ofrecimiento, hizo su paseo, y a la vuelta, devolvió agradecido el pantalón y se fue.

Más tarde, al revisar el pantalón, el anciano encontró en uno de los bolsillos, diez folletos que hablaban de temas

bíblicos, dejados por aquel estudiante. Los leyó y los fue pasando a sus vecinos. Por esos folletos muchos se interesaron en el mensaje adventista y 25 personas habían sido bautizadas. “Uno de ellos fui yo”, terminó explicando el colportor.

Mientras el colportor contaba esa historia, el estudiante sentía que su corazón latía con más fuerza. Al fin le explicó al colportor que aquel joven que tres años antes había dejado los folletos en aquel pantalón, era él mismo. En aquella vacación escolar él estaba colportando y en un feriado había salido a dar aquel paseo.

He ahí el milagro. Un estudio bíblico, más diez folletos dejados silenciosamente en un pantalón, producen 25 conversos, y uno de ellos está colportando y ganando a otros. ¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Los grabados fueron suficientes

Cuando Vicente Shand colportaba en Jamaica, ofreció el libro *Resuelva sus problemas con la Biblia* (en inglés) a un agricultor, y el hombre le dijo: “No puedo comprarlo por dos razones. No sé leer y no tengo dinero”.

El colportor respondió: “El Señor proveerá el dinero, y los grabados serán suficientes para ayudarle a entender el mensaje. Porque yo quisiera verlo a Ud. salvo en el reino de Dios”.

Estas palabras tocaron los sentimientos del hombre, y con los ojos humedecidos dijo: “Bueno, voy a procurar”. Después de tomar ese pedido, Shand oró con él y se fue.

Ese agricultor era muy fumador y muy bebedor. El día de la entrega, Shand le explicó que para ser un buen cristiano debía dejar de fumar y de beber. El hombre respondió: “Ud. es el único que me ha hablado al corazón”.

Algunos meses después, el colportor asistió al congreso de la asociación. Ahí un hombre se le acercó, lo saludó efusivamente y le dijo: “Hno. Shand, los grabados fueron suficientes. Ahora estoy bautizado en la Iglesia Adventista”. Era aquel agricultor.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Encontró un cementerio

Armando Silva, de San Pablo, Brasil, nos impresionó en una asamblea al decir: “Cuando se estaba terminando nuestro territorio, pedí al director un nuevo lugar, y al llegar allá encontré un cementerio”.

Con esta vigorosa descripción, Armando se refería más a la condición de la iglesia local que a la ciudad. Pero el colportor que tiene vida espiritual, puede hacer revivir hasta a un cementerio.

Nos dijo que la iglesia de esa ciudad tenía un blanco pequeño de almas. Armando le preguntó al pastor:

—¿Cómo es eso? ¿Sólo veinte almas de blanco?

—Sí —respondió el pastor— y ya estamos en octubre, y creo que no alcanzaremos el blanco.

—No puede ser, hermano —respondió animadamente Armando—. Con la ayuda de Dios, lo alcanzaremos. Vamos a cooperar con Ud.

Entonces, Armando y su hermano Antonio se pusieron a colportar con todo empeño. Las ventas fueron excelentes, y pronto empezaron a encontrar interesados y a darles estudios bíblicos de noche. Cuando llegó diciembre fueron bautizados 21 conversos ganados por ellos. Y la iglesia revivió.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Un abogado eminente

He aquí una fascinante y hasta conmovedora historia. Un día, en la ciudad de Vitoria, Brasil, el modesto colportor Joaquín Porto visitó a un eminente abogado, ministro de finanzas del Estado.

El abogado discutió con el colportor, sosteniendo que Cristo era tan sólo un hombre. El Hno. Porto obró con sabiduría, no usó argumentos humanos. Más bien le mencionó lo que la Biblia dice de Cristo: él es el Camino, la

Verdad y la Vida, es la Luz verdadera que alumbra a todo ser humano, el Agua viva que satisface la sed del alma, el Pan del cielo que da vida al hombre, el Cordero de Dios que quita nuestro pecado y nos reconcilia con el cielo.

El abogado sintió el poder de la Palabra de Dios, vio la lógica del colportor, y le compró *El conflicto de los siglos* y *Estudios bíblicos*.

El día en que recibió los libros, el abogado cerró su oficina y empezó a leer *El conflicto*. Se olvidó de cenar y siguió leyendo toda esa noche. Pasó muchos días leyendo el libro, y quedó impresionado y con muchos interrogantes.

Ese abogado no solía orar, pero ahora empezó a orar. En una de sus primeras oraciones le dijo a Dios: “Señor, perdóname por haber tratado tan mal a ese mensajero tuyo. Mándalo otra vez”.

Varias veces salió a la calle en busca del colportor y no lo encontró. Al fin pensó que seguramente no había sido visitado por un hombre, sino por un ángel.

Un día, mientras transitaba por una calle, el abogado vio al colportor andando por la acera de enfrente. Apresuró el paso para alcanzarlo y le pidió que fuera a visitarlo, pues tenía muchas preguntas. Esta vez el colportor lo recomendó al pastor Enrique Stoehr, entonces presidente de esa misión. El abogado estaba tan ávido que venía todas las noches a recibir estudios.

El Dr. Américo Coelho llegó a ser un ferviente adventista, que ayudó mucho a la obra. Por muchos años, él solo pagaba una estación de radio para que pasara “A voz da Profecía”, como se llama nuestro programa radial en portugués. Ese fue otro milagro divino realizado mediante un modesto colportor.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Un libro que cure mi alma

Dios puede efectuar mucho en poco tiempo. Así sucedió con una joven de Puerto Rico, que apenas pudo colportar una semana, y tuvo que dejar la obra debido a su salud.

En esa sola semana ganó a un abogado de fama, a un constructor y a otro matrimonio. Tres milagros en una semana.

Empezó a colportar en San Juan, y cuando presentó su libro de salud a un conocido abogado, el hombre le dijo con vehemencia:

—Señorita, lo que yo necesito, no es un libro para curar mi cuerpo, sino un libro que cure mi alma.

—Tenemos ese libro —contestó ella.

—Entonces, tráigamelo.

Cuando ella le llevó *El Deseado de todas las gentes*, él le pidió que se lo dejara un día para examinarlo. Aunque los colportores no acostumbran dejar los libros sin cobrar, ella se lo dejó. Cuando regresó, él abrió una gaveta de su escritorio, sacó el libro y le dijo con entusiasmo: “Este es el libro que yo necesito”. Ella le habló de nuestro mensaje de salvación. Y sabiendo que no podría seguir colportando, ofreció enviarle la instructora bíblica, lo que él aceptó.

En poco tiempo el hombre cambió radicalmente. Sus amigos quedaban asombrados, no podían explicarse el fenómeno ocurrido en ese abogado, escritor y poeta, antes mundano y ahora sobrio. Le ofrecían cigarrillos, y él decía: “No, gracias. No fumo más”. Lo invitaban a beber, y él respondía: “No, gracias. No bebo más”. Lo invitaban a ir al cine, y él contestaba lo mismo. “¿Te has vuelto loco?” le preguntaban, y él replicaba: “Al contrario, nunca estuve más cuerdo que ahora”.

Un día, él le dijo a la instructora bíblica: “¿No me haría un favor? Hace tiempo que mi esposa está separada de mí, debido a mi mala vida anterior. ¿No quiere Ud. visitarla y explicarle esto mismo que me está explicando a mí? Ella es directora de tal escuela, y allá la puede encontrar. Pero no le diga que yo la mandé”.

Cuando la instructora visitó a la esposa, encontró que hacía un año que ella estaba estudiando la Biblia. “Y estoy orando —le dijo— para que alguien vaya a llevarle el Evangelio a mi esposo, ¿no quiere ir Ud.?” ¡Qué maravillas obra el Espíritu Santo!

Esos esposos volvieron a unir sus vidas, y ahora con

Cristo en su corazón y en su hogar, son realmente felices.

Un día, después de una reunión en la Iglesia de Río Piedras, mientras el abogado cerraba las ventanas de la iglesia, me dijo: “¡Quién hubiera dicho que el Dr. Marrero iba a ser diácono para abrir y cerrar las ventanas de la iglesia!”

La misma semana en que esa colportora, Hilda Mariani, halló al Dr. Marrero, un constructor le compró unos libros, y ella lo invitó a la iglesia. Aun antes de su bautismo, era el que más diezmo pagaba en la Iglesia de Roosevelt.

En esos días, otro señor le compró varias revistas, y por su lectura y el estudio que ella le dio, vino a la iglesia y aceptó la verdad junto con su esposa, que al principio se oponía.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

¿Es tirano Dios?

Se nos dice que a muchos intelectuales les agrada más oír a una persona sencilla hablarles con naturalidad del amor de Dios, que escuchar a los que alardean de ser sabios; y también que muchos aceptarán la verdad más rápidamente por medio del colportor que mediante otros obreros.

El colportor brasileño José García Negro ofreció un día un libro de salud a un destacado médico. A este le pareció impropio que le ofrecieran un libro de uso popular.

Notando que el colportor era un hombre simple, el médico resolvió ponerlo en apuros, para divertirse a sus expensas. Así, le dijo: “Voy a hacerle una pregunta que ni los sacerdotes pudieron contestármela satisfactoriamente. Dígame, ¿sabía Dios que el hombre iba a pecar?” Como la respuesta fue afirmativa, el médico agregó: “Entonces Dios es un tirano al exponer al hombre a esa circunstancia. ¿Qué dice Ud.?”

El colportor respondió: “Doctor, yo soy un hombre sencillo que no puedo responder a esa pregunta. Pero tal vez la Biblia tenga alguna respuesta. Aquí en Juan 3:16 dice que Dios amó al mundo de tal manera que dio a su Hijo

unigénito para salvarnos. Entonces Dios no es tirano. Dios es amor”.

Como esta respuesta le pareció incontrovertible, el médico le hizo otra, que pensaba que el colporteur no podría contestar. Con la misma modestia, el colporteur le dijo que él no era capaz de responder, pero que la Biblia tenía la respuesta, y leyó otro texto de la Biblia. Lo mismo sucedió con una tercera pregunta.

El médico sintió la humillación de verse derrotado por un hombre sin escuela, y se levantó para despedirlo. Lo acompañó hasta la puerta, pero cuando el colporteur iba saliendo, el médico lo llamó y le dijo: “¿No podría Ud. volver esta noche para estudiar la Biblia conmigo?”

Anteriormente un laico adventista instruido había hablado a ese médico acerca de nuestro mensaje. Sin embargo, aunque el estudio le pareció interesante, el facultativo tenía muchas dudas. En cambio, las respuestas del sencillo colporteur lo indujeron a estudiar la Escritura con fe.

El colporteur se alegró por la invitación. Volvió esa noche y ambos estudiaron la sabiduría divina. Con más estudios, ese médico, el Dr. Galdino Nunes Viera, aceptó la verdad junto con su familia, y desde entonces ha hecho una valiosa contribución al progreso de la obra adventista. Costeó una escuela misionera, que con el favor de Dios, propició la formación de una iglesia, de una escuela y del bautismo de más de treinta personas. De ellas, algunas llegaron a ser obreros, colportores, profesores y uno contador. Años después, el hijo del Dr. Nunes fue ordenado al ministerio.

La humildad, el conocimiento de la Biblia y el favor de Dios pueden alcanzar a muchas almas.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

¿Cree Ud. en Cristo?

El Dr. Edegar Rodrigues (así se escribe su nombre en portugués) era de inclinación espiritista. Un día, un colporteur le vendió un libro doctrinal y conversaron de religión.

El médico recuerda con admiración la sutileza del colportor, al preguntarle: “Doctor, ¿no le gustaría que nos reunamos alguna noche para estudiar la Biblia juntos, y aprender el uno del otro?” Así, durante un mes tuvieron frecuentes estudios.

Después de la partida del colportor, el médico empezó a estudiar el libro. Cuando llegó al capítulo del espiritismo, no concordó. Cerró el libro y lo guardó para no darle más atención.

Más tarde, cuando el médico fue alcalde de la ciudad de Alencar, conversando un día con un amigo suyo evangélico, el médico le dijo:

—Yo creo que Satanás no existe.

—¿Y Ud. cree en Cristo?

—En Cristo, sí creo.

—Entonces vea lo que Cristo dijo de Satanás —y le leyó Lucas 10:18— “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo”. Aquí Cristo lo menciona como un ser real —le explicó.

Desde entonces el Dr. Rodrigues empezó a creer en la existencia de Satanás. Tomó de nuevo el libro que había archivado para siempre, y lo estudió con más atención. Comprendió el mensaje adventista, lo aceptó y se convirtió en un gran misionero. Durante diez años fue director del Hospital Adventista del Pénfigo, que tanto renombre ha traído a la iglesia, por las admirables curaciones y la obra generosa que el Dr. Rodrigues realizó allí.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

El premio de la fe

Cerca del fin de una vacación escolar, Carlos Huamán, del Perú, fue a ayudar a un estudiante que no había tenido éxito. Al llegar, Huamán le preguntó: “¿En qué año de estudio se encuentra Ud.?” “En el último de Ministerial”, fue la respuesta.

El director sintió pena que estando al final de su curso de estudio, ese joven no pudiera volver al colegio, y le dijo:

“¿No cree que Dios puede darle la beca aun esta misma tarde, si él quisiera?” “Sí, pero no tengo esa esperanza, porque en esta ciudad falta colportar sólo dos bancos pequeños y un comercio”.

Como era día de carnaval y de agua, apenas muy de tardecita pudieron salir a trabajar. Fueron a ese comercio, pero el dueño no se interesó en los libros. Entonces Huamán guardó el prospecto y le habló de la educación integral de nuestro colegio. El comerciante escuchó con atención, y después de pensar un momento, preguntó: “¿Cuánto cuestan los estudios de un alumno durante un año?”

Cuando Huamán le dio la respuesta, el comerciante agregó: “¿Qué le parece si ahora le doy la mitad, y a mediados del año le mando la otra mitad? y Ud. elija al alumno que quiera para pagarle los estudios”.

Esa rápida respuesta de Dios fue mayor de lo que aun el mismo director esperaba. Ese comerciante les dio el primer cheque, y siguió pagando todos los gastos de ese estudiante hasta el fin del año escolar.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Cómo vendieron por valor de 74 becas

Los milagros de Dios, no sólo se ven en las conversiones, sino también en las ventas. Dios quisiera que cada alma de este mundo comprara nuestros libros y revistas, y que cada alma se convirtiera. No obstante, son pocos los que entran por la puerta estrecha.

En 1959, dos estudiantes, Darcí Borba y Enrique Berg, trabajando juntos en algunas industrias del sur de Brasil, hicieron en cinco semanas una enorme venta, cuya ganancia equivalió a 22 becas del Colegio de San Pablo.

El colportor paulista Lauro Lehr, acompañado del subdirector Ermelindo Masson, haciendo presentaciones colectivas en un cuartel del ejército, vendió 340 libros grandes en un solo día.

Una maestra de Puerto Rico, la Sra. Ellen Mattison, en 1969 vendió por valor de 14.200 dólares en apenas cinco

semanas, trabajando sólo de noche, después de sus horas de clase. Al mismo tiempo dio 158 estudios bíblicos, inscribió a 109 personas en el curso bíblico, oró con 94 clientes, reconquistó para Cristo a tres ex adventistas, uno de ellos médico, y organizó una clase bíblica. ¡Una obra titánica!

Pero la mayor hazaña que yo conozca en la venta de nuestras publicaciones, fue realizada por cuatro estudiantes chilenos en 1961. En apenas seis semanas de trabajo vendieron por valor de 74 becas de su colegio, dejaron a tres familias guardando el sábado y llevaron consigo al colegio a siete alumnos.

Veamos cómo realizaron esa proeza. Los cuatro colportadores fueron designados para colportar en la gigantesca mina de cobre de Chuquicamata, la mayor del mundo. Antes de ir allá, su hábil director de colportaje, Sergio Morales, consiguió una valiosa recomendación del presidente de la Confederación de Mineros de Chile, que residía en la capital.

El Hno. Morales había investigado y llegado a saber muchas cosas buenas acerca de ese hombre. Antes de pedir su recomendación, lo felicitó por un reciente éxito en un ajuste de sueldo para los obreros. El hombre respondió: "Estoy agradecido por sus palabras de aprecio. A esta oficina sólo llegan personas con problemas. Sus palabras me han hecho mucho bien".

Cuando el Hno. Morales le ofreció *El nuevo tratado médico* y *El conflicto de los siglos*, el presidente los compró sin vacilar. Entonces le explicaron el plan de los cuatro estudiantes de ir a Chuquicamata a ofrecer esos libros. Y le dijeron: "No conocemos a nadie allá, ni sabemos dónde alojarnos, ni a quién pedir el descuento por planilla. Sin duda Ud. podrá recomendarnos al presidente del sindicato de aquella mina, para que nos oriente". Entonces el señor pidió al Hno. Morales que él mismo dictara la carta de recomendación a su secretaria y él la firmó.

Lo que lograron con esa cuña suena a fábula. Consiguieron alojamiento gratis por dos meses para los cuatro estudiantes, comida gratis por un mes, a pesar de que lo

máximo que daba la compañía era por tres días. Coniguieron descuento por planilla en dos cuotas, un auto y un chofer gratis para llevarlos a todos los departamentos de la extensa mina, una oficina y un empleado para hacerles las planillas de los compradores.

Esos estudiantes no vendieron más, porque no habían llevado más libros, y el tiempo no daba para pedir otros.

Además de esa tremenda venta, predicaron por medio de la radio de la mina y desde el púlpito, y dieron estudios bíblicos individuales. Así, además de las 74 becas, ganaron a tres familias para la verdad y a siete alumnos para el colegio.

¡Esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

Conclusión

Jesús aseguró: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:22).

“Muchos que están calificados para hacer una obra excelente, hacen poco, porque sólo intentan poco... Una razón de ello es la baja estima en que se tienen. Cristo pagó un precio infinito por nosotros, y desea que nos valoremos de acuerdo al precio que él pagó” (*Servicio cristiano*, pág. 295).

Por lo tanto, ¡esperad milagros! Salid cada día a colportar esperando milagros, y Dios los realizará.

3

Cómo Ayudan los Angeles

LA MAS preciosa experiencia del colporteur, su mayor galardón y su mayor felicidad, están en la reconfortante presencia de Dios con él, sin la cual no alcanzaría éxito real y permanente.

El colporteur goza de este envidiable privilegio de trabajar con Dios y de sentir que Dios trabaja con él. A los que salen en su nombre, Jesús prometió su todopoderosa presencia, al decir: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Esa maravillosa presencia se manifiesta mediante los "ángeles, poderosos en fortaleza" (Salmo 103:20), que alientan e iluminan al fiel colporteur, lo protegen en su sagrado trabajo y le dan verdadero éxito.

Oyó cantar al ángel

El siguiente caso es una de las más hermosas e inolvidables apariciones angelicales. Sucedió en el Estado de Goias, Brasil, en la zona del río Caiapó que desemboca en el gran Araguaia. Allí cerca había una mina de diamante, pero el Señor tenía otros diamantes más valiosos que extraer.

Un viernes de tarde, desde el interior de su casa en esa región, un hombre oyó un hermoso canto, nuevo para él, una melodía tan bella y encantadora como nunca antes había oído en su vida. Al prestar más atención notó que no era una sola persona la que cantaba. Tan cautivante era el canto que salió a ver quiénes estaban cantando.

Desde la puerta de su casa en el valle, vio que dos desconocidos descendían la colina cantando juntos. Como venían hacia su casa, quedó afuera esperándolos, mientras contemplaba su atrayente aspecto y los escuchaba deleitado. Los siguió con la vista hasta que entraron en un bosquecillo que terminaba exactamente frente a su casa.

Uno de los que cantaban era el colportor Antonio Miranda. Tan feliz se sentía en su divino trabajo, que venía cantando en alta voz el himno “Seja o coração alegre”, que en español es el himno 460 y que empieza diciendo: “Corazones siempre alegres”. Miranda cantaba sin saber que su ángel lo estaba acompañando en su canto y en su felicidad.

Cuando Miranda terminó de atravesar ese bosque, saludó al señor que lo estaba esperando frente a su casa, quien inmediatamente le dirigió esa pregunta que tantos colportores han oído:

—¿Dónde está su compañero?

—Yo vengo solo —contestó Miranda.

—No puede ser. Yo los vi a los dos bajando juntos la colina hasta que entraron en el bosque, y también les oí cantar ese canto tan bonito.

En seguida Miranda comprendió y le dio al admirado vecino, la siguiente explicación:

—Ud. ha tenido hoy un gran privilegio. Vio al ángel que me acompaña en mi trabajo y hasta lo oyó cantar.

—¿Será posible? —exclamó el hombre impresionado, y lo invitó a su casa.

Miranda le leyó el Salmo 34:7, y cuando le presentó sus libros, el hombre los encargó sin vacilar. Había otros dos vecinos cerca. El colportor tuvo tiempo, antes de la puesta del sol, de visitarlos, tomar sus pedidos y volver a hospedarse en la primera de esas tres casas.

Ese sábado Miranda lo pasó estudiando la Biblia con esas tres entusiasmadas familias. Cuando volvió a entregar los libros, les dio otros estudios. Cuatro años después, las tres familias fueron bautizadas por el pastor Pablo Seidl, entonces presidente de esa misión.

En esa ocasión, Antonio Xavier Rodrigues, el hombre que vio al ángel, le contó emocionado esa experiencia al pastor Seidl, y le dijo: “Ese día yo tuve un gran privilegio. Vi al ángel del Señor y lo oí cantar”.

Entre dos ángeles

En los ocho meses que Joselito Tertulién colportó en la República Dominicana, ganó a diez almas y dejó a otras 17 personas guardando el sábado.

Una de sus más hermosas experiencias ocurrió un domingo. Contrariamente a su costumbre, ese día Tertulién salió al trabajo llevando consigo una Biblia para la venta. Mientras se acercaba a su territorio, iba pensando: “¿Por qué traje esta Biblia conmigo? ¿A quién se la voy a ofrecer?”

En la primera casa que visitó, Tertulién dijo a la señora que lo atendió: “Señora, ¿no necesita Ud. una Biblia?” ¿Por qué ofreció esa Biblia en esa desacostumbrada forma negativa? Al oír esa pregunta, la señora miró al colporteur con visible sorpresa, y casi confundida contestó: “Sí”.

El caso parecía sin trascendencia, pero una semana más tarde, esa señora le contó a una vecina adventista, y ésta se lo comunicó al colporteur: “La noche anterior a la visita de ese joven, yo soñé con él. Vi que se acercaba hacia mi casa caminando entre dos jóvenes bien parecidos, vestidos de blanco. La ropa de ellos resplandecía, y esa luz rodeaba también a ese joven. Al llegar cerca de mí, me preguntó: ‘Señora, ¿no necesita Ud. una Biblia?’ Y después qué se la compré, en el sueño me dijo: ‘Conviértase pronto, porque la hora del juicio ha llegado’ ”.

Esa señora nunca antes había leído la Biblia, y no conocía el texto apocalíptico, “la hora del juicio es venida”. No obstante, oyó esas palabras en su sueño y las recordó. Ella fue una de las 17 personas que quedaron guardando el sábado y preparándose para unirse a la iglesia.

¡No hay experiencia más tonificante en la vida que trabajar en compañía de Dios y ganar almas para su reino! Ojalá que más personas se dedicasen a esta obra.

Un ángel les da éxito

Gustavo Penagos y su compañero fueron a colportar al pueblo de Pitalito, en el Departamento de Huila, Colombia. Hacía sólo cuatro meses que Penagos colportaba, y esa mañana se sentía nervioso por ser la primera vez que iba a visitar a las autoridades.

Primero fueron a visitar al jefe de policía. Cuando se acercaban al cuartel, vieron en la puerta a un cabo y a cinco policías. Los dos colportores se extrañaron de que tan pronto como el cabo los vio, entró con sus compañeros al cuartel.

Al llegar los colportores vieron adentro, en un largo corredor, a unos veinte policías sentados y de mucha jarana. Cuando entraron, los policías guardaron inmediato silencio. Como si grandes personajes hubieran llegado, se pusieron de pie y quedaron mirándolos fijamente.

Con cierta aprensión, Penagos pensó: “¿Iremos a tener problemas?” Caminaron entre la doble fila de policías hasta el fin del corredor, donde estaba el cabo esperándolos, también de pie. Cuando pidieron la entrevista con el comandante, por un momento el cabo quedó mirándolos en silencio, y después les preguntó:

—Y ese otro señor vestido de blanco que venía con Uds., ¿dónde quedó?

—Nosotros venimos los dos solos —explicó Penagos.

—No. Yo vi a otro hombre con Uds. y los soldados también lo vieron.

Sin comentar más, el cabo los llevó ante el comandante, que encargó los libros en seguida. Y el cabo hizo lo mismo.

Al salir del cuartel, el compañero de Penagos le dijo: “Ese tercer hombre vestido de blanco que vieron los soldados, debe haber sido el ángel que nos acompaña”. Ante esta explicación, Penagos sintió tanta emoción que casi le brotan las lágrimas. Al mismo tiempo se sintió con más ánimo y seguridad que nunca.

En la alcaldía tuvieron otra experiencia nueva para ellos. El jefe de policía les había dicho que el alcalde nunca

compraba libros de nadie. Sin embargo, los encargó sin vacilar. Y en la alcaldía, uno tras otro, todos solicitaron los libros.

En seguida visitaron a un comerciante. Después de anotar su pedido le preguntaron por el vecino. Y él les aseguró enfáticamente que ese vecino no les compraría, por ser ateo. No obstante, ese hombre también cedió al poder que les acompañaba.

El día de la entrega, este hombre les dijo: “Yo nunca compro libros. Ni aun de mi padre los compraría. ¿Qué me hicieron Uds. aquel día para que yo se los comprara?” Penagos respondió: “Estos libros explican el gran plan de salvación y lo que Dios pide de Ud.”. “Bueno, entonces los voy a leer”, les aseguró él.

Aquel día, esos colportores hicieron la mayor venta de su vida. No tomaron más que 19 pedidos, porque no pudieron visitar a más personas, y todos fueron entregados. Ese es el feliz resultado cuando el colportor trabaja con la fortaleza angelical.

El día de mayor venta

En una de esas hermosas asambleas anuales de colportaje, Elías Mora nos contó una singular experiencia que le dio el día de mayor éxito de su vida.

Mora estaba colportando en Talcahuano, Chile, con el libro *La mayor conquista de la vida*. Había trabajado algunos días junto con su compañero, y ahora iba solo, mientras el otro colportor trabajaba en la base naval.

Mora llamó a un bonito chalet, y la señora de la casa, en vez de salir por el frente a atenderlo, se asomó por una puerta lateral. Cuando Mora llegó hasta donde la señora lo esperaba, ella le preguntó:

—¿Y su compañero, dónde quedó?

Cándidamente, Mora respondió:

—Está trabajando en la base naval.

La señora lo miró un momento en silencio y comprendiendo, ella misma respondió a su propia pregunta diciendo:

—No, no es eso lo que estoy preguntando. Ahora me doy cuenta de que quien venía con Ud. era un ángel. Los ángeles les acompañan a Uds.

—Bueno, es verdad —admitió Mora emocionado—. Como traigo un mensaje del cielo para Ud. un ángel de Dios va conmigo.

Después, Mora sacó el prospecto y quiso presentarle su libro, pero ella lo interrumpió diciendo: “No necesita explicarme el libro. Tráigamelo”. Y lo invitó a entrar a la sala. Ahí Mora le explicó que él era adventista y lo que eso significaba. Oró con la señora y la invitó a la iglesia.

Al contar esta experiencia, Mora agregó: “Al saber que un ángel del cielo me acompañaba, me sentí tan fortalecido que ese fue el día de mayor venta de mi vida”.

¿Quién era ese hombre?

“De muchas maneras ayuda Dios al que se dedica de todo corazón a su obra”, nos dijo Segundo Gerena, de Colombia. Estaba desbordante de gozo, porque ese año Dios le había ayudado a ganar a cinco personas para Cristo. Entonces nos contó el siguiente alentador episodio de su trabajo.

Estaba colportando en el pueblo de San José. De ahí a Medellín corría un solo tren al día, a primera hora de la tarde. Si él intentaba visitar todas las casas de ese pueblo, perdería ese tren de regreso. Al fin decidió quedar y visitar cada hogar.

Ese día terminó su trabajo tarde, y no habiendo otra alternativa, decidió pasar la noche en la estación del ferrocarril. Llegó cansado y con hambre. Estaba oscuro y ya se sentía el frío nocturno de la altura. Usando su maletín de almohada, se acostó en un banco de la estación.

A eso de las diez de la noche, Gerena oyó que se acercaba un tren de carga en dirección a Medellín, pero él sabía que no paraba en esa estación. Oyó el estrépito del tren, cuyo paso hizo retemblar la estación, pero no le prestó atención. Sin embargo, en seguida oyó que después de alejarse, el tren frenaba bruscamente y retrocedía hacia la es-

tación. Entonces uno de los maquinistas bajó con un farol en la mano, buscó por toda la pequeña estación, y al ver a Gerena acostado, le preguntó excitado:

—¿Quién era ese hombre que con una linterna roja nos hizo señal de parar?

—No sé —respondió el colportor.

—¿Ud. no vio a alguien por aquí? —insistió el maquinista.

—No. Yo no vi a nadie.

Entonces el conductor le explicó: “Nosotros vimos a un hombre alto, vestido de manto, que con una linterna roja nos hizo señal de parar. Y lo más raro fue que después de pasar la estación, el tren empezó a frenar de por sí y a parar solo”.

Por entonces Gerena se había incorporado. El hombre le preguntó qué hacía él ahí a esa hora. Y aunque no les era permitido llevar pasajeros, lo invitó a viajar con ellos.

Una vez arriba, Gerena notó que todos estaban impresionados. Volvieron a contarle el caso del extraño hombre vestido de manto, lo de la luz roja, y la misteriosa frenada del tren.

Gerena les explicó a los asustados conductores que él era misionero adventista, y que “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende”.

Uno de ellos le preguntó: “¿Cómo puedo conseguir una Biblia?” “Aquí la tiene” contestó él, y le vendió ese ejemplar extra que llevaba. “Tráigame dos para mí”, le pidió el otro maquinista.

Y mientras el tren seguía su viaje, llevando consigo al colportor y a su ángel, Gerena les dio un largo estudio bíblico y los invitó a nuestra iglesia. Y los dos hombres asistieron.

No podía hablar

Después de haber colportado un tiempo en Veracruz, México, Lorenzo Morales dejó la obra. Entonces tuvo un sueño que lo perturbó. Vio que el mundo entraba en el

tiempo de angustia, que se desataba una gran tempestad y que mucha gente moría. En la siguiente noche tuvo otro sueño, durante el cual oyó una voz que le dijo: "El reino de Dios está cerca. Debes seguir colportando".

Cuando se reintegró al colportaje, fue con su compañero a visitar primero al jefe de policía. Al entrar en la jefatura, quedó sorprendido de que los guardias le rindieran respeto poniéndose de pie. Sin reparo, el jefe compró los libros. Cuando Morales le pidió autorización para visitar a los subalternos, el jefe no respondió. Guardó un largo silencio. El colportor repitió su pedido, y el jefe parecía que no podía hablar. Al fin respondió:

—Bueno, les voy a dar permiso. Pero antes dígame: ¿Quiénes venían con Uds. cuando entraron en mi oficina?

—Pues, nadie venía con nosotros —respondió Morales. Pero el jefe insistió:

—Yo vi a dos hombres vestidos de blanco, que venían con Uds. ¿Quiénes eran? ¿Dónde quedaron?

—Esos son los ángeles de Dios, que nos acompañan —explicó Morales.

Otra vez el jefe quedó sin poder hablar. Cuando se repuso, les dijo: "Bueno, pueden visitar a los demás".

¡Qué hombre tan atrayente!

Cerca de Río de Janeiro, Walter Silva entregó el libro *Avenidas da Saúde* [Los caminos de la salud] y la Biblia a un comprador, en presencia de la esposa. Después de cobrar el importe, Walter tomó una de las revistas que le había entregado, les señaló un artículo y les habló de la fe.

Desde la ventana de la sala se veía un cementerio. Mirando en esa dirección, les dijo: "Los cristianos tenemos una gran esperanza. Aunque tengamos que bajar a la sepultura, Dios nos dará de nuevo la vida, si ahora aceptamos a Cristo".

Entonces Walter oró con ellos, y al terminar la oración tuvo la experiencia más emotiva de su vida. En ese momento, la señora miró hacia el colportor y vivamente conmovida, le dijo: "Sr. Walter. ¿Quién es ese hombre tan

hermoso que está detrás de Ud.? ¡Qué hombre tan atractivo, señor Walter! ¡Qué cabello tan bonito tiene! ¡Qué mangas tan anchas vistel!” Y con los ojos humedecidos por la emoción, agregó: “¡Nunca vi a una persona tan hermosa!”

Walter también quedó conmovido. Miró detrás de sí, pero no vio a nadie. No obstante, le explicó a la excitada señora y a su esposo que el ángel de Dios acompaña a los que trabajan para él.

¿Dónde está su iglesia?

El dueño de una barraca de lana le encargó a Pedro Marcelli, el libro *Fuerza y salud* y la Biblia. Esto ocurrió en Bahía Blanca, Argentina.

Marcelli fue a entregar el libro a la casa particular de este hombre. Cuando llamó, salió a recibirlo la señora. Al verlo, se adelantó hacia él con alegría y le preguntó: “¿Es Ud. el hombre de los libros?” Marcelli respondió afirmativamente y quiso abrir su maletín para entregárselos. Pero ella lo detuvo diciéndole:

—Un momento. Antes de darme los libros, dígame una cosa, pero dígamela con sinceridad. ¿Quién era ese hombre que estaba a su lado cuando yo abrí la puerta?

—Señora, yo no vi a nadie.

—Cuando abrí la puerta —siguió diciendo ella—, vi a su lado a un hombre alto, elegante como nunca he visto en mi vida. ¿De qué religión es Ud.?

—Soy adventista del séptimo día.

—¡Ah! Entonces ya sé quién estaba con Ud. —aseveró ella.

Reaccionando, Marcelli le dijo:

—Bueno, Ud. sabe que los ángeles acompañan a los que hacen la obra de Dios.

—Así debe ser —asintió ella—. El hombre que yo vi debe haber sido un ángel. ¿Dónde está su iglesia?

Marcelli le dio la dirección, y cuando le entregó el libro y la Biblia, la señora no prestó mayor atención al libro.

Tomó la Biblia, la abrazó, y exclamó con alegría: “Este es el libro que yo quería tener”.

Los vi a los seis

Era antes de Navidad. En el norte de México, dos colportores estaban haciendo su última entrega de ese año, acompañados por el subdirector Rafael Grajeda. Los colportores eran Eduardo Loera y Macario Tarango. La entrega se desarrollaba con excelente éxito. Empezaron el lunes, siguieron el martes y miércoles, yendo siempre los tres juntos.

Poco antes del mediodía del miércoles, estaban los tres colportores frente a un puesto de fruta, apagando su sed con algunas naranjas, cuando pasó un profesor de música, a quien dos días antes le habían entregado sus libros. Al verlos, el profesor se detuvo, los saludó sonriente, y les dijo: “¿Saben? Ayer los vi a Uds. seis andando juntos muy felices”.

Uno de los colportores le contestó: “Nosotros somos tres solamente”. “No —insistió enfáticamente el profesor—, yo los vi andando en grupo. Uds. eran seis, y se veían muy bien”.

Los colportores recordaron entonces las palabras: “A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos”. Esta es otra evidencia de que nada menos que los ángeles de luz acompañan a los colportores, y por alguna razón, a veces se hacen visibles a ciertos ojos.

Un colporteur ve a su ángel

Este es un caso único. Hacía apenas cuatro meses que Jesús Velazco estaba colportando, cuando tuvo la sin igual ocasión de ver él mismo a su ángel acompañante y de oírlo hablarle. Ocurrió en Cali, Colombia.

Una mañana, antes de empezar su trabajo, Velazco se detuvo a orar en la esquina próxima de donde iba a empezar su trabajo del día. Mientras oraba, sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Al mirar vio a una persona alta, de un aspecto tan atrayente como nunca había

visto antes, que le dijo: “Ud. está orando a nuestro Señor. El nunca lo desampará”.

Después de decir estas animadoras palabras, el desconocido se retiró. Cuando Velazco se repuso de la sorpresa y la admiración, miró para ver quién sería ese personaje, y no lo vio más.

Mientras pensaba en esa extraña experiencia, siguió hasta la casa donde iba a empezar su trabajo, sin saber que le esperaba otra maravilla. Después de llamar, salió una señora con una taza de café en la mano. Evidentemente se había levantado del desayuno para atenderlo. Cuando vio a Velazco, la señora se sobresaltó tanto, que se le cayó la taza que traía en la mano y se quebró.

Entonces ella se asomó y miró por la calle; primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda; y al no ver a nadie, le dirigió a Velazco la pregunta de siempre:

—¿A dónde se fue su compañero?

—¿Qué compañero, señora? —preguntó Velazco.

—Ese hombre vestido de manto que venía con Ud.

Y sin esperar respuesta, invitó a Velazco a entrar. Llamó a su esposo, y en su presencia le dijo al colportor:

—Lo más pronto que pueda, tráigame una Biblia.

—¡Pero, señora! ¿Quién le dijo que yo vendo libros? —preguntó el colportor.

Entonces ella le reveló el misterio, al decirle: “Anoche soñé con Ud. Lo vi caminando hacia mi casa, acompañado de un hombre alto, atrayente, vestido de un largo manto. Ud. venía hablando animadamente con él, mostrándole unos libros que lleva en ese maletín”.

¡Qué grande es la gracia que Dios manifiesta hacia los colportores y las almas! Ese personaje le dijo al colportor: “El Señor nunca lo desampará”. Y el salmista agrega: “Ninguno de cuantos esperan en ti será confundido” (Salmo 25:3).

Una lucha entre dos ángeles

Escasa idea tenemos de la lucha real que se libra entre los ángeles caídos y los ángeles de luz. A veces se descorre

ligeramente el velo y percibimos una vislumbre de esa lucha, como en el siguiente caso extraordinario ocurrido en el Uruguay.

En la ciudad de Florida un colportor había encontrado un grupo de espiritistas que se interesaron en la verdad. Debido a que él fue trasladado a otro lugar, el director de colportaje mismo siguió atendiendo a esos interesados.

En la primera ocasión en que el director los visitó, el jefe espiritista lo invitó a que les hablara en su sesión nocturna. Ese día ocurrieron cuatro claras evidencias de la gracia de Dios.

Primera evidencia. Cuando el director fue a preparar el estudio para esa noche, oró a Dios y recibió inmediata respuesta. El director estaba todavía en oración, cuando vino a su mente con inusitada claridad, todo el tema que convenía presentar. Vio el comienzo del estudio, sus diversas partes y la forma de presentar a Cristo dentro del tema. Así, antes de levantarse de la oración, agradeció a Dios por su rápida respuesta. Parecía que esa noche algo grande iba a suceder.

Ese director nunca había asistido a una sesión espiritista, y estaba curioso pero tranquilo, porque confiaba en que los malos espíritus nada podrían hacer en presencia de un hijo de Dios y de su ángel.

Cuando el director llegó a la sesión, encontró en un cuarto a media luz, unas veinte personas, sentadas en círculo contra la pared, y el jefe sentado frente a ellas, detrás de una mesa.

Segunda evidencia. La sesión empezó en seguida. El jefe leyó media página de un libro espiritista e hizo una invocación llamando a los espíritus. Pero ninguno respondió. Volvió a leer otro párrafo de su libro y a llamar con más fervor a los espíritus. Repitió esas tentativas durante unos veinte minutos, sin que nada "visible" sucediera.

Durante todo ese tiempo, el director estaba orando en silencio por esas almas engañadas. Por fin, visiblemente defraudado, el jefe espiritista cerró su libro, lo arrojó ner-

viosamente sobre la mesa, e invitó al director a hablar. Así, no hubo ninguna manifestación de los malos espíritus.

Tercera evidencia. En ese momento el director sintió el poder de Dios en sí mismo y en los demás. Sucedió algo notable. Mientras él presentaba el estudio, sintió una claridad mental y una libertad de exposición, que no le eran naturales y que nunca había experimentado antes. Y los oyentes se veían sumamente atentos, ávidamente interesados, a tal punto que cuando terminó el estudio, el jefe le dijo con vehemencia: “¿Cómo? ¿No nos habla más? Siga, que queremos conocer más de la verdad”. Entonces el director les dio un segundo estudio improvisado.

Cuarta evidencia. Cuando el director volvió a su casa al día siguiente, la esposa le preguntó:

—¿Dónde estuviste anoche, a eso de las ocho?

—En una sesión espiritista, predicando. ¿Por qué?

—Porque anoche a esa hora, sentí la impresión de que estabas en un grave peligro, y me puse a orar por ti.

El director siguió asistiendo a esas sesiones espiritistas, que desde entonces se convirtieron en reuniones de predicación adventista.

Después de la séptima reunión, el director pensó que ya era tiempo de explicarles su grave error a esos interesados. Para eso visitó al jefe en privado. Entonces el jefe le reveló al director la sorda lucha espiritual que se había librado en la primera visita. En aquella ocasión, una señora había llegado tarde a la sesión, cuando el director de colportaje ya había empezado a presentar su estudio. En ese momento ella vio a los dos ángeles en lucha.

Cuando esa señora llegó a la puerta y quiso entrar, vio agazapada detrás del jefe espiritista, una tenebrosa figura, de rostro feo y malo. Tanto se asustó ella, que no se animó a entrar y retrocedió.

Cuando la señora se repuso del susto, de nuevo se acercó a la puerta para entrar. Esta vez miró al director que estaba de pie hablando, y vio detrás de él, a un resplandeciente ángel blanco, con sus alas extendidas sobre el direc-

tor, protegiéndolo del mal espíritu que estaba detrás del jefe espiritista. La señora quedó mirando extasiada al ángel de luz, hasta que alguien la invitó a entrar.

Entonces, al oír esta explicación, el director entendió por qué en aquella primera visita no hubo ninguna manifestación espiritista, y por qué él había sentido tanta libertad mental y tanto poder para presentar el estudio.

Alrededor de la mitad de aquellos espiritistas, diez de ellos, se libraron del engaño y se unieron a la iglesia remanente. Los primeros fueron el jefe espiritista, Longino Pereda y su esposa. El colportor que los encontró fue Catalino Paiva, y el director que los siguió instruyendo fue Nicolás Chaij.

Conclusión

La ayuda de los santos ángeles es tan real e imprescindible como el aire que respiramos. De igual manera, el éxito en la venta de cada libro y de cada revista y el éxito en la ganancia de almas dependen de la ayuda angelical.

La Hna. White explica la razón del éxito de los colportores en estas palabras: “Nuestros colportores están obteniendo señalado éxito. ¿Y por qué no habrían de alcanzarlo? Los ángeles del cielo actúan con ellos” (*El colportor evangélico*, pág. 154).

“Los colportores que han nacido de nuevo por la obra del Espíritu Santo, serán acompañados por los ángeles, que irán delante de ellos a las moradas de la gente, preparándoles el camino” (*Id.*, pág. 123).

4

Colportores que Parecen Angeles

LA ESCRITURA dice de Esteban, que los judíos “vieron su rostro como el rostro de un ángel”. Hoy también muchas personas ven al colportor que los visita, como si fuera un ángel celestial. Y en realidad, él es un mensajero del cielo, que realiza una obra de bien eterno en favor de las almas.

Parecía un ángel

Se estaba realizando una asamblea de colportaje en Na-vojoa, México. El sábado de tarde, último día de la asamblea, varios colportores habían contado algunas experiencias, cuando un constructor pidió la palabra y dio el siguiente hermoso testimonio:

“Yo era un borracho insoportable, que hacía sufrir a mi esposa y a mis hijas. Pero una tarde me visitó un joven, y sembró en mi corazón y en mi hogar, la preciosa semilla del Evangelio, mediante una colección de libros que me vendió.

“Era un joven de baja estatura, pero de altos ideales. Para mi hogar fue como un carbón encendido en el altar de Dios que vino a iluminarnos. No me regañó, sino que me habló cariñosamente. ¡Parecía un ángel! Siguió visitándonos y dándonos estudios bíblicos. En corto tiempo nos dio una visión noble de la vida. Por eso estoy en la

verdad junto con mi familia, y mis dos hijas estudian en este colegio”.

Ese colporteur que “parecía un ángel” era el Hno. Jaime Cruz. ¡Qué hermoso y reconfortante! La gente llega a estimar y admirar tanto al colporteur, que lo asemejan a un ángel del cielo.

¿Hombres o ángeles?

A. R. Haig, que más tarde llegó a ser un gran director de colportaje en las Indias Occidentales, un día terminó de colportar cierta aldea de las Bahamas.

Al atardecer, cuando él y su compañero iban a retirarse, el jefe de la aldea los llamó y les dijo: “Caballeros, durante todo este día los hemos estado viendo entrar y salir en nuestros hogares, y nos hemos preguntado si Uds. eran hombres o ángeles que pasaban por nuestra aldea. Han sido una bendición para nuestra alma y un aliento para nuestro espíritu. Estamos contentos de haberlos conocido. Nos da pena que se vayan. Por favor, vuelvan a visitarnos”.

¡Qué hermoso! “Nos hemos estado preguntando si Uds. eran hombres o ángeles que pasaban por nuestra aldea”. ¡Qué admirable estela de luz, esperanza y bendición dejan los colportores-ángeles detrás de sí!

No parecía un hombre

Campolino Silva, de Río Grande, Brasil, fue a entregar un ejemplar de *Vida de Jesús* a un hacendado. Cuando se acercaba a su casa, se cruzó con el hacendado que venía en un jeep. El hombre se detuvo, pero no parecía bien dispuesto. En vez de recibir su libro, le dijo al colporteur que subiera y lo acompañara hasta la casa de su compadre.

Llegados allá, en presencia del compadre y de la esposa, el hombre le dijo al colporteur que no quería el libro, porque el cura le había dicho que era protestante, y que los protestantes eran la bestia del Apocalipsis.

Entonces Campolino expresó su respeto hacia el hacendado, y sacando su Biblia del maletín, le dijo: “Ya que Ud. conoce la Biblia, le voy a pedir un favor. Muéstreme

dónde dice que los protestantes son la bestia. Sírvase”.

El hombre tomó la Biblia y empezó a darla vuelta en sus manos. Se puso nervioso, sudaba profusamente, pero ni siquiera la abrió. Viendo eso, Campolino tomó la Biblia, abrió en Apocalipsis 13, y fue leyendo y explicando cada texto y cada símbolo. Terminada la explicación, el hacendado no dijo ni una palabra. Su compadre lo miró, y al fin le preguntó: “¿Y, compadre, cómo es eso?”

Pero el hacendado no respondió. Se hizo un largo y molesto silencio. Su amigo insistió: “¿Y, compadre, cómo es eso? ¿Cómo es eso, compadre?” Por fin el hacendado, abrumado, dijo: “Estamos perdidos. El papado es la bestia”.

Campolino lo felicitó porque él reconoció la verdad. Sacó el libro del maletín y se lo dio. Sin más objeción, el hombre recibió su libro.

Estaba oscureciendo. Campolino intentó despedirse para volver al pueblo; pero el hacendado, mejor dispuesto ahora, le dijo: “Espere, yo lo voy a llevar al pueblo”.

Cuando iban saliendo, el colportor alcanzó a oír que el compadre le expresaba a su esposa su admiración por el estudio bíblico y por la cortesía de Campolino. Entonces la señora le dijo al esposo: “Sí, si cuando ese joven entró en casa, no parecía un hombre, parecía un ángel”.

¡Qué admirable! “¡No parecía un hombre, parecía un ángel!”

“Ud. es el ángel”

Cuando el colportor hondureño, Héctor Zabala, estaba en cierta casa entregando unos libros, un visitante le preguntó: “¿Es adventista Ud.?” En ese tiempo no había adventistas en esa zona. Ante la respuesta afirmativa de Zabala, ese hombre le informó: “En la aldea de San Rafael hay una familia que guarda el sábado”, y le dio el nombre.

El sábado siguiente, Héctor sintió un incontenible apremio de ir a San Rafael. Cuando llegó a esa aldea, se sintió defraudado al descubrir que la familia guardadora del sábado que él había ido a ver, estaba ausente del pueblo.

De todos modos visitó una casa vecina para recabar alguna información. A pesar de ser un desconocido, lo recibieron con extrema cordialidad. Cuando les explicó que él era un misionero adventista, le dieron esta tremenda sorpresa: “Nosotros también estudiamos la Biblia, y hemos estado orando a Dios, pidiendo que nos mande a alguien que nos enseñe su Palabra. Y ahora vemos que Ud. es el ángel que el Señor nos envió para que nos explique la Biblia”.

Le contaron también que veinte años antes, alguien les había regalado *El porvenir descifrado*, y que por ese libro estaban guardando el sábado, ellos y la otra familia ausente.

Para los que buscan la verdad, el colportor es un ángel de Dios.

El ángel José

Cuando hacía dos años que José Salva estaba colportando en el norte del Perú, fue protagonista del siguiente reconfortante suceso.

Una mañana José entró a visitar al director de una escuela. Y antes de mencionar siquiera sus libros, el director le contó emocionado que esa noche había tenido un bonito sueño. Le dijo: “Imagínese que soñé que un ángel me visitaba. Y lo raro era que me ofrecía algunos libros. Eran libros grandes, lindos, con hermosas láminas acerca del regreso de Cristo a este mundo”.

Al oír este relato, el que ahora quedó conmovido, fue el colportor. Entonces, cuando sacó el prospecto de *El conflicto de los siglos* para ofrecer sus libros, el director exclamó sobresaltado: “¡Este es el libro que vi en mi sueño, pero más grueso!” Cuando vio el primer grabado, dijo: “Este es uno de los grabados que vi”. Y a medida que veía las otras láminas del prospecto, cada vez más excitado, el hombre repetía lo mismo: “Este grabado también lo vi en mi sueño”.

Por fin encargó *El conflicto*, *El nuevo tratado médico*, la Biblia y las revistas. El día de la entrega, después de re-

cibir contento los libros, miró fijamente a José Salva, y como si entonces se le hubieran abierto los ojos, le dijo: “Ahora veo que el ángel que vi en mi sueño era Ud. mismo”.

“El ángel era Ud. mismo”. ¡Qué emocionado quedó el colportor al oír estas palabras y ver en ellas la operación divina! En el acto, el “ángel José Salva” le dio al director un estudio bíblico, empezando con Juan 14:3 y Apocalipsis 1:7.

Sucedió como con Abrahán

Dos colportores llegaron un viernes de tarde a cierta ciudad brasileña donde no había adventistas. Esa misma tarde consiguieron hospedaje en una casa de familia. A la mañana siguiente, el dueño de la casa se preocupó porque no veía que esos jóvenes hicieran preparativos para salir a trabajar, como le habían dicho. Se acercó a ellos, y después del saludo les preguntó:

—¿Qué tal, jóvenes? ¿No van a trabajar?

—No, hoy no trabajamos.

Extrañado por esta respuesta, el hombre siguió indagando:

—¿Y por qué no trabajan hoy?

—Porque hoy es sábado.

—¿Cómo es eso? —inquirió más intrigado el hombre.

Entonces, uno de los colportores tomó su Biblia, le leyó el cuarto mandamiento y le dio un estudio acerca del sábado. Para la admiración de los colportores, ese hombre tampoco fue a trabajar ese día. Llamó a su familia, y pasaron una buena parte del día estudiando el mensaje adventista. Sin ningún problema, esa familia aceptó la verdad.

Tres meses después, cuando los colportores se retiraban de la ciudad, esa familia los acompañó a la estación ferroviaria para despedirlos. Entonces, el padre de la familia les dijo estas significativas y alentadoras palabras: “Conmigo pasó como con Abrahán. Yo los hospedé sin saber quiénes eran. Y Uds. llegaron a ser ángeles para mí”.

Hasta la Biblia representa a los mensajeros del cielo con el símbolo de un ángel (Apoc. 14:6 y 18:1). Esta sagrada honra de ser considerado como un ángel de Dios, confiere distinción y dignidad al colportor y a su santa misión. Y sin embargo, no lo torna engreído, sino que lo lleva a ser modesto y valiente en su abnegada labor.

5

La Amante Dirección de Dios

“A VECES creemos que sólo en tiempos de Pablo había llamados macedónicos y que sólo entonces Dios realizaba milagros”, dijo Sebastián Pinto, de Goias, Brasil. Luego nos contó un impresionante caso de la amante dirección de Dios.

El y su compañero Julio habían terminado una entrega en el campo, y estaban junto al camino, esperando algún vehículo que los llevara al pueblo. En ese momento se les acercó un hombre, y después de algunas palabras generales, les preguntó: “¿Sabían Uds. que estamos viviendo en el tiempo del fin del mundo?” Y en seguida empezó a predicarles.

Los colportores lo escucharon por un momento y después Sebastián le explicó que ellos eran misioneros adventistas. Entonces el hombre les dijo ansiosamente: “En ese caso, enséñenme Uds. a mí”. Sebastián sacó su Biblia y le dio un estudio.

Cuando acertó a pasar un camión, los colportores quisieron despedirse del hombre, pero él les dijo: “No, voy a ir con Uds. para que me enseñen más”. Viajó con ellos durante una hora, haciendo preguntas y absorbiendo las respuestas. Al despedirse les dijo: “Espero que algún día vengan a mi casa y me traigan una Biblia. No traigan una sola, traigan muchas, porque donde yo vivo hay muchos

vecinos que quieren la Biblia. Y vengan a predicarnos”.

Sebastián siempre estuvo pensando visitar a ese hombre, pero pasaron dos años hasta que pudo volver. Cuando llegó a Terezina, donde ese hombre vivía, Sebastián se vio en un serio problema. Explicó su dificultad a un vecino del lugar, diciéndole: “Vine aquí a visitar a un hombre, y ahora veo que perdí el papel con su nombre y su dirección. Es un hombre que cree en la Biblia y me encargó que se la trajera”.

¿Quién iba a poder decirle quién sería ese hombre? Pero cuando el colportor terminó de pronunciar esas palabras, oyó a su espalda una voz que le dijo: “Señor Sebastián, ¿no seré yo ese hombre que Ud. busca?”

Cuando el colportor se dio vuelta, se llevó el asombro de su vida. Allí ante él estaba el mismo hombre que dos años antes le había encargado la Biblia.

Se saludaron con inmensa alegría, y luego el hombre le reveló a Sebastián una admirable intervención divina, al decirle: “Yo estaba trabajando en la finca y sentí la impresión de venir al pueblo. No tenía nada que hacer aquí, pero vine; y ahora veo que Dios me trajo para encontrarlo a Ud.” Entonces le preguntó:

—¿Cuánto tiempo va a pasar aquí?

—Me voy mañana —respondió Sebastián.

—¡No puede ser! Tiene que quedarse por lo menos una semana o dos, a predicarnos.

—Entonces, voy a hacer unas entregas y vuelvo el miércoles. Ud. invite a los vecinos para una reunión en su casa, el miércoles de noche.

Ese miércoles Sebastián llegó rendido, con necesidad de descansar. Pero así y todo, dirigió un estudio bíblico para el buen número de vecinos presentes.

Aunque tenía que seguir colportando, le impresionaba el ansia de esa gente de conocer el mensaje de salvación. Así, quedó con ellos una semana; de día los visitaba en sus casas y les daba estudios individuales, y de noche dirigía reuniones colectivas.

Al fin de esos pocos días, hizo un llamado y 55 personas

aceptaron el sábado. Algunos meses más tarde fueron bautizados los primeros 26 de ese grupo.

Cuando estos dos colportores contaron acerca de esta maravillosa dirección de Dios, Julio, el compañero de Sebastián, hizo este comentario: "Nunca imaginé que Dios tuviera para sus hijos en esta tierra, un trabajo tan feliz y tan asombroso".

Una voz suave y dulce

En la variada gama de sus gratas experiencias, los colportores tienen frecuentes casos emocionantes.

Un domingo, Elia Martínez, de Colombia, visitó a un comerciante y a su esposa en su hogar. Mientras les presentaba sus libros, los esposos mostraron una inusitada excitación, que al principio Elia no pudo comprender. Al fin del relato, el comerciante le preguntó: "Ud. dijo que con esta obra nos traerá la Biblia. Entonces, anóteme". Luego el hombre agregó:

—¿Ud. cree en Jesús?

—Claro que sí —respondió la colportora.

Entonces él le contó que hacía cinco días que él y su esposa habían tenido un mismo sueño, a la misma hora.

Aquella noche, él había despertado impresionado, había llamado a su esposa y le había dicho: "Despierta que te voy a contar algo hermoso". Entonces le contó que él acababa de soñar con Jesús. Lo había visto amable y atrayente, y había oído una voz suave y dulce que le había dicho: "Sigue a Jesús. Ten fe en él. Pronto vendrá una persona que te explicará más".

Al oír ese relato, la esposa se había sentido más emocionada que él, y le había contado que ella también acababa de soñar con Jesús, y que había oído la misma voz.

Y ahora, la señora agregó otro detalle, que conmovió a la colportora. Le dijo: "Esa voz suave y dulce que oí en mi sueño, era la misma voz de Ud." Y la señora le pidió: "Venga a enseñarnos la Biblia".

Esa misma semana, la colportora comenzó a darles estudios y los dos esposos empezaron a asistir a la iglesia.

Esto es lo que declara la Hna. White: "Dios dará una experiencia admirable a los que digan: 'Creo en tu promesa; no fracasaré ni me desanimaré'" (*El colportor evangélico*, pág. 160).

La iglesia del sábado

Un día José Pinto pasaba por el mercado de Goinaia, Brasil, justo en el momento en que un campesino preguntaba a uno de los vendedores: "¿Sabe Ud. dónde está la iglesia del sábado?"

Como el vendedor no supo informarle, Pinto intervino y le dijo: "Sí, aquí cerca está, a tres cuadras de aquí. Yo soy de esa iglesia".

El campesino se alegró inmensamente. Cuando Pinto le preguntó cómo se había enterado del sábado, el hombre le hizo esta interesante relación: "Hace dos años me visitó un mozo llamado Sebastián Pinto; le compré un libro y ahí descubrí el sábado".

—¿Sebastián Pinto? —preguntó José.

—Sí.

—Pues, Sebastián es mi hermano.

Esta coincidencia generó más alegría y más simpatía entre los dos. Y el hombre siguió contándole otras providencias. Le dijo: "Un día, Sebastián pasaba por el camino, y al verlo, mi señora lo llamó diciéndole: 'Joven, venga. Hemos sabido que Ud. vende libros. Mi esposo quiere hablarle. Espere que voy a llamarlo'.

"Cuando yo llegué, le compré un libro y lo invité a posar en casa. Esa noche hablamos de religión, y él nos leyó la Biblia y nos explicó muchas cosas. Después, por ese libro empezamos a guardar el sábado, y ahora hice este viaje a la ciudad para encontrar la iglesia que guarda el sábado".

¡Qué amante la providencia de Dios! La esposa de ese hombre acierta a ver a Sebastián cuando pasaba por el camino. Luego en el mercado, José pasa cerca del campesino en el preciso instante en que él preguntaba por la iglesia del sábado. Ciertamente, Dios vela por los suyos y los guía a la verdad.

Mano de Angel

La siguiente historia es trágica y conmovedora, y revela otra vez el poder del amor de Dios para rescatar a los caídos. Por razones evidentes, aparecen sólo las iniciales del protagonista.

S. A. E. llegó a ser un avezado delincuente, de triste fama internacional. Desde niño había empezado a odiar a su padre, porque maltrataba a su madre. Como el padre gastaba su jornal en bebidas, desde los doce años, el niño S. A. E. se había habituado a robar. Su madre, que era bautista, oraba por la conversión del padre, y del hijo, pero falleció sin ver su anhelo satisfecho.

De los pequeños robos, S. A. E. pasó a otros mayores, hasta que llegó a ser un consumado malhechor, un diestro carterista. Llegaron a llamarlo Mano de Angel. Una vez robó 63 autos en dos meses. Pero como sucede casi siempre, un día fue atrapado y condenado a veinte años de prisión.

Poco antes, el buen hermano Lefimil, un ex colportor, tal como le sucedió al José de la Biblia, fue encarcelado por equivocación. Cuando se comprobó su inocencia fue libertado e indemnizado.

Conmovido por la triste condición de los presos, Lefimil decidió trabajar por ellos. En sus visitas a la cárcel conoció a Mano de Angel. Le llevó ropa y alimento, y le habló del amor de Dios. Pero Mano de Angel no quiso saber nada de religión.

No obstante, con tacto y con amor, Lefimil lo siguió visitando. Más tarde, S. A. E. expresó su admiración y gratitud por la paciencia y el cariño de Lefimil, que durante dos años seguidos tuvo la constancia de visitarle y hablarle de la esperanza del perdón y la recuperación.

Cierta noche, Mano de Angel tuvo un sueño grave. En su sueño oyó el texto bíblico, que afirma que Dios "humillará el orgullo de los extraños". Y oyó también la referencia, Isaías 25:5.

Tan pronto como se levantó, buscó el texto y encontró las penetrantes palabras que había oído en su sueño. Quedó

tan impresionado que decidió humillarse ante Dios. Esa misma mañana llevó la Biblia y una daga que se había fabricado en la cárcel. Y en presencia de varios compañeros de prisión, quebró la daga y les dijo que ahora tenía otra arma mucho mejor, la Biblia. Les contó su sueño y les dijo que había decidido cambiar de vida.

En una ocasión, S. A. E. le dijo a Lefimil que creía que Dios lo libertaría en un viernes. Poco después, justo un viernes de tarde, lo visitó su hermana y llorando le dijo: "Hice todo lo que pude, pero los abogados dicen que tu libertad es imposible". El respondió: "No te entristezcas. Si Dios me deja aquí, para algo será".

Sin embargo, ese mismo viernes de noche sucedió algo sorprendente y emotivo. Después que S. A. E. se había acostado, oyó que un guarda lo llamaba por nombre. Generalmente, cuando llamaban a un preso a esa hora, era para aplicarle un severo castigo. Así, él no respondió. De nuevo el guarda lo llamó por nombre, y cuando S. A. E. contestó, el guarda leyó su historia y le dijo que quedaba en libertad. Tan increíble le pareció la noticia a S., que le pidió al guarda: "Dígamelo de nuevo".

De esa manera, tal como lo había presentido, S. salió de la cárcel un viernes. Pero el que salió, no fue Mano de Angel, sino un nuevo hombre en Cristo. Por fin, la sentida oración de su madre fue contestada.

Inmediatamente, S. A. E. se dedicó a colportar. Trabajó con tal fervor, que su éxito fue satisfactorio y a veces espectacular. Pocas semanas antes de asistir a su primera asamblea de colportaje, había colportado la mina Las Condes, consiguiendo descuento por caja. En esos días estaba colportando con revistas, y haciendo presentaciones individuales y colectivas, tomó 856 suscripciones en tres días.

Estos son algunos de los milagros de la gracia de Dios, que levanta a los caídos y los sienta con los príncipes.

Una luz y una voz

Había sido un día lluvioso en esa zona de Jamaica. Después de un día de duro trabajo, Vicente Shand y su esposa

se pusieron en camino de regreso a su casa. Pero el Hno. Shand sintió la impresión de que debía llegar a cierta casa. Allí encontró a un hombre y su esposa, quienes con prontitud compraron el libro *Solucionese sus problemas con la Biblia*.

Algunas semanas después de entregar ese libro, un sábado de mañana, Shand vio a ese hombre y a su esposa en nuestra iglesia; y tres meses más tarde ambos fueron bautizados.

Una tarde después del bautismo, ese hombre le reveló algo interesante a Shand.

—Hno. Shand —le dijo—, aquella tarde en que Ud. me visitó, yo me sentí compelido a comprarle el libro.

—¿Por qué se sintió compelido? —preguntó Shand.

—Porque justo antes de su llegada, yo estaba sentado en el portal de mi casa, y de repente una luz pasó ante mis ojos y una voz me dijo: “Recibe a esas personas cuando lleguen”.

¡Cuán emocionante es la bendita obra del colportaje y la dirección de Dios en ese trabajo!

Felizmente perdió el camino

Hasta perder el camino puede ser providencial. Colportando en los campos de Bahía, Brasil, Pedro Souza se hospedó en cierta hacienda. Allí habló del mensaje a los dueños y les regaló una revista. Una semana después, Pedro volvía por la misma zona, y decidió visitar esa hacienda para ver el resultado de la revista.

Pero perdió el camino y no encontró la hacienda. Al fin dio con otra casa, y al llegar descubrió que Dios lo había estado guiando hasta ella con un gran propósito.

El dueño de esta casa le compró *Vida de Jesús*, y como atardecía, casi con timidez le preguntó a Pedro: “¿No quiere pasar la noche con nosotros?”

Después de la cena, el hombre le habló de su preocupación religiosa. Habían estado leyendo la Biblia y habían descubierto el sábado, pero estaban inseguros. Entonces

Pedro les dio un estudio acerca de la ley de Dios, y el hombre y su esposa aceptaron todos los mandamientos. Además, le hablaron a Pedro de varios ex adventistas de esa zona que habían perdido su fe.

Desde entonces, Pedro volvió muchas veces a ese lugar y estudió la verdad con esos vecinos. Al fin invitó al pastor, quien bautizó a 19 personas.

Así, gracias a que Pedro Souza perdió el camino, pudo encontrar a esas almas y guiarlas a la verdad.

Sorprendente dirección divina

Francisco Hernández acababa de llegar a una isla salvadoreña y estaba colportando. Un señor, desconocido para él, saludó a Hernández por su sobrenombre, Paco. El sorprendido colportor le preguntó cómo conocía su sobrenombre, y la respuesta fue más sorprendente aún. El señor le dijo: “Dios me anunció que Ud. vendría a visitarme y a traerme una carta. Me dijo que no la rehusara, porque valía mucho. Además agregó: ‘El Hno. Paco te va a predicar’ ”.

En el acto, el hombre compró el libro *Paz en la angustia* e invitó a Hernández a volver esa noche a predicarles. El colportor le explicó que tenía planes de salir en la lancha de esa tarde y que no podría predicarles esa noche. No obstante, el señor le aseguró: “Yo sé que Ud. nos predicará esta noche”.

Tal como lo había calculado, Hernández terminó su trabajo temprano y fue al embarcadero a esperar la lancha. Pero la lancha no vino.

No habiendo otra escapatoria, Hernández fue a predicar a esa gente. Tan pronto como terminó la reunión, llegó cierto hacendado en su lancha propia e iba exactamente adonde el colportor quería ir. Hernández ni tuvo que pedir el viaje. Los vecinos hablaron con el hacendado, y él consintió en llevarlo. De esa manera igual llegó a su destino y cumplió con una misión providencial.

¡Con cuánta frecuencia se ve la dirección sobrenatural de Dios guiando a los que le sirven!

Un error providencial

Cuando Saúl Márquez, de México, hacía ocho años que estaba colportando, tuvo una experiencia que renovó su convicción, que él expresó en estas palabras: “Dios hace mucho por medio de nosotros en el colportaje, y su providencia nos guía a encontrar a los que buscan la verdad”. Entonces contó la paradoja de un error providencial.

En la ciudad de Durango, Saúl estaba buscando a un tal Raúl García. Después de indagar, alguien le señaló una casa donde vivía un señor de nombre Raúl. Efectivamente, el colportor encontró ahí al señor Raúl; pero en vez de ser García, era Ramírez.

De todas maneras, Saúl le ofreció sus libros, y el hombre le compró el más religioso de la colección. Después hablaron de religión, y Saúl le dio un breve estudio bíblico (el gran secreto para ganar almas) y terminó con una oración.

Cuando le llevó el libro, el colportor volvió orar con ese hombre, e hizo arreglos para seguir teniendo estudios con él y la esposa.

Al poco tiempo esa familia se mudó a otra ciudad, y el colportor no supo más de ellos. Como un año después, Saúl se encontró con ese hombre en la calle. Conversaron un poco, y al final el hombre le pidió que volviera a seguir con los estudios.

Cuando llegaron al tema del sábado, el hombre dijo: “No vale la pena que sigamos los estudios, porque no voy a poder guardar el sábado”. Todo el esfuerzo por iluminar a esas almas parecía perdido.

Pasaron varias semanas y un día la esposa de ese señor visitó al colportor y con lágrimas en los ojos, le dio una gran noticia: “Mi esposo y yo hemos decidido guardar el sábado, aunque nos cueste un sacrificio”.

¡Qué alegría para Saúl y para los ángeles del cielo! Al poco tiempo los dos esposos se unieron a la Iglesia Adventista.

Entonces, fue providencial que buscando a Raúl García, el colportor se encontrara con Raúl Ramírez, quien bus-

caba la luz. Dios promete: “Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos” (Salmo 32:8).

Cómo guía Dios a los fieles

En la Rep. Dominicana, cerca de Barahona, vivía un joven que anhelaba el bien supremo. Y Dios que conoce el corazón, lo guió amorosamente hacia la luz.

Un día ese joven fue al pueblo a encargarse un traje. Cuando entró en la sastrería, vio a dos jóvenes ofreciendo al sastre un bonito libro, que despertó su nostalgia de Dios. Oyó admirado el relato. Vio que el sastre encargaba el libro y que los jóvenes se disponían a retirarse. En ese momento él les dijo ansiosamente: “¿Por qué no me anotan a mí también?”

El día de la entrega, el joven le dijo a su padre: “Tengo un compromiso en el pueblo”. El joven encontró a los colportores en la calle, y volvió contento con su tesoro. Cuando el padre vio el libro, le dijo: “Y ese libro, ¿vale tanto como el trabajo que perdiste?” El tiempo iba a responder a esa pregunta.

Esa misma noche el joven empezó a leerlo, y cada noche después de terminar su trabajo, seguía la lectura. A veces tomaba una lamparita de kerosén, e iba detrás de la casa a leer. Poco después su madre le consiguió una Biblia. Un día el joven le dijo a su padre:

—Papá, aquí la Biblia dice que el sábado es el día de reposo, y yo quiero seguir lo que dice la Biblia.

—¿Cómo vas a dejar de trabajar en sábado —observó su padre— que es cuando pagas a los trabajadores?

—Comprendo papá —respondió—, pero les voy a pagar el viernes.

Un día, uno de los peones le dijo al joven:

—Si quieres, te voy a llevar a la verdadera iglesia.

Contentísimo, el joven preguntó:

—¿Cuál es?

—La Iglesia Adventista del Séptimo Día.

El siguiente sábado viajaron 40 kilómetros hasta la

iglesia adventista más cercana. La encontraron llena. El joven se sintió radiante. A su regreso contó a sus padres las cosas grandes que había visto y oído.

El día de su bautismo alguien le dijo:

—Tú pareces un colportor.

—¿Qué es eso? —indagó él.

—Los colportores son misioneros que venden libros y revistas, y dan estudios bíblicos a la gente interesada en la religión.

Y su rápida respuesta fue:

—Entonces, yo quiero ser un colportor.

En la primera asamblea de colportaje a la cual asistió, los presentes se conmovieron al oírle contar su hermosa experiencia. De todos los presentes, los que más se emocionaron fueron los colportores que le habían vendido el libro en aquella sastrería, sin imaginarse el feliz resultado.

Este joven se distinguió en el colportaje. Aunque pasó por pruebas, siempre tuvo éxito. A los pocos años llegó a ser director de colportaje. En cierto año, además de su trabajo de director, ganó a 21 almas para la verdad. Su nombre es Rafael Félix Urbáez. Dios guía y prospera a los sinceros, humildes y esforzados.

Sin saber a dónde iba

Cuando José C. Cerino estaba colportando en Tabasco, México, una tarde sintió un vivo impulso de salir a colportar al campo. A la madrugada siguiente despertó y otra vez sintió ese fuerte impulso. Cuando se levantó esa mañana olvidó ese apremio, y se preparó para salir a trabajar en la ciudad, como todos los días. Pero al pasar frente a la terminal, vio un ómnibus que estaba por salir, y sin averiguar a dónde iba, subió en él.

Después de andar unos diez kilómetros, vino el cobrador y le preguntó a dónde iba. Cerino no supo qué responder. Al fin sacó tres pesos, se los dio y le dijo: “Hasta donde llegue este dinero”.

Unos kilómetros más adelante, el cobrador le avisó a Cerino que había llegado el fin de su boleto. Al bajar se

extraño de verse en un lugar despoblado. Se internó por un camino lateral y anduvo toda una hora hasta llegar a la primera casa. Ahí descubrió por qué Dios lo había impelido a salir al campo. El dueño de casa le dijo:

—Hace algunos días oré a Dios, y estoy esperando que venga alguien a traerme lo que necesito.

—¿Y qué necesita Ud.? —preguntó Cerino.

—Estoy leyendo la Biblia, hace cuatro meses que estoy guardando el sábado, y necesito que me aclaren si hay que guardarlo o no.

En el acto el hombre llamó a sus familiares y Cerino les dio un estudio. Al final, los familiares se retiraron y el hombre le dijo al colportor:

—Creo que ésta es la verdad, pero me parece que yo no podré salvarme.

—¿Por qué no?

—Porque tengo dos esposas.

—Antes de conocer a Dios —respondió Cerino—, uno comete muchos errores, pero eso se puede arreglar.

Y le explicó cómo rectificar su vida. De nuevo el hombre llamó a sus esposas y les dijo: “Uds. ven que estamos en un gran pecado, que nos impedirá ir con Cristo cuando venga”.

El colportor entonces les explicó que para poder unirse con el pueblo de Dios, una de ellas tendría que separarse, y la otra casarse con el hombre y ser su legítima y única esposa. Y las dos aceptaron con prontitud esa orientación.

Después de casarse y recibir la instrucción doctrinal, siete de ellos fueron bautizados. Estos formaron parte de un conjunto de 58 personas que José C. Cerino y su hermano Martín ganaron ese año para Cristo.

Este caso es otra muestra de la amante providencia de Dios para salvar a los sinceros, y de las admirables bendiciones que disfrutaban los colportores.

6

Soñarán Sueños

ES SORPRENDENTE la frecuencia con que se está cumpliendo la profecía de Joel, de que Dios guiaría a las almas mediante sueños. Esos sueños, asombrosos muchas veces, otras veces comunes, denotan la intervención del Espíritu Santo en el trabajo del colporteur.

Un caso extraño

Esta experiencia puede parecer extraña, pero muestra que la ayuda del Espíritu en el trabajo del colporteur no es teórica, sino real y viva.

En la ciudad de Caguas, Venezuela, Eusebio Prada visitó a una dentista. Cuando ella lo vio, le dijo: “Espere un momento”. Cuando se desocupó, Prada quedó sorprendido de oír lo que la dentista le decía:

“Anoche soñé que le compraba un libro por 41 bolívares. Y en el sueño le dije a un vecino que en vez de gastar su dinero en tabaco, le convenía comprar ese libro. Así, tráigamelo”. El día de la entrega, la dentista acompañó al colporteur a casa de aquel vecino, quien también compró el libro.

Esos dos libros fueron vendidos por el Señor antes de que llegara el colporteur. Y en todas las otras ventas, aunque no sea tan visible, es también el Espíritu de Dios el que obra mediante el colporteur.

Si en cada visita los colportores recordaran que el Espíritu Santo va con ellos y confiaran más en él, tendrían más poder, más éxito y más felicidad.

El hombre sonreía

Entre el cúmulo de buenas experiencias del veterano y misionero colportor colombiano Luis E. Urbina, padre, está la siguiente:

Al fin del relato, el señor le preguntó a Urbina:

—Ud. habrá notado que mientras me explicaba el libro, yo sonreía.

—Es verdad, lo noté —respondió Urbina.

—Es que anoche mismo lo vi a Ud. en un sueño, explicándome un libro exactamente como me lo está mostrando ahora. Así que, tráigamelo.

¡Qué ánimo, qué valentía siente el colportor al ver que Dios va con él, va antes de él y prepara los corazones!

“Yo sabía que Ud. vendría”

He aquí un incidente emocionante. Colportando en Mendoza, Argentina, Armando Vilchez llegó a una finca. Cuando le dijeron que el dueño estaba en la viña, allá fue Vilchez a entrevistarlo. Después de oír la presentación, el hombre invitó al colportor a su casa. Y aunque éste procuró tomar el pedido ahí mismo, el dueño insistió en que lo acompañara a su casa.

Mientras Vilchez presentaba los libros a la esposa, el señor lo interrumpió diciéndole:

—Tengo que decirle algo. Yo sabía que Ud. iba a venir a mi casa.

—Seguramente Ud. me vio visitando a sus vecinos —le dijo Vilchez.

—No, nunca antes lo vi, ni sabía que había visitado a otros. Pero sabía que vendría a mi casa, porque hace unos días soñé con Ud. y lo vi igual como llegó hoy.

Con lágrimas en los ojos, el hombre le contó a Vilchez algunas experiencias de su vida. Le dijo que creía en Dios, y agregó: “Yo no sé rezar, pero pido a Dios como puedo, y hoy sé que Dios me ha oído, porque Ud. llegó en la misma forma en que lo vi en sueño”.

Entonces tuvieron un estudio bíblico, oraron juntos; el hombre encargó los libros y dio un buen anticipo. Cuan-

do el Hno. Vilchez se despidió, el hombre tenía los ojos llenos de lágrimas.

Doble sueño

Teodoro Vázquez, del Perú, consiguió permiso para colportar todas las comisarías de la ciudad. En una de ellas tomó varios pedidos y tuvo que volver al día siguiente para terminar su trabajo. Cuando regresó, un telefonista de la policía había visto las revistas vendidas por Vázquez el día anterior, así que lo llamó. Cuando supo que junto con los libros recibiría la Biblia, no sólo los encargó, sino que invitó al colportor a ir a su casa para contarle una extraña experiencia.

El telefonista era un hombre joven de origen alemán, y su esposa era profesora de la escuela normal. En esa primera visita, a Vázquez le pareció oportuno estudiar con ellos los Diez Mandamientos.

Después de varios estudios, el policía le contó que hacía algún tiempo había comprado el libro *Descubrimientos orientadores* y que desde entonces había estado orando para que Dios le revelara la verdad.

Una noche había tenido un sueño extraño que lo había impresionado mucho, porque esa misma noche su esposa había soñado lo mismo. Por la mañana ella le contó su sueño diciéndole: “Anoche soñé que una paloma entraba en nuestra casa y se paraba sobre tu cabeza”. “¡Qué extraño! —respondió él—. Yo soñé exactamente lo mismo. ¿Qué significará eso?”

Después de meditar sobre el asunto, llegaron a la conclusión de que la paloma era símbolo de un mensajero y que el doble sueño quería decir que Dios les enviaría un mensajero y algún mensaje. Y lo significativo había sido que, a la mañana siguiente de tener ese sueño, había llegado Vázquez a la comisaría.

“Ahora él es diácono de nuestra iglesia —terminó diciendo el colportor—, y los dos esposos están haciendo una buena obra misionera entre sus familiares, amigos y vecinos”.

Un sueño maravilloso

El director de colportaje de la Unión Chilena, Sergio Morales, fue a trabajar con el colportor Francisco Jiménez. Después de viajar toda la noche, llegaron a la ciudad de Llanta a las 8:30 de la mañana.

Entonces el Hno. Jiménez le sugirió a su director: “Para aprovechar mejor el tiempo, podemos dejar las valijas en casa de una familia evangélica a quien conozco. Comenzaremos a trabajar en seguida y luego podremos buscar alojamiento”.

Fueron bien recibidos en esa casa y encontraron allí de visita a un matrimonio joven. Cuando la señora visitante supo que esos hermanos eran colportores, les contó algo emocionante. Les dijo: “Anoche tuve un sueño maravilloso. Vi a Cristo con la Biblia en una mano. Me mostró en ella los Diez Mandamientos y me señaló a un joven y me dijo que él me los explicaría”. Y dirigiéndose al Hno. Morales, agregó: “Ahora veo que ese joven es Ud. Hablemos de la Palabra de Dios”.

Inmediatamente el Hno. Morales les dio un estudio acerca de la ley de Dios; y al terminar, les ofreció *El conflicto de los siglos* y *El nuevo tratado médico*, que ellos encargaron.

Con frecuencia, mediante sueños, Dios prepara el camino para los colportores.

Este es el hombre

“Cuando las ventas no van bien en el centro —contaba un colportor— pueden ir bien en los suburbios”.

Esa mañana el trabajo había sido difícil en el centro, así fue a trabajar en otra zona de la ciudad. En la tercera casa que visitó, le esperaba una buena sorpresa. Antes de que el colportor hablara de sus libros, la señora lo miró con insistencia, llamó al esposo y le dijo:

—¿Te acuerdas del sueño que te conté ayer?

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, éste es el hombre que vi en mi sueño, que nos traía algo así como un libro y una enseñanza.

Con esta preparación hecha por el Espíritu de Dios, esos esposos encargaron los libros en seguida.

Esos libros los vendió Dios

Cierta señora atendió con suma cortesía al colportor Robustén Zúñiga, escuchó atentamente y casi al fin de la presentación lo interrumpió, y llamando a su hija, le preguntó:

—¿Te acuerdas que esta mañana te conté que anoche había soñado con cosas muy lindas?

—Es cierto.

Señalando entonces una lámina del prospecto, siguió diciendo:

—Así vi en mi sueño a Jesús y el juicio divino, así como en esta lámina.

Y dirigiéndose emocionada al colportor, añadió:

—Cuando Ud. entró en mi casa, en seguida reconocí que era Ud. el que yo había visto en mi sueño.

El día de la entrega, la señora recibió el libro, y le pidió otro ejemplar para otra familia. Esa señora contó su sueño a muchos parientes y amigos, y les mostró el libro. Ellos impresionados le pedían que se los prestara; pero ella respondía: “No, este ejemplar es para mí. Les voy a mandar al joven para que lo compren de él”. Eso inició una venta en cadena.

“¿Qué significa esto?”

El notable colportor Selemías Lima, varias veces campeón mundial anónimo de ventas, estaba trabajando en una compañía aérea de Río de Janeiro. Cuando llegó el turno de colportar la sección cocina, presentó sus libros al jefe de esa sección y le pidió una hora propicia para reunir a su personal. El jefe lo citó para las 3:00 PM y casi todos los 15 empleados encargaron los libros.

Después, durante varios días, Selemías almorzó ahí. Un día, dos señoras que habían encargado los libros pidieron hablar con él. Lo primero que él pensó fue que tal vez ellas querían anular su pedido. En vez de eso, una quería

confirmar el precio, y la otra quería contarle un llamativo sueño que había tenido. Le dijo: “Anoche soñé con Ud., y mientras yo lo miraba, oí una voz que me dijo: ‘Compra el libro *Dios, la naturaleza y el sufrimiento*’”. Entonces la señora le preguntó:

—¿Conoce Ud. algún libro con ese título? ¿Podría conseguirme uno?

—Ese libro es de nuestra editora —respondió él—. Pero no sé si está agotado o si existe todavía. Voy a averiguar.

En esos días Selemías realizó la mayor entrega de su fabulosa experiencia. Su auto no alcanzó para llevar todos los libros que debía entregar. Así, pidió la ayuda del pastor jubilado Alfredo Meier, que tenía una camioneta.

La entrega fue bien. Cuando aquella señora lo vio, lo primero que le preguntó fue: “¿Consiguió aquel libro?” Con satisfacción, Selemías respondió: “Señora, ese libro ya no se publica más y está agotado; pero el director de nuestro Servicio tenía un ejemplar propio y se lo manda de obsequio. Sírvase”.

Cuando la señora tomó el libro y vio que era exactamente el mismo libro, con el mismo título que había oído en su sueño, quedó tan conmovida que temblando de emoción, y con los ojos humedecidos exclamó: “Dios mío, ¿qué significa esto? ¿qué sucederá con mi vida?”

El pastor Meier, que estaba presente, inmediatamente hizo arreglos con esa señora para visitarla y darle estudios.

¡Qué grandiosas experiencias da el Señor a los colportores! ¡Qué feliz y animado se siente el colportor al ver la presencia de Dios y esa ayuda sobrenatural en su trabajo!

Temores infundados

En una región apartada, Generino Araujo estaba realizando una entrega. Todo se desarrollaba bien, pero el día terminó y faltaba entregar diez pedidos, entre ellos a un joven panadero que había encargado *Vida de Jesús*. Como era un lugar donde había prejuicios religiosos, Araujo pensó que sería más prudente entregar ese libro al final.

Así, decidió volver a su pensión, que distaba 16 kms de ese poblado, y terminar la entrega al día siguiente.

Estaba oscureciendo y lloviznaba. Aun así, Araujo tomó su maletín y se puso en marcha. Había caminado como siete km cuando vio que alguien venía corriendo detrás de él. Pronto notó que era el joven que había encargado *Vida de Jesús*, y a gritos le decía: "Mozo, espere ahí, espere ahí".

Cuando el joven llegó, le dijo: "¿Por qué no llegó a entregar mi libro? Desde el pueblo vengo corriendo, porque no quiero quedar sin él. Soñé con ese libro. En el sueño vi todas las láminas del libro, y no quiero quedar sin él". Entonces recibió el libro y volvió radiante a su casa.

Al día siguiente, en vez de ver perjudicada su entrega por causa de ese libro, Araujo entregó todos los pedidos restantes, y además vendió al contado diez ejemplares más de *Vida de Jesús*.

Aquel joven panadero quedó interesado. Dios está en esta obra y da grandes victorias a los colportores.

"Primero cobre los libros"

Mario Lorenzo tuvo una alentadora experiencia en Caguas, Puerto Rico. Después de tomar el pedido de una señora para los libros *El guardián de la salud* y *El Deseado de todas las gentes*, ella se levantó y se fue a su cuarto. Volvió con 30 dólares y le pidió a Lorenzo que cobrara el importe. Como él se mostró sorprendido por ese proceder, ella le dijo: "Primero cobre los libros".

Después ella le contó: "Anoche, una persona que vi en un sueño, me informó que hoy vendría alguien a ofrecerme estos mismos libros. Y me dijo que los comprara en seguida, porque me serían muy útiles para mí y mis nietos".

Al ver esta manifestación de la presencia de Dios con él, Lorenzo quedó emocionado, y esa misma tarde le entregó los libros. Además, le dio un estudio bíblico acerca de 1 Tesalonicenses 4:16 y del regreso de Cristo.

Cuando el colportor terminó, la señora le dijo: "Eso mismo vi también en mi sueño. Vi que los muertos resu-

citaban e iban a recibir a Cristo en las nubes". Después de eso, esa señora que era católica acérrima, quedó estudiando la Biblia para ser adventista.

"Pocas veces tengo sueños"

Cierto día un colportor visitó a un señor llamado Pedro, y después del saludo el hombre dijo:

—Oiga amigo, yo pocas veces tengo sueños. Pero hace tres días, un hombre vestido de blanco se acercó a mi cama y me dijo: 'Un joven te va a visitar y ofrecer un libro que habla del regreso de Cristo. Cómpralo, porque lo necesitas'. Cuando desperté, noté que era un sueño, y quedé impresionado y preocupado.

"Ahora veo que Ud. es precisamente la persona que vi en mi sueño, con esa misma apariencia, esa misma ropa y ese mismo maletín. ¿Quién sabe si Ud. no trae en ese maletín el libro que vi en el sueño?"

Entonces el colportor le respondió:

—Don Pedro, no sólo le traigo ese libro, sino también un mensaje de fe y esperanza.

Después le dio un estudio acerca del regreso de Jesús y la preparación para encontrarse con él. El hombre quedó contento y le dijo:

—Voy a leer este libro con cuidado.

El libro era *Enfocando nuestra época*.

Soñarán sueños

"Después de presentar el libro en cierta casa de campo —cuenta un colportor— pedí almuerzo. Mientras comía conversé con el dueño que era creyente. Al fin él me preguntó: 'De todas las religiones, ¿cuál es la verdadera?'"

"Le di entonces un estudio sobre la verdadera señal de Dios. Le hablé de la unión de las iglesias, le expliqué que después perseguirán al pueblo de Dios, y algunos pagarán con su vida, como en el pasado.

"Entonces él llamó a su esposa y le dijo que se estaba cumpliendo el sueño que había tenido. Me contó que en su sueño me había visto a mí sentado a su lado conversando

acerca de la persecución. Me dijo que yo le había dicho en ese momento lo mismo que le había explicado en su sueño”.

Una paloma blanca

Un colportor cubano, Luis Martínez, que ha ganado a decenas de almas para Cristo, estaba trabajando esos días en un territorio duro, de poco éxito financiero. Su compañero le dijo: “Aquí estamos perdiendo tiempo. Faltan esas últimas cuatro casas. Yo me voy al siguiente pueblo”, y se fue. En cambio, Martínez se quedó, y ahí encontró su gran premio.

Al llegar a la primera casa descubrió que estaban presentes el dueño y sus tres hijos casados, que vivían en las otras casas vecinas.

Cuando Martínez empezó a presentar su libro, uno de los hijos lo interrumpió y dijo: “Ahora recuerdo un sueño que tuve anoche. En mi sueño lo vi a Ud. —le dijo al colportor—. Y mientras Ud. nos mostraba ese libro, así como lo está haciendo ahora, entró una paloma blanca, se posó sobre su brazo, luego se convirtió en un ángel, quien nos dijo: ‘Compren ese libro, porque tiene la verdad’”.

Al oír ese sueño providencial, el padre y los hijos quedaron muy impresionados y prontamente encargaron cuatro ejemplares del libro y cuatro Biblias, que el padre pagó en el acto.

Viendo esta operación tan patente del Espíritu Santo, en ese mismo momento, Martínez les dio un estudio bíblico acerca del regreso de Cristo a esta tierra. Cuando les entregó los libros, les dio otro estudio acerca de la ley de Dios y los inscribió en el curso bíblico radiopostal. Al poco tiempo las cuatro familias empezaron a guardar el sábado.

Hace cinco minutos

A veces la intervención de Dios es tan vívida que el colportor puede ver la realidad del mundo invisible.

Francisco Oliveira, de Río de Janeiro, llegó una tarde a cierta casa, y antes de que él dijera nada de su trabajo, el

señor lo sorprendió diciéndole: “Hace cinco minutos, mientras estaba durmiendo, soñé que un joven llegaba a mi casa y me ofrecía un libro, diciendo que contenía la verdad. Ese joven debe ser Ud.”

El colportor quedó realmente conmovido y le contestó: “Efectivamente yo debo ser el joven de su sueño” y le mostró *El Deseado de todas las gentes*. Sin vacilar, el hombre agregó: “Voy a comprarlo por causa del sueño”.

Conforme a Joel 2, los sueños que Dios da a la gente son una operación del Espíritu Santo y una señal de que Cristo pronto vendrá por los suyos. Vez tras vez, el colportor queda alegrado y fortalecido al ver que esta obra es de Dios, que el Señor está con él, y aprueba y prospera su trabajo.

7

La Protección Celestial

EL VETERANO Darío Monge colportaba hasta los últimos rincones del territorio que se le asignaba en el frío altiplano del sur del Perú. Un día se enteró de una aldea llamada Incahuasi, a la cual no llegaba ningún medio de transporte. Andando con su carga al hombro, entre los tres y cuatro mil metros de altura, caminó 27 días hasta llegar allí. Con la bendición de Dios pudo vender en esa aldea veinte libros, diez de ellos *El conflicto de los siglos*.

En muchos de esos lugares, el sacerdote es casi el dueño del cuerpo y el alma de la gente. En el pueblo de Chinchiro ofreció *El mundo del futuro* a dos oficiales del gobierno. Uno de ellos le dijo:

“Si Ud. vende este libro al dueño de esa panadería, nosotros también se lo compraremos”. Fue a ver al dueño de la panadería, sin sospechar quién era. Cuando llegó, encontró que era el cura del pueblo. No obstante, el cura compró su libro, después de lo cual todos los que sabían leer en ese pueblo, doce personas, se lo compraron también.

El día señalado entregó todos los libros y al final fue a ver al cura, quien le dijo enojado:

—Ud. me engañó.

—¿Por qué se enoja Ud. que es el dirigente católico?
—respondió el colportor.

—Tiene razón —agregó el cura— vamos a ser amigos, y recibió su libro.

El cura supo que Monge seguiría a Ocapampa. Allá se le anticipó y advirtió a la gente:

—Va a venir aquí un joven muy astuto a ofrecer libros. Hasta me engañó a mí y me vendió uno de sus libros.

Al llegar a Ocapampa, Monge encontró al alcalde, al gobernador, al juez y al comandante esperándolo. Y en seguida se pusieron a atacar el sábado.

El comandante les dijo a las otras autoridades:

—Yo conozco a los adventistas. Este joven tiene razón.

—Vean en el diccionario —les dijo Monge—, la palabra sábado, y sabrán que el séptimo día es el sábado.

Los funcionarios fueron a ver pero no regresaron. Entonces el comandante los mandó a buscar con un guardia. Volvieron avergonzados, y le dijeron:

—Ud. tiene razón. Perdónenos.

—Venga a almorzar conmigo —agregó el alcalde.

Otro lo invitó a cenar. Desde entonces todos compitieron por agradar a Monge. Compraron sus libros y lo alimentaron durante los quince días que colportó en Ocapampa.

En Rangracancho tuvo una experiencia dramática. El gobernador, el único que sabía leer, le compró algunas revistas. Cuando la esposa lo supo, se enojó mucho y azuzó a la gente contra el colportor. Se reunieron muchos de ellos con piedras y palos y pidieron que saliera el protestante. Se aglomeraron como seiscientas personas.

El gobernador no sabía qué hacer. En ese instante crítico, se presentó un desconocido alto, blanco, bien vestido, y le preguntó al gobernador:

—¿Qué quiere esa gente que está afuera?

—Este hombre es adventista —contestó el gobernador—. Esa gente se ha juntado contra él y no sé qué hacer.

—¿No es Ud. la autoridad aquí? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Yo vine desde Lima —agregó el visitante—, conozco a los adventistas que son buena gente. Ud. tiene que hacer respetar a ese hombre. Si alguna cosa le pasa, Ud. será responsable. Debe defender su vida.

Eran las once de la mañana. El gobernador llamó a sus catorce asistentes y dispersaron a la turba. En ese momento, inesperadamente cayó una fuerte granizada que obligó a la gente a refugiarse. Después se extendió una densa niebla.

El gobernador le dijo a Monge:

—Esta es su oportunidad de salir e irse del pueblo. Y mandó a tres hombres que llevaran su carga y lo acompañaran hasta el siguiente pueblo. Durante el viaje, Monge les predicó el mensaje adventista.

“El que os toca, toca la niña de su ojo”, dijo el profeta. Los que aman a Dios y le sirven, son muy caros para él, y toda la protección del cielo está sobre ellos.

“A Ud. la están protegiendo”

La destacada colportora de Trinidad, Sylvia Patrick, nos contó un día una asombrosa experiencia que había empezado trece años antes, que no había terminado aún, y que evidencia el tierno cuidado de Dios por sus abnegados obreros.

Un año después de haber empezado a colportar, Sylvia soñó que alguien le recomendaba leer el Salmo 101 antes de salir a su trabajo. Cuando se levantó, olvidó su sueño, pero lo recordó mientras iba por la calle hacia su trabajo. Entonces regresó a su casa, leyó el salmo, se encomendó a Dios y salió.

En la primera casa donde entró comprendió la razón del sueño. Después de oír la presentación del libro *La solución divina*, el hombre le dijo: “Déjeme buscar a mi guardián para poder hablar con Ud.” Se fue a otro cuarto y volvió con un gran anillo en su dedo. Después de mirar el libro, rehusó comprarlo, y le dijo a la colportora: “Yo soy espiritista”.

En ese instante Sylvia oyó tres golpes, y eso se repitió nueve veces. Entonces se produjo un cambio en el rostro del hombre. Ella quiso hablar, pero algo le dijo: “Quédate quieta”.

Cuando ella se levantó para irse, el hombre, con los ojos desorbitados, se acercó hacia ella con rapidez como para

atacarla; pero se detuvo y con una voz extraña le dijo: “¡A Ud. la están protegiendo! ¡A Ud. la están protegiendo!”

Esto había sucedido trece años atrás. Ahora poco antes de llegar ella a la asamblea, había ocurrido la segunda parte de esta experiencia, algo más sorprendente aún. Un sábado de mañana, cuando Sylvia iba a la iglesia, un desconocido la saludó en la calle y le preguntó:

—¿Es Ud. la que vende el libro *La solución divina*?

—Sí, yo soy —le respondió—, ¿por qué?

—¿Se acuerda que hace trece años visitó a un espiritista y le ofreció ese libro?

—Sí, recuerdo. ¿Y que pasó?

Entonces el hombre le contó: “Hace pocos días ese hombre tuvo un sueño y quedó perturbado. En el sueño él la vio a Ud. con ese libro en una mano y la Biblia en la otra. Y ahora él me mandó a ver si podría encontrarla para que me venda ese libro y una Biblia”.

Este último episodio había ocurrido solo tres semanas antes de la asamblea en la cual Sylvia contó el relato. Sin duda, Dios quiere hacer algo más por ese hombre.

Aunque este caso no había terminado aún, muestra por lo menos tres cosas: Primero, el Señor ama, acompaña y protege a los que trabajan para él; segundo, incesantemente y por largos y pacientes años, el Espíritu Santo obra en el corazón de las almas para guiarlas a Dios; tercero, es tiempo de que junto con nuestros libros, vendamos la Biblia a la gente.

Se cayó el techo

Víctor Mancilla fue a colportar a un alejado pueblecito cerca de Potosí, Bolivia. El dueño de una casa donde se acercó a buscar alojamiento, le mostró un cuarto cuyo techo estaba por caer, y le dijo: “Es lo único que puedo ofrecerle”.

Como no encontró otro albergue, Mancilla aceptó pasar esa noche ahí. Ese primer día le fue bien, tomó once pedidos para *El conflicto de los siglos*, inclusive el de su hospedero, y al día siguiente entregó esos libros.

Algunas semanas más tarde, Mancilla se encontró en

otro pueblo con su hospedero, y este hombre le dijo: “¡De la que se salvó! Al día siguiente de su estada allá, se cayó el techo de aquel cuarto donde Ud. se hospedó”.

Impresionado por esa protección providencial, el hombre leyó *El conflicto* con más atención y empezó a guardar el sábado. Cuando Mancilla contó este caso, tenía ocho interesados en ese pueblo, tres de ellos ya bautizados.

No lo vieron

Cuando estemos en el reino eterno, el ángel que nos acompañó y ayudó en esta vida, nos contará los muchos casos en que nos protegió y salvó de peligros invisibles para nosotros.

Pero en una ocasión, Olegario Almeida fue consciente de la protección de Dios en su trabajo. Tenía que ir a entregar un libro a un hacendado. Para llegar hasta allá, tenía que atravesar un denso bosque de unas tres cuadras de largo, con un fangal en el medio.

Al llegar al fangal, Olegario presintió cierto peligro, y sintió la impresión de que debía detenerse y leer el Salmo 91. Después de leerlo y orar, se sintió tranquilo, siguió su camino y entregó su libro.

A su regreso, al llegar al mismo lugar otra vez se sintió aprehensivo, y le invadió el apremio de refugiarse en Dios. Esta vez leyó el Salmo 1, oró y siguió su marcha.

Ese día era jueves. El domingo siguiente alguien le preguntó: “¿Supo lo que pasó ayer en el bosque?” Y le contaron que durante toda la semana, tres asaltantes habían estado apostados en aquel bosque para atacar a los transeúntes, y que el sábado habían matado a un hombre.

Sin embargo, Olegario había atravesado dos veces ese bosque, y los malhechores no lo habían visto, ni a la ida ni a la vuelta.

Los colportores son de Dios

A las 7 de la mañana de ese día, el colportor venezolano Felipe Escorche salió a trabajar en el campo, sin sospechar la dramática experiencia que le esperaba.

Cuando iba acercándose a su territorio, vio a dos hombres de aspecto sospechoso. Y lo que temía, sucedió. Los hombres se acercaron a él con la peor intención. Sacaron sus machetes y lanzaron golpe tras golpe contra el indefenso colporteur. Sin embargo, sucedió algo raro. A cada golpe, los machetes chocaban entre sí. Se oía el ruido de los choques, saltaban las chispas, pero ningún golpe tocaba al colporteur.

Al fin los asaltantes se asustaron. Uno le gritó al otro: "Este hombre está embrujado". Y los dos huyeron desparvoridos.

El colporteur quedó conmovido por esa amante protección de Dios, y siguió su camino desbordando de gratitud.

Dos mujeres habían visto la extraña escena, esperando que de un momento a otro, aquel desconocido cayera despedazado por los machetes. Cuando el colporteur pasó cerca de ellas, una le dijo: "Usted debe ser un hijo de Dios".

Esa muestra del cuidado divino le dio tal ánimo al colporteur, que al contar esta experiencia agregó: "Ese fue el día de más éxito en mi vida. Nunca tomé tantos pedidos como en ese día".

Sí, los colportores son de Dios, son sus obreros a los cuales él ama y cuida como a "la niña de su ojo" (Zac. 2:8). La Hna. White los llama "evangelistas de Dios" (*El colporteur evangélico*, pág. 59). Por eso los ángeles del cielo los acompañan, los protegen y les dan éxito en su abnegado trabajo misionero.

A tiros de revólver

Gracias a dos tiros de revólver, un hombre recibió el libro que había encargado y decidió ser adventista.

Ocurrió con el pequeño, pero valiente colporteur José P. Sena, de Goias, Brasil. Cuando fue a entregar un ejemplar del libro *Vida de Jesús*, el hacendado que lo había encargado rehusó recibirlo. Sin embargo, la esposa del hacendado trajo el dinero para recibir el libro y Sena se lo entregó.

Eso encolerizó tanto al hombre que arrebató el libro de manos de su esposa, y diciendo que estaba dispuesto a matar y morir, entró corriendo en su dormitorio y regresó con un revólver. Apuntó a quemarropa contra Sena y le disparó dos tiros. Se oyeron las detonaciones, salió humo del caño del revólver y salieron las dos balas; pero cayeron a los pies del hacendado.

Cuando él vio las balas en el suelo, tiró el revólver exclamando: "Nunca me había fallado un solo tiro con este revólver". Aunque él no lo sabía, el mismo Dios que había cerrado la boca de los leones ante Daniel, había desviado el rumbo de las balas.

En vista de esta situación, Sena tomó el libro, lo guardó en su maletín y se fue. Había andado apenas unos treinta metros, cuando dos hijas del hacendado lo alcanzaron corriendo, llevándole el dinero en nombre del padre y pidiendo el libro.

Entonces el colporteur regresó para entregar el libro personalmente. El hacendado le dijo: "Yo soy un infeliz, pero Ud. es un hombre de Dios. Perdóneme por la escena que provoqué".

No sólo recibió el libro, sino que pidió a Sena que le enseñara la Biblia. En el acto Sena le dio un estudio y el hombre prometió asistir a nuestra iglesia y hacerse adventista.

"Después de salir de ese peligro —dijo Sena—, recordé la promesa del Señor: 'El ángel de Jehová acampa en alrededor de los que le temen y los defiende'".

"¿Ud. es religioso?"

A veces el colporteur pasa por experiencias que lo espantan, como sucedió con J. S. Teves, en el norte argentino. Cuando llegó a una casa de campo, el dueño salió a recibirlo con un enorme cuchillo en la cintura y mirándolo seriamente, le preguntó:

—¿Qué quiere?

Teves miró el rostro adusto del hombre, miró el largo y filoso cuchillo y sintió un escalofrío por toda la espalda.

No obstante, disimulando el susto, le habló al dueño acerca de su finca.

El campesino seguía serio y le contó a Teves que un tiempo antes alguien lo había visitado y, con un cuento le había sacado dinero. Entonces Teves tuvo una feliz inspiración. Le dijo al hombre que él había venido a traerle un obsequio. Y sacando un folleto de su maletín, le ofreció el curso bíblico gratuito. El hombre cambió radicalmente de actitud y en tono cordial, le preguntó:

—Entonces, ¿Ud. es religioso?

—Sí, señor.

—Me lo hubiera dicho antes —dijo el hombre, y habiendo visto los libros en el maletín, agregó—: ¿Qué libros lleva?

Algunos colportores han descubierto que mencionar que ellos y los libros son religiosos, les granjea la confianza y la buena voluntad de la gente y facilita su éxito.

Todavía asustado, Teves sólo le mostró seis revistas, y el hombre las compró. Animándose un poco, le ofreció la suscripción, y el hombre se suscribió, y siguió preguntando por los libros. Cuando vio los libros, compró todos los que Teves le mostró.

Cuando la gente sabe que el colportor es un cristiano y un misionero, depone su desconfianza y compra con prontitud. Por eso muchos colportores han aprendido a presentarse desde el comienzo de la entrevista como misioneros adventistas, y generalmente son mejor atendidos.

Ud. morirá primero

“Si Ud. trata de estrangularme, Ud. morirá primero”, dijo el valiente colportor colombiano, Campos E. Mendoza, a un agresivo cliente que le estaba apretando la garganta.

Cuando el colportor tomó el pedido para un juego de seis libros grandes, ese hacendado se había mostrado cordial y había pagado la mitad del valor de los libros. Disgustado ahora, el hombre le dijo al colportor: “Supe que los libros son protestantes y no los quiero. Devuélvame el dinero o no saldrá vivo de aquí”.

El hombre era alto y fuerte, y el colportor menudo. Siendo nuevo en su trabajo, Campos no supo qué contestar. Sin embargo, le dijo respetuosamente:

—Don Joaquín, nuestra institución no acostumbra devolver el dinero.

El hombre se puso furioso. Saltó sobre el colportor, lo agarró del cuello y apretándolo con fuerza, le dijo:

—Si no me devuelve el dinero, no saldrá vivo de aquí.

Esforzándose por librarse, el colportor pudo decirle:

—Si trata de estrangularme, Ud. morirá primero.

—¿Por qué? —preguntó el hombre mientras apretaba más aún.

Haciendo su mayor esfuerzo, Campos respondió:

—Porque anda con nosotros una compañía de ángeles, y en el momento en que Ud. me toque, ellos lo tocarán a Ud. y morirá.

Tan pronto como el colportor terminó de pronunciar esas palabras, ese hombre, con todo su peso, cayó inconsciente al suelo. Su esposa y sus hijos que estaban presentes, se alarmaron.

El colportor comenzó a frotarse el cuello para aliviar su dolor. Sin embargo, preocupado por el hombre, se acercó a él, lo llamó por su nombre y lo sacudió, pero no recibió respuesta. Pidió un vaso de agua y le dio a beber. Entonces el hombre abrió los ojos, pero aturdido preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Ud. está en su casa —respondió Campos—. Yo le traje los libros que me encargó. Ud. trató de estrangularme, pero como los ángeles están con nosotros, Ud. cayó desmayado.

Lentamente el hacendado se incorporó y dijo:

—Ahora creo que Ud. es un santo. Quiero seguir su religión. ¿De qué religión es Ud.?

El colportor le mencionó las palabras “adventistas del séptimo día” y le habló de la segunda venida de Cristo y de los mandamientos de Dios.

Entonces el hombre preguntó:

—¿Qué debo hacer para pertenecer a su religión? Después de algunos estudios bíblicos, el hombre aceptó el sá-

bado y empezó a asistir a nuestra iglesia. Por supuesto, aquel día recibió sus libros.

El Señor nunca defrauda a los que confían en él. “Tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron”. Y la Hna. White afirma: “El hará más que cumplir las más altas expectativas de aquellos que ponen su confianza en él” (*Obreros evangélicos*, pág. 277).

8

Conversiones Rápidas

CERCA de Río de Janeiro, Brasil, un hombre recibió su libro un viernes de tarde. Esa misma noche empezó a leerlo, esa misma noche descubrió la verdad, y a la mañana siguiente estaba en la iglesia con su familia.

En el Uruguay, un colportor fue a entregar un libro a un hacendado, dos semanas después de haber tomado el pedido. Cuando el hombre recibió su libro, amablemente reprendió al colportor, diciéndole: “¿Por qué no me dijo a mí también, como se lo dijo a mi vecino, que el sábado es el verdadero día de reposo? Si me lo hubiera dicho entonces, ya haría dos semanas que yo estaría guardando el sábado”.

En la creciente marea actual de corrupción, egolatría y olvido de Dios, se nos dice que “muchas más personas de lo que pensamos están buscando el camino a Cristo”. Secretamente, y a veces sin que la misma persona lo perciba, muchos están buscando la senda de la vida. Y tan pronto como ven sus primeros rayos, la aceptan con prontitud. Ese es el gozoso privilegio del colportor, buscar a esas joyas de Dios y guiarlas a Cristo.

Pronto a responder

La colportora Esperanza de Huérfano, de Venezuela, habló con emoción de la felicidad que sentía al encontrar tantas almas prontas a rendirse al Señor.

Cuando presentaba su libro a un señor, él le dijo: “Si en estos libros está la verdad, la voy a aceptar”. En el acto los encargó y empezó a asistir a nuestros cultos. Pocas semanas después, en un programa dedicado al colportaje, el pastor habló de la necesidad de más colportores y preguntó quiénes deseaban dedicarse a esta obra. Ese hombre —ni bautizado todavía— en el acto se ofreció para ser un colporteur.

Esa es la operación del Espíritu Santo. Jesús dijo que él “llama por nombre” a sus ovejas, y éstas “oyen su voz”.

Dios lo envió

¡Cuántos le han dicho al colporteur: “Dios lo envió a Ud.”!

El Hno. Rafael Colón, de Puerto Rico, estaba colportando en una zona residencial. Una señora lo recibió mejor que el común de las personas, lo invitó a sentarse, y antes de que él dijera palabra alguna, ella le preguntó: “¿Ud. viene a hablarme del Señor, verdad?”

El le habló del mensaje de Dios para estos días finales, y del gran error que cometen las iglesias al quebrantar el sábado.

Después de ese estudio verbal, Colón quedó admirado y alentado cuando la señora le dijo: “Hace tres horas, me arrodillé y le pedí a Dios que me enviara algún mensajero suyo para que me hable de la verdad. Y ahora llegó Ud. Estoy segura que Dios lo envió”.

Este es otro cumplimiento de aquella familiar declaración de la Hna. White: “En todo el mundo hay hombres y mujeres que miran fijamente al cielo. Oraciones, lágrimas e interrogaciones brotan de las almas anhelosas de luz, en súplica de gracia y de la recepción del Espíritu Santo. Muchos están en el umbral del reino, esperando únicamente ser incorporados a él” (*Servicio cristiano*, pág. 72).

En diez minutos

En cierta ciudad del sur brasileño, un hombre protestante detuvo en la calle a un colporteur, y le preguntó:

—¿Es Ud. el que vende libros religiosos?

—Es verdad.

—¿Qué libros vende?

El colportor llevaba consigo un ejemplar del impresionante libro *Vida de Jesús*, que ha ganado a tantas almas, y del cual hasta fin de 1972, se habían vendido 850.000 ejemplares en ese país. El colportor se lo explicó y el hombre lo compró en el acto y se lo llevó consigo.

Ese señor estuvo tan contento con su compra y tan ansioso de leer su libro, que no esperó hasta llegar a su casa. Mientras iba por la calle, abrió su libro y “por casualidad” sus ojos vieron el único capítulo que habla del sábado.

Siguió caminando y leyendo, mientras el Espíritu divino tocaba su corazón. Antes de llegar a su casa, en menos de diez minutos, había terminado de leer ese breve capítulo y había decidido guardar el día del Señor.

Cómo dejó de fumar

He aquí otro admirable milagro del Espíritu Santo. El colportor Pablo Costa contó la asombrosa manera en que el poder del cielo transforma la vida en un instante y da la victoria completa sobre vicios que durante décadas esclavizaron a sus víctimas.

Dijo el Hno. Costa: “Hoy se habla del plan para dejar de fumar en cinco días, pero hay personas que están dejando de fumar en cinco minutos”.

Entonces contó de un hombre que durante 50 años había estado dominado por el tabaco. El colportor le dio un breve estudio de un solo texto acerca de la santidad de nuestro cuerpo, leyéndole 1 Corintios 3:16, 17 que habla del templo del Espíritu del Señor, y oró con él. En el acto el hombre hizo la valiente decisión de no fumar más, y en el acto el poder de Dios le dio la victoria completa. Nunca más volvió a fumar.

El colportor no dejó a ese hombre librado a su suerte. Siguió estudiando el mensaje adventista con él, y algunos meses después, él y tres de sus familiares descendieron al agua bautismal.

¿Qué aprendió de la Biblia?

Cuando el colportor le ofreció un libro, un finquero lo rechazó, “porque ahora estoy estudiando la Biblia”, le dijo. Entonces se entabló este vivo y emotivo diálogo entre los dos. El colportor le preguntó:

—¡Interesante! ¿Y qué aprendió de la Biblia, Sr. Fulano?

—Aprendí que debemos guardar el sábado, y mi hijo y yo lo guardamos.

—¡Maravilloso! ¿Y qué más aprendió?

—Que el bautismo de Cristo es diferente del que se practica hoy día, debe ser por inmersión.

—¡Muy bien! ¿Qué más?

—Que no debemos comer cualquier cosa, sino sólo alimentos limpios. La carne de cerdo es inmunda y no se debe comer.

—¡Qué bien! ¿Qué más dice la Biblia?

—Que debemos pagar el diezmo.

—Entonces, ¿a qué iglesia pertenece Ud.?

—A ninguna —respondió el hombre—. Yo leo la Biblia con mi hijo y guardamos el sábado aquí en casa.

Cuando el colportor le reveló a ese hombre que él también guardaba el sábado y pertenecía al pueblo que guarda ese día, con gran admiración el hombre exclamó: “¡Así que existen otros que guardan el sábado! Déme la dirección de ellos”.

Un tiempo después, los dos, el padre y el hijo, fueron bautizados.

Estaba orando

Algunas de esas conversiones rápidas son casi dramáticas, como el siguiente caso:

José Luis Saavedra visitó en el Uruguay la finca de una viuda. Cuando llegó a la casa, una señorita lo atendió y le dijo que esperase un momento.

Saavedra quedó esperando junto a su vehículo. Al ver que la señora demoraba, sacó su Biblia y se puso a leer. Cuando la señorita regresó y lo vio leyendo la Biblia, le preguntó con alegría:

—¿Es Ud. evangélico?

—Es verdad —respondió él.

—Entonces pase a la sala. Voy a avisar a mi mamá.

Cuando vino la señora, se veía en su rostro una viva impresión. En el acto indagó:

—¿Es Ud. creyente?

—Así es. Soy adventista del séptimo día.

—¡Qué maravilla! —comentó la señora, y le hizo esta sorprendente revelación—: Nosotros también somos evangélicos. En este mismo momento yo estaba orando a Dios, pidiéndole que nos enviara a alguien a enseñarnos su Palabra, y Ud. llegó antes de que yo terminara de orar. Así que le escuchamos. ¿Qué mensaje nos trae?

Viendo esas circunstancias, el colporteur fue directo y estudió con ellas la ley de Dios. La señora no vaciló; esa misma semana empezó a santificar el día del Señor, y poco después se mudó a la capital y se unió al pueblo remanente.

Tres conversos, tres colportores

Nunca sabe el colporteur cuán rápido y cuán grande puede ser el resultado de una venta, de un estudio bíblico, o de una inscripción al curso bíblico.

Miguel A. Rodríguez vendió en Aguadilla, Puerto Rico, el libro *Libertad del temor* a un joven llamado Salvio Ramos, quien empezó a leerlo en seguida. El colporteur fue llevándole personalmente las lecciones del curso bíblico, y cultivando su amistad.

En el momento oportuno, el colporteur invitó a Ramos a nuestra iglesia, quien empezó a asistir, llevando consigo a dos amigos suyos.

A los tres meses de haber comprado el libro, los tres fueron bautizados y dos meses después los tres ingresaron en el colportaje.

¡Cuántas maravillas como éstas realiza Dios mediante los que colportan en forma misionera!

“Los que salen en nombre del Señor son sus mensajeros para dar a las multitudes. . . las gratas nuevas de la salvación” (*Joyas de los testimonios*, tomo 3, pág. 534).

"Voy a cerrar mi comercio"

Un comerciante joven de Río Grande del Sur compró una Biblia a un colportor y lo invitó a volver a visitarlo. El colportor volvió con un compañero el siguiente sábado de tarde, y le dieron un estudio bíblico general. Pero el comerciante conocía algo de la fe adventista y les preguntó:

—¿Por qué guardan Uds. el sábado?

En respuesta, le leyeron el cuarto mandamiento. El joven quedó pensativo y añadió:

—Entonces el sábado debe haber sido abolido en el Nuevo Testamento.

—Todo lo contrario —respondieron los colportores, y le mostraron lo que el Nuevo Testamento dice acerca del sábado. En ese mismo instante, el joven hizo su decisión diciendo:

—Entonces, desde la semana que viene voy a cerrar mi negocio los sábados.

Cómo las encuentra

En todas partes hay almas sinceras que ansían la paz de Dios, y el colportor tiene el privilegio de encontrarlas y guiarlas a la fuente de la verdad. Veamos cómo las encuentra Benjamín Ramos, de El Salvador. Cuando contó su experiencia había ganado a nueve almas en ese año.

Un día, cuando Ramos estaba presentando sus libros a un relojero, el hombre lo interrumpió para decirle: "Yo leo con frecuencia la Biblia, pero tengo una duda, quisiera saber cuál es el verdadero día de reposo".

Ramos le pidió su Biblia, le leyó varios textos acerca del sábado, y le dejó un folleto sobre ese tema.

Cuando el colportor volvió a entregar los libros, le dio otro estudio y lo invitó a nuestra iglesia. El sábado siguiente, ese hombre y su familia asistieron al culto; y un tiempo después, él, su esposa y su hija se unieron a la iglesia.

¿Cuál es el secreto de Ramos para encontrar a las almas prontas a recibir la luz? Cuando contó ese caso, él reveló ese sencillo secreto al decir: "Cuando ofrezco los libros, a mí me gusta destacar la parte profética y religiosa".

No nos hable del sábado

Llegó la tarde de cierto viernes, y el pequeño y valiente José Sena aún no sabía dónde pasaría ese sábado. En esos días estaba trabajando en los sitios de Yataí, Goias, Brasil. Cuando terminó de colportar a un vecino, le preguntó por alguna casa donde pasar la noche. El hombre le respondió: "Allá vive un presbiteriano con ocho hijos, que tiene lugar para hospedarlo".

Al aproximarse a esa hacienda encontró al dueño en camino a su casa. Siguieron juntos y al llegar, todos los hijos salieron a saludar al visitante. Sena les dijo que él era un misionero adventista y el hombre encargó siete libros.

Después Sena le explicó que él guardaba el sábado y necesitaba un lugar donde pasar esas dos noches. El hombre le respondió bondadosamente: "Si Ud. quiere, puede quedarse en casa, con una condición: que no nos hable del sábado".

Sena aceptó, pero tan pronto como el dueño salió a su trabajo, sus hijos le hicieron a Sena un pedido comprometedor. Le preguntaron: "¿Por qué guarda Ud. el sábado?" e insistieron en que les contestara. Cuando el padre volvió a la casa vio a Sena con la Biblia en la mano, dándoles a los hijos un estudio acerca de lo que él expresamente había prohibido.

El hombre se enojó mucho. Pero los hijos le explicaron: "Papá, él no quería hablarnos del sábado. Nosotros insistimos en que nos dijera por qué guarda el sábado".

A la mañana siguiente, Sena les ofreció dirigir un culto. Ellos apreciaron la oferta, invitaron a los vecinos y asistieron 40 personas.

Cuando Sena regresó a entregar los libros, antes de llegar a casa del presbiteriano, oyó la gran noticia de que ese hacendado había decidido observar el sábado. Al llegar, todos lo recibieron con alegría, y le dijeron: "Desde que Ud. nos visitó, estamos guardando el sábado".

Recibieron los libros y encargaron seis más. Unos meses más tarde, se bautizaron cinco hijos de esa familia.

En esos días, un vecino le preguntó a Sena: “¿Cuánto cobra Ud. por dirigir un culto en mi casa como el que hizo en casa del presbiteriano?” En esa casa se reunieron 120 vecinos para ese culto. Cuando Sena contó esta animadora experiencia, agregó: “Ahora quedan en ese vecindario, en manos del pastor, 26 personas guardando el día del Señor”.

“¿No vas a trabajar?”

Cuando Campolino Silva colportaba en el campo, solía pasar los sábados solo, a veces en algún bosque. Pero un día descubrió un método mejor, que le permitió una inesperada victoria para Cristo.

Pasó cierto viernes de noche en casa de un agricultor. A la mañana, después del desayuno, le explicó al dueño que él no trabajaba los sábados y le preguntó si le permitía pasar el día en su casa. El hombre pensó por un momento, y luego le preguntó:

—¿Por qué no trabaja Ud. los sábados?

Silva le leyó el cuarto mandamiento y otros pasajes bíblicos. Después de oír ese estudio, el campesino le dijo:

—Siendo así, puede quedarse y sentirse como en su casa.

Conversaron un poco, el dueño le mostró su huerta y su corral de aves. Viendo eso, la señora le preguntó a su esposo:

—¿No vas a trabajar?

Por su parte, el colportor agregó:

—Sr. Fulano, siéntase libre para atender su trabajo.

Pero él respondió:

—No. Quedé impresionado por lo que Ud. me leyó. Voy a guardar el sábado yo también.

Otra alma pronta que respondió a la voz del Pastor. Ese fue uno de los días más felices para Silva y para ese hombre.

Grandes oportunidades

Cerca de Porto Alegre, Mario García entregó el libro *Nutrición y vigor* a una señora. Unos días más tarde el esposo salió al encuentro del colportor y le preguntó:

—¿No podría cambiarnos ese libro por una Biblia?

García vio la oportunidad. Cuando recibió la Biblia, el hombre le manifestó a García:

—Hemos visto que la Historia Sagrada dice que el sábado es el día de reposo. Queremos saber ahora qué dice la Biblia. Si dice que es el sábado, lo vamos a guardar.

Exactamente. Eso mismo dice la Biblia, respondió García, y le dio un estudio acerca del tema. Más tarde los dos esposos se bautizaron.

En esa misma zona, García encontró a otra persona esperando la luz del cielo. Ofreció el libro *Vida de Jesús* a una señora, y ella le explicó que era evangélica. Entonces García le pidió a la hija que trajera su Biblia y leyera los Diez Mandamientos. Y sin que el colportor explicara nada, cuando la hija leyó el cuarto mandamiento, la señora preguntó:

—Entonces la Biblia dice que el sábado es el día de reposo. ¿Es así?

—Así es —respondió García—. Ud. puede leer la Biblia de tapa a tapa y no hallará otro día de reposo fuera del sábado.

Entonces la señora agregó con determinación:

—Si es así, voy a guardar el sábado.

Poco después ella también se unió a la Iglesia Adventista.

Accidente bien aprovechado

En menos de un año desde que empezó a colportar, Aníbal Lucero había ganado a doce personas para Cristo, en Mendoza, Argentina. ¿Cómo hace para encontrar a las almas en un lugar aparentemente árido?

Un sábado de tarde, cuando él y su esposa volvían de la iglesia, se les pinchó el neumático de una de las bicicletas en que iban. Como no habían llevado inflador, se acercaron a una casa para pedir ayuda.

Una joven les prestó un inflador, y mientras acondicionaban la bicicleta, conversaron y le contaron que volvían de la iglesia adventista. Ante la curiosidad de la joven por

saber qué era eso, le ofrecieron visitarla al día siguiente, cuando estuviera su padre.

Ese domingo de tarde estaba toda la familia: aquella señorita, sus padres y su hermano, esperando la novedad. Lucero les leyó los Diez Mandamientos, les explicó el segundo y el cuarto, y los invitó a la iglesia. ¿Irían?

Aunque ese señor era constructor, el sábado siguiente dejó su trabajo y con toda su familia, apareció en nuestro culto. Unos meses más tarde, los cuatro fueron bautizados, y al poco tiempo la hija del constructor entró en el colportaje a sembrar la semilla y a buscar almas ella también.

Poco después Lucero tuvo otro hermoso triunfo. Se encontró en la calle con un antiguo amigo a quien hacía tiempo que no veía. Después de la alegría del encuentro, el amigo le contó que ahora él era protestante e invitó al colportor a seguir sus doctrinas.

Lucero le contestó con acierto: “Vamos a ir despacio. Si estás conforme, vamos a estudiar esas doctrinas con la Biblia, y aceptar sólo lo que la Biblia dice”.

Su amigo aceptó la razonable propuesta, y después de varios estudios, el amigo vio la verdad de la fe adventista y se convirtió a ella. Además, aceptó también el llamado a colportar.

¿Cómo hace Lucero para ganar almas dondequiera que va? El que tiene en su corazón el amor misionero de Cristo, está siempre alerta, buscando a los sinceros. Y no tiene que buscar mucho, porque Dios mismo pone en su camino a las almas que están esperando la verdad.

Para nuestro aliento, se nos dice que “en toda ciudad, pueblo y aldea, hay almas que abrazarían la verdad si se la presentáramos con inteligencia” (*Testimonies*, tomo 2, pág. 113).

9

Triunfos de la Verdad

“PRAVDA VITEZI” repetía Juan Hus en sus sermones, y murió en la hoguera repitiendo: “Pravda vitezi”; lo que significa “la verdad triunfará”.

Gracias a Dios que el triunfo final de la verdad y de los que la aman está cerca. La Hna. White nos alienta con estas palabras: “La verdad está a punto de triunfar gloriosamente, y todos los que decidan ahora colaborar con Dios, triunfarán con ella” (*Servicio cristiano*, pág. 318).

La política del cielo

El primer colportor que se animó a empezar la venta a plazos en Puerto Rico fue Angel Ogando, y ese método en seguida revolucionó el colportaje, ayudando a los colportores a subir a la categoría de “millonarios”; o sea, de los que venden por más de diez mil dólares al año.

Un día Ogando presentó sus libros al candidato más probable a alcalde de la ciudad de Toa Baja. Ese hombre le contó lo que pensaba hacer cuando fuera elegido alcalde. Ogando lo escuchó, encomió sus planes, y al final le dirigió esta osada pregunta: “Sr. Fulano, ¿por qué no cambia Ud. la política de la tierra por la política del cielo, que es impercedera y donde no hay traición?”

El hombre pensó y respondió: “Me gustaría conocer la política del cielo”. Entonces Ogando le prestó *El conflicto de los siglos*. Cuando empezó a leer ese gran libro, empe-

zaron también sus preguntas, lo que abrió el camino a los estudios bíblicos.

Viendo el cambio que estaba ocurriendo en la vida de este hombre, su esposa y su hijo se opusieron a su estudio de la Biblia. No obstante, él ya había comprendido la verdad y la abrazó de todo corazón. Este hombre fue una de las ocho personas que Ogando ganó ese año.

¡Cuántas emociones y alegrías disfruta el colporteur en su celestial tarea de poner a los hombres en el camino de la vida!

Tres grupos de sabatistas

La experiencia de Elso Goulart es extraordinaria. Estaba terminando de colportar en Mantenópolis, Brasil, y un hermano de la iglesia le preguntó: “¿Qué vas a hacer en ese lugar árido, donde Judas perdió las botas?” “Pues voy a buscar las botas de Judas”, le respondió Elso.

Cuando estaba colportando en cierta casa de esa región, entró un vecino con la insignia de los marianos en su pecho. Después de encargar los libros, le dijo:

—Quisiera que llegue a mi casa para hablar sobre el sábado.

La casa quedaba a dos cuadras y allá fueron juntos. Al llegar, el hombre le dijo:

—Hace trece años que leí un libro y desde entonces guardo el sábado. ¿Qué me dice Ud. de eso?

—Yo soy de ese pueblo que guarda el sábado —le explicó Elso.

—¿Cómo es eso? —preguntó sorprendido el hombre—. Yo nunca oí hablar de ese pueblo.

Después que Elso le dio un estudio, el hombre le contó que dos hermanos de él y sus familias también guardaban el sábado desde hacía seis años.

Dos días después alguien le contó de cierta hacienda donde el dueño no trabaja los sábados; “ni siquiera presta sus animales en ese día”, le dijeron. Cuando Elso visitó a ese hombre descubrió que hacía 28 años que respetaba el sábado.

—¡Qué coincidencia! —le dijo Elso—. Porque yo también guardo el sábado.

—¿Cómo es eso? —dijo el hombre, y todo excitado llamó a su esposa y le dijo: —Ven a ver. Aquí hay otro hombre que también guarda el sábado.

Unos días más tarde Elso tuvo otra notable experiencia. Ofreció un estudio con proyecciones en casa de un hombre y asistieron muchos. Al final ofreció el curso bíblico y veinte personas se inscribieron.

Al terminar esa reunión, el dueño de la casa y tres hombres más, se acercaron a Elso y le preguntaron:

—¿Qué fue eso que sucedió al fin de la reunión, cuando Ud. nos invitó a tomar el curso bíblico?

—¿Qué sucedió? —preguntó Elso curioso.

—En ese momento vimos un gran resplandor detrás de Ud. ¿Qué fue eso?

—No sé, yo no vi nada.

—Entonces eso debe ser de Dios —fue la conclusión del dueño de la casa.

En Mantena, Elso tuvo otra gran emoción. Cada vez que se hacía cortar el cabello, le hablaba de la fe adventista al barbero que era presbiteriano. Después pasó un año sin ver a ese barbero.

Un sábado, el pastor le dio su jeep a Elso para que fuera a Mantena a traer a un hombre y a su esposa para el bautismo de ese día. Cuando Elso llegó a la dirección que llevaba, encontró que ese hombre era su mismo barbero de un año antes. Hubo abrazos y alegría, y el barbero le dijo:

—Yo soy una estrella en su corona de victorias.

Así reservó Dios muchos triunfos que animan la vida de los colportores.

Cómo conquistar almas

En la pequeña ciudad de Alexania, Estado de Goias, Brasil, no había adventistas cuando Antonio J. da Silva fue a colportar. A las pocas semanas, quince personas estaban santificando el día del Señor con el colportor, entre ellos, un albañil.

Un día, el colportor fue a visitar al albañil y no lo encontró en casa. Mientras esperaba su regreso, la esposa, que había sido protestante, le preguntó al colportor:

—Mi esposo nunca había querido saber nada de la Biblia, ¿cómo logró Ud. interesarlo en el Evangelio?

El método de Antonio había sido sencillo, pero es el único efectivo, cuando lo seguimos con la unción del Espíritu Santo. Ese hombre había comprado el libro *Reconquista del hombre*. Como el colportor era también albañil, entre los dos hubo un lazo fácil de amistad. El no empezó a hablarle de religión, sino de su oficio, hasta que conquistó su amistad. Después le habló de la Biblia y empezaron los estudios.

En otras palabras, el Evangelio no se puede imponer por la fuerza. La persona misma debe querer investigar. Tanto para vender, como para ganar almas, hay que seguir el método inspirado: Primero, ganar la amistad, entonces presentar la Escritura y no nuestras palabras.

De presidiario a colportor

Isidro Leiva, de la Argentina, conoció el Evangelio en la cárcel. Cuando salió de la prisión, aceptó la fe adventista por medio de una hermana de él, y poco después empezó a colportar. Su éxito financiero y misionero fue la admiración de todos.

A los dos años de colportar en San Justo, Buenos Aires, tenía cien interesados. Pidió entonces la ayuda de un hermano laico, y entre los dos organizaron tres escuelas sabáticas, ahí donde no había adventistas hasta entonces.

Lo singular es que Leiva se ha especializado en ganar a constructores. Ese año se bautizaron 15 de esos interesados. El primero, un constructor y su familia, 5 personas. El segundo, otro constructor y su esposa, 2 personas. Un tercer constructor y su familia, 4 personas. Un carpintero y su familia, 3 personas más, y otro converso.

Estos son los silenciosos y sin embargo, maravillosos triunfos del amor de Dios, mediante los que trabajan con fervor.

Lo está matando

El siguiente triunfo de la gracia de Dios está relatado por el colportor dominicano, Salvador Alvarez.

“En cierta casa de campo, el dueño no me compró *El amanecer de un nuevo día*. Tampoco quiso suscribirse a la revista, apenas compró un número suelto.

“Al día siguiente tuve que pasar por allí. Algo me dijo que entrara de nuevo. Entré, le hablé de las perplejidades del mundo social, político y religioso, y le di un estudio bíblico. Después saqué un libro chico, y el hombre lo compró.

“Diez días después tuve que pasar otra vez por ese lugar. Visité a ese hombre y le pregunté cómo había encontrado la obra. Me dijo que le había gustado, al punto de haber leído ya todo el libro. Entonces le hablé de los beneficios de la revista, y se suscribió.

“Después de tres semanas, tuve la idea de volver a ver a ese hombre y mostrarle de nuevo *El amanecer de un nuevo día*; pero pensé que sería imprudente, habiéndole vendido ya en tres ocasiones. Sin embargo, pensé también que él estaba gastando su dinero en tabaco, así entré y le presenté dicho libro que el hombre encargó con interés.

“Dos semanas después lo invité a nuestra iglesia. Asistió a ella, y al salir me dijo impresionado: ‘Esta es la verdadera religión’.

“Unos días más tarde le dije: ‘El cigarrillo lo está matando’. Me contestó que había leído en la revista el mal que causa el tabaco. Después de un tiempo me escribió diciendo que había dejado el vicio y que ya había ahorrado diez veces más de lo que había gastado en libros. Ahora él, su esposa y su madre están bautizados. ‘Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano’”.

Dios habla al colportor

Cuando el colportor está dispuesto a seguir la voz de Dios, el Señor lo guía hacia las almas ansiosas de recibir la salvación.

Ananías dos Santos casi había terminado de colportar

un barrio rural, cerca de San Pablo. El día estaba llegando a su fin. Se acercaba la hora de dejar el trabajo, pero faltaban aún dos casas para terminar ese grupo.

En ese momento un jeep salía para la ciudad. Como le había ido tan bien en las ventas, Ananías decidió tomar ese jeep y llegar temprano y contento a su casa. Cuando ya se disponía a tomar el vehículo, sintió una fuerte impresión de visitar las dos últimas casas que faltaban. ¡Y qué felicidad que se dejara guiar por esa voz providencial! No sólo porque tomó dos buenos pedidos más, sino por la sorpresa que le esperaba.

El día de la entrega, en una de las dos casas el dueño le pidió a Ananías que le explicara un poco el contenido del libro y algo de la Biblia. En respuesta, él le dio un estudio bíblico. Cuando terminó el estudio, el colportor se dispuso a partir, pero amenazaba lluvia, por lo que el dueño de la casa lo invitó a esperar, y le pidió que le explicara un poco más mientras tanto. Entonces el hombre preguntó: “¿Qué puede decirme de las imágenes?” Esa pregunta dio lugar a otro estudio.

Por varias semanas Ananías siguió visitando a esas dos familias y estudiando la Biblia con ellas, mientras tanto, leían los libros.

Un día le dijeron: “¿Cómo se hace el bautismo? ¡Estamos ansiosos de bautizarnos! ¿Podemos bautizarnos nosotros mismos?”

Ananías respondió: “No. El bautismo debe ser administrado por un pastor autorizado por la iglesia. La única iglesia que guarda todos los mandamientos de Dios es la Iglesia Adventista del Séptimo Día”.

Aunque la iglesia adventista quedaba lejos, ellos empezaron a asistir y poco después fueron bautizadas las primeras ocho personas de esas familias.

El colportor quedó tan animado que hasta alquiló por su cuenta un saloncito cercano a ellos y organizó una escuela sabática de 20 miembros.

Es grandioso seguir la voz del Espíritu y ver las maravillas que realiza.

No vamos a cambiar de religión

¿Por qué algunos colportores parecen ganar almas fácil y rápidamente? Tal vez por tres razones. Veamos esas razones en este ejemplo:

Dos colportores estaban trabajando en la ciudad de Duque de Caixias, Brasil. Después de encargárles el libro *Vida de Jesús*, un hombre les preguntó: “¿Podrían explicarme cómo es el cielo?”

Esa noche los colportores volvieron y le dieron un estudio sobre ese tema. El hombre y su familia quedaron satisfechos y animados, y al fin el hombre les dijo: “Ahora comprendo que el cielo es algo real. Cuando quieran, pueden volver a enseñarnos la Biblia” y les previno: “Aunque nosotros somos bautistas y no vamos a cambiar de religión”.

Al entregarle el libro, le dieron otro estudio, esta vez acerca del verdadero día de reposo. El siguiente sábado, los colportores vieron a ese hombre, su esposa y sus tres hijos, todos bien vestidos y atentos en nuestra iglesia. Al mes se realizaba un bautismo y los cinco ingresaron por esa puerta al redil del pueblo remanente.

La triple respuesta a la pregunta inicial puede ser: Primero, algunos colportores ganan almas con facilidad porque “en cada ciudad, pueblo y aldea hay almas que abrazarían la verdad si se la presentaran en forma inteligente” (*Testimonies*, tomo 2, pág. 113). Segundo, porque esos colportores están cerca de Dios, luego tienen amor misionero. Tercero, porque sin demorar, dan estudios bíblicos con fe y unción.

¿Será malo ser adventista?

“¿Qué cree Ud.? ¿Será malo ser adventista?”, le preguntaron a una colportora unos padres preocupados porque su hija acababa de ser bautizada en nuestra iglesia.

Esto sucedió en Puerto Rico con la colportora Alejandra López. Después de encargar los libros y viendo que ella entendía la Biblia, le pidieron que hiciera el favor de hablar con su hija para mostrarle el error de haberse hecho adventista.

Para calmarlos y preparar su ánimo, la colportora les leyó Isaías 53 y les habló del amor de Cristo que siguen los adventistas. Entonces les explicó a esos acongojados padres que su hija no podía haber hecho nada mejor para su felicidad y salvación.

El viernes siguiente la colportora volvió a estudiar la Biblia con esa familia. Luego, con la ayuda de una instructora bíblica, continuaron estudiando más. Tres meses después los padres siguieron el ejemplo de la hija.

Esta colportora está haciendo una obra admirable. En dos meses ganó a tres almas y quedó dando estudios bíblicos en 15 hogares en un lugar llamado El Maní, cerca de Magüez.

El pastor Lemos

No sólo la Hna. White afirma que el colportor inteligente y consagrado ocupa un cargo igual al del pastor y lo llama "evangelista de Dios", sino que hasta la gente admira y aprecia al fiel colportor, y le atribuye ese carácter. Veamos esta bonita experiencia.

El pastor Jeremías de Oliveira fue enviado a visitar a un grupo de interesados que solicitaban el bautismo, en el Estado de Minas Geraes, Brasil. Cuando llegó a esa hacienda, no se dio a conocer de inmediato. Después de hablar de diversos asuntos, el hacendado le habló al pastor de religión y le dio un estudio acerca del fin del mundo.

Cuando el pastor se dio a conocer, el hombre se alegró inmensamente y le contó que, como no había río cercano para el bautismo, él había cavado una zanja cerca del camino. Después pensó que tal vez el pastor no querría realizar el bautismo en un lugar tan público, y cavó otra zanja en el bosque.

El pastor pasó una semana en ese lugar dándoles las últimas instrucciones para el bautismo. De día, les daba estudios y de noche les predicaba. Cuando el pastor predicaba, el hacendado permanecía a su lado, de pie, y con frecuencia exclamaba: "¡Qué grandeza!" Al fin de esa

semana fueron bautizados los primeros 13 creyentes de ese lugar.

Cuando el pastor Oliveira le preguntó al hacendado cómo había llegado a conocer el mensaje adventista, el hombre le respondió: "Hace nueve años que me visitó el pastor Juan Lemos (el primer colporteur que los visitó), me vendió algunos libros y me dio algunas instrucciones bíblicas. Desde entonces empecé a guardar el sábado y otros vecinos hicieron lo mismo. Esperamos mucho tiempo. Ocho años después llegó el pastor Elías Silva (el otro colporteur que los visitó). El me vendió otros libros, nos dio más instrucciones y nos prometió mandar a otro pastor para bautizarnos. Y después de esperar un año más, al fin llegó Ud."

¡Pastor! ¡Pastor!

Cuando el colporteur Cecil Laborde volvía un día de su trabajo, una señora lo llamó, diciéndole: "¡Pastor! ¡Pastor!"

Esto sucedía en un pueblo de las islas Granadinas. El se detuvo para ver qué quería. La señora le preguntó:

—¿Es Ud. pastor?

—No. Soy colporteur —explicó él.

—Entonces, Ud. es el hombre que deseo ver, para contarle algunas cosas acerca de los hipócritas de esa iglesia.

—Entonces la veré mañana, porque ahora estoy de prisa.

Entretanto, Laborde preguntó a los hermanos quién era esa señora. Y le dijeron que era una opositora, que no perdiera el tiempo con ella.

No obstante, al siguiente atardecer después de su trabajo, Laborde visitó a esa señora y le dijo: "Antes que Ud. me cuente nada, tengamos una oración. Yo voy a orar primero y después ora Ud. Y en su oración, dígame a Dios lo que Ud. quiere contarme acerca de esos hipócritas, y yo escucharé".

Entonces él tuvo una oración, pero ella no comenzaba a orar. Laborde esperó un poco más, pero ella no oraba. Cuando él abrió los ojos, vio lágrimas en los ojos de ella y entonces le habló del amor de Cristo hacia ella y la invitó a la iglesia. Ella asistió y siguió asistiendo y el mismo La-

borde le dio los estudios preparatorios para el bautismo.

Tres puntos se destacan en este incidente. Primero, se ve el respeto de mucha gente hacia los colportores, a quienes ven como pastores y así los llaman. Segundo, detrás de una apariencia opositora y crítica, muchos esconden un corazón herido y doliente, que ansía el amor sanador de Cristo. Tercero, es maravilloso el tino que el Señor concede a los que le aman, para ayudarles a resolver situaciones críticas, como en el caso de esta señora.

No me hable más del Evangelio

Hace unos veinte años, un empresario de ómnibus de El Salvador, iba caminando y se encontró con un adventista que iba en la misma dirección, el Hno. Héctor Beltramín.

Anduvieron juntos y hablaron cordialmente de diversos asuntos, hasta que por fin el adventista le habló de nuestro mensaje. Entonces el hombre se disgustó y le dijo al adventista:

—No me hable más del Evangelio porque yo soy católico. Además, tengo un libro muy bueno que leo todos los días con mi familia. ¡Ese libro sí que es bueno y explica muy bien la religión!

—¿Cómo se llama ese libro? —preguntó curioso el adventista.

—Se llama *El camino a Cristo*.

—Pues señor —respondió nuestro hermano—, ese libro es publicado por nuestra iglesia.

Al otro señor le parecía imposible que ese libro fuera adventista. Miró a su compañero de camino, y después de un silencio, exclamó:

—Si ese libro es de Uds. su religión debe ser muy buena.

Cuando el hombre regresó a su casa, le contó a su esposa la conversación con su compañero de camino, y le dijo que ese libro que ellos leían con tanta devoción era un libro adventista.

Eso los dejó turbados y ansiosos de conocer esa iglesia. Visitaron a un vecino adventista que les explicó nuestra

gran esperanza y los invitó a un culto. Esa misma semana asistieron por primera vez, y desde entonces continuaron yendo siempre a la iglesia. Algún tiempo después, ese hombre y doce de sus familiares se unieron a la iglesia remanente.

Yo también necesito estos libros

“Uds. deberían haberme mostrado esos libros a mí. Yo también los necesito”, dijo con fervor un hacendado. ¿Qué había sucedido?

Dos colportores habían vuelto a una hacienda ubicada en el Brasil, cerca de la frontera con Argentina, a entregar varias colecciones de libros; pero encontraron a los compradores sin dinero. Uno de ellos les dijo: “Tendrán que esperar que el patrón regrese para que podamos pagarles”.

Mientras daban tiempo a que el hacendado regresara, los colportores salieron para entregar otros libros a un vecino. Cuando atravesaban la hacienda, vieron llegar una camioneta que se detuvo donde ellos estaban y el conductor les preguntó ásperamente:

—¿Qué hacen Uds. aquí con esos paquetes? ¡Son Uds. contrabandistas! Sin perder el ánimo, los colportores le preguntaron quién era él.

—Soy el dueño de esta hacienda —respondió.

—Mucho gusto, señor —respondió uno de ellos—. Yo soy José Zuza y mi compañero es José Francia.

—No me interesan sus nombres —replicó el hombre—. ¿Qué llevan en esos paquetes?

—Llevamos libros, buenos libros.

—Ahora mismo voy a llevarlos a la policía —amenazó el hombre.

—Señor, nosotros somos de la Iglesia Adventista. Estamos cumpliendo una gran misión en bien de sus empleados, trayéndoles unos libros edificantes que ellos encargaron.

Esta explicación calmó al hacendado y despertó su curiosidad, de modo que les preguntó qué libros habían encargado sus empleados. Cuando vio los libros y oyó la ex-

plicación, no sólo quedó satisfecho, sino impresionado, y les dijo: “Uds. deberían haberme mostrado esos libros a mí también. Yo también los necesito”.

En el acto compró una colección para él, recibió los ejemplares de sus empleados y pagó el total.

Casos como éste aumentan la fe del colportor, porque demuestran que esta obra es del cielo y que Dios está con los que le sirven.

10

Milagros que se Producen al Orar con el Cliente

CUANDO el colportor ora con los clientes, realiza un doble beneficio, pues los fortalece a ellos y se fortalece a sí mismo.

La oración del colportor con la gente despierta más respeto y confianza hacia el colportor, los anima a confiar más en Dios, alivia sus preocupaciones, enternece su corazón y los predispone a recibir los libros y el mensaje. Además, orar con el cliente eleva y fortalece al mismo colportor, lo acerca más a Dios y lo coloca bajo su prosperadora bendición.

Sorpresas inesperadas han ocurrido al orar con el cliente. Gracias a esas oraciones, el cliente ve en el colportor, no un vendedor mercenario, sino un vendedor benefactor. Eso aviva su simpatía hacia el colportor y solicita los libros que había rechazado antes de orar, o empieza a indagar acerca de la verdad.

Con todo esto, el colportor no ora con la gente con el fin egoísta de vender libros, sino para despertar sus mejores sentimientos y guiarlos hacia Dios y hacia la salvación.

La gente, por su parte, aprecia esas sentidas oraciones del colportor y hasta las solicita, como aquella buena señora de Puerto Rico. El Hno. José R. Martínez estaba acompañando a un colportor. Después que ella encargó

los libros, les dijo ansiosamente: “Hijitos, antes de irse, oren por nosotras”.

Estaba yo acompañando a uno de los campeones de Puerto Rico, Miguel Cholet. Al finalizar una visita a un abogado, le propusimos orar con él, y como sucede a menudo, él llamó a su esposa e hijos para que se beneficiaran con la oración. Después de orar, dos veces nos agradeció efusivamente y nos dijo: “El mejor obsequio que podían haberme hecho ha sido esta oración”. El quedó feliz y nosotros también.

Se olvidó de algo

José Jimenes, del Brasil, había estado varios años fuera del colportaje, y aunque estaba ganando mucho dinero en su trabajo secular, no se sentía feliz. Cuando reingresó a la obra, el colportaje había entrado en una fase más francamente espiritual. Inconsciente aún de este cambio, Jimenes pasó por una gran vergüenza cuando el mismo comprador le explicó la nueva manera de colportar.

Debido a su deseo de realizar la mayor obra misionera posible, Jimenes salió a colportar con *El conflicto de los siglos*. La primera persona que visitó le encargó el libro, la Biblia y las revistas.

Jimenes quedó animado, y cuando se levantó para retirarse, el cliente le dijo:

—Ud. se olvidó de algo. El colportor miró a su alrededor y no vio nada olvidado. Abrió el maletín, y al ver todo en orden, preguntó al comprador:

—¿Qué es lo que olvidé?

—Ud. olvidó hacer lo que hizo el compañero suyo que me visitó hace un año. Antes de irse, él oró conmigo —respondió el hombre.

El buen Hno. Jimenes se sintió apenado, bajó la cabeza, y para disimular, sacó la Biblia del maletín, leyó Juan 14:1-3, oró con el cliente y se fue.

Dos años más tarde, el Hno. Jimenes ya era director de colportaje, y en una asamblea nos mostró una carta que acababa de recibir, contó la historia precedente y nos dijo:

“Esta carta cuenta que ese hombre y su familia están guardando el sábado y asistiendo a la iglesia”.

Derriba las barreras

Era un domingo cuando Francisco Guevara, uno de los más intrépidos colportores hondureños, visitó cierto hogar de San Pedro Sula. Lo atendió una señorita, quien después de escuchar la demostración de las obras, le dijo:

—No puedo comprarlas porque saldré pronto de viaje; además, mi mamá está muy enferma.

El Hno. Guevara le ofreció varios ejemplares de nuestra hermosa revista, los cuales ella compró. Luego él le dijo:

—Ud. dijo que su mamá está enferma. ¿Qué le parece si tenemos una oración en favor de su salud?

—Está bien —replicó ella—. Voy a llamarla.

Cuando la enferma llegó, los tres inclinaron su rostro y el colportor oró. Después del amén, la señorita le dijo al hermano Guevara:

—Puede anótarme esos libros que me mostró y le voy a anticipar veinte lempiras.

La oración vence los imposibles.

Por qué entrega todos sus pedidos

En una asamblea realizada en Puerto Rico, el director llamó sin previo aviso a Jenaro Vargas, y ante todos los demás le preguntó:

—Hno. Vargas, hemos visto que mientras sus compañeros entregan el 75% de los pedidos que toman, y algunos aún menos, Ud. entrega el 98% y el 100%. Díganos, ¿cómo hace para tener entregas tan buenas?

Después de un instante, Vargas respondió:

—Yo procuro tomar bien los pedidos, con algún anticipo.

—Los otros colportores también solicitan anticipo —le dijo el director—. ¿Qué más hace Ud.?

—Además, antes de retirarme, oro con cada comprador.

Ahí estaba el secreto. Es admirable la confianza, la simpatía y hasta la gratitud que la gente siente hacia el colportor que ora por ellos.

En cierta ocasión un hombre le encargó los libros a Vargas y le dijo que no podía darle anticipo. Vargas aceptó el pedido igual, y conforme a su buena costumbre, oró con ese hombre. Cuando quiso despedirse, el señor le dijo: "Espere un momento. Voy a darle cinco dólares".

Más poderosa que las armas

El gran director Pedro Camacho, de la División Sudamericana, cuenta un incidente singular que le ocurrió a un colportor jovencito, que estaba terminando una entrega de libros en una mina de carbón de Río Grande del Sur.

Cuando el colportor estaba almorzando en la pensión, el camarero le avisó que dos hombres lo esperaban afuera para hablar con él. Al salir, el colportor los vio con los libros en la mano, bien armados y enojados. En pocas y nerviosas palabras le dijeron que querían su dinero de vuelta. El les pidió que esperasen un momento hasta que él terminara de almorzar.

Eso le dio tiempo al colportor para pensar cómo proceder. Cuando regresó a atender a los hombres, los invitó a pasar a su cuarto. Al llegar, uno de los compradores entró con él, y el otro no quiso entrar. El colportor cerró la puerta y le preguntó:

—Supongo que Ud. cree en Dios, ¿verdad?

—Sí —contestó de mala gana el visitante.

—Entonces, antes de hablar de los libros, vamos a orar a Dios.

Y sin esperar, el colportor se arrodilló. El hombre quedó confundido, y aunque no estaba con ánimo de orar, también se arrodilló. Cuando el colportor terminó de orar, le pidió al hombre que orara él también, y esperó. Pero el hombre no oraba; estaba molesto y sudaba profusamente. Al fin pidió permiso, se levantó y salió rápidamente.

Al verlo salir con los libros en la mano, el compañero que había quedado afuera, le preguntó:

—¿No vas a devolver los libros?

Sin detenerse siquiera, el otro contestó:

—¡No, vámonos pronto! —y siguió alejándose con paso rápido, seguido de su compañero.

El espíritu de oración, puede más que las armas y las palabras.

La fama de los adventistas

Cuando Ivo Siqueira visitó a una familia de Taguaté, en el Estado de San Pablo, Brasil, descubrió que eran testigos de Jehová. Entonces le dijo al señor de la casa:

—Los “testigos” conocen mucho la Biblia.

—No, señor —replicó el dueño de la casa—. Nadie conoce la Biblia tan bien como los adventistas; tanto, que nuestros dirigentes nos advierten que no debemos hablar con ellos.

El hombre tenía razón. En todos los certámenes bíblicos nacionales realizados en el Brasil, los adventistas habían ganado los primeros lugares, y cuando participaron en el certamen bíblico mundial en Jerusalén, los adventistas del Brasil habían ganado también, una vez el segundo lugar, y otra vez el primero.

Apenas Ivo empezó a presentarle los libros, el hombre preguntó:

—Entonces ¿es Ud. adventista?

—Sí, señor.

—En ese caso, puede irse de mi casa.

El colportor se levantó para salir, pero antes le dijo:

—Antes de irme, ¿quiere que oremos?

—Bueno —contestó el hombre.

Terminada la oración, el testigo de Jehová había cambiado de actitud y le dijo:

—Veo que Ud. es un buen cristiano. Hasta hoy nadie había orado conmigo. Voy a comprar sus libros. ¿Cuánto cuestan?

Así el hombre encargó los libros y dio un buen anticipo, casi sin haber oído de qué trataban.

Cambió mi vida

A veces se puede orar con el cliente en perspectiva aun antes de ofrecerle los libros, como en el siguiente caso.

Cuando el pastor Félix Rodríguez trabajaba en el colportaje, un día estaba acompañando a una colportora y entraron a visitar a un farmacéutico de Santurce, Puerto Rico. Después del saludo, el farmacéutico les dijo en forma ruda:

—Si se trata de libros, no quiero saber nada.

—Sr. Fulano, permítame explicarle —contestó Rodríguez.

—Salgan por la misma puerta por donde entraron —insistió el hombre.

—Bien, vamos a salir, sin embargo, parece que Ud. estuviera afectado por algún problema, y tengo la impresión de que le traemos la solución que necesita. Nosotros somos adventistas. Permítame una pregunta. Ud. cree en la oración, ¿verdad?

Sin decir una palabra, el hombre asintió con la cabeza. Entonces el pastor Rodríguez siguió diciéndole:

—Quisiéramos orar por Ud., para que Dios le ayude a resolver sus problemas; pero aquí no, permítanos pasar allí adentro.

Cuando estaban por la mitad de la oración, el hombre empezó a llorar a sollozos, como un niño. Cuando se levantaron de la oración, el farmacéutico echó sus brazos sobre el pastor Rodríguez y le dijo:

—Perdónenme Uds. Yo no quería recibirlos, porque unos testigos de Jehová han deshecho mi hogar, aconsejando a mi esposa a separarse de mí.

Luego encargó los libros. El día de la entrega encontraron que su esposa había regresado al hogar, y entonces él les dijo:

—Aquella oración que ofrecieron por mí, cambió mi vida. Ahora soy un hombre feliz.

Un colegio por una oración

Pueden ocurrir cosas insólitas en respuesta a una oración. El pastor E. J. Kanna, entonces departamental de la Misión de Bahía, Brasil, nos contó un día el siguiente milagro.

Cierta noche de septiembre de 1963, recibió la visita de un abogado, presidente de la Cámara Municipal de Ita-

quara. El hombre le preguntó si la Iglesia Adventista aceptaría de regalo un colegio que la Municipalidad de Itaquara había edificado en esa ciudad. El ofrecimiento incluía el sueldo del director y de los profesores. Después de estudiar la propuesta, la Misión aceptó el regalo.

En una ocasión posterior, el pastor Kanna le preguntó al presidente de la Cámara Municipal por qué ellos habían elegido a la Iglesia Adventista para donarle ese colegio. La respuesta fue reveladora.

El presidente contestó que la elección de la Iglesia Adventista se debía al deseo del hombre más rico y más influyente de ese lugar, un señor llamado Agenor Araujo. “Pregúntele a él”, sugirió el presidente al pastor Kanna.

El pastor repitió la pregunta al Sr. Araujo, quien le reveló algo hermoso. “Hace catorce años —dijo— me visitó en mi finca un joven adventista que vendía libros. Me habló de su religión, me leyó la Biblia y quiso que yo me hiciera adventista. Antes de irse, oró conmigo. Quedé tan impresionado por aquella oración, que nunca la pude olvidar. Entonces me di cuenta que los adventistas son personas de principios rectos, que tienen luz. Por eso quisimos que Uds. se encargaran de la dirección espiritual de esta ciudad”.

Entonces nuestra Misión consiguió el personal adventista necesario para este nuevo colegio, que empezó a funcionar en seguida.

A las pocas semanas de empezar las clases, el director dictó una serie de conferencias, y allí donde hasta entonces no había ningún adventista, un par de meses después, fueron bautizados los primeros cuarenta conversos. Entre ellos estaba el Sr. Agenor Araujo, entonces presidente del banco de la ciudad, y con quien el colportor había orado catorce años antes.

Además de esas primeras conversiones, hubo otros resultados notables. El cine y el bar con su venta de bebidas alcohólicas, fueron clausurados, y la gente de ese pueblo estaba admirada de la buena influencia ejercida por los adventistas.

¡Quién puede medir el grandioso resultado de una ora-

ción ferviente, como la que realizó aquel modesto colporteur con ese hacendado!

El hombre de Dios

He aquí otro admirable caso del poder de la oración del colporteur en favor de su cliente. En Ponta Porá, Mato Grosso, Brasil, el colporteur José Oliveira llamó a cierta casa, y la señorita que lo atendió le dijo: “Es imposible hablar con mi padre. Hace tres meses que está enfermo de gravedad”.

No obstante, hablándole con tacto, el colporteur consiguió entrar. Cuando Oliveira narraba este caso nos dijo: “Encontré al enfermo en su cama, al borde mismo de la eternidad, sin esperanza de sanar”.

El enfermo no encargó los libros. El colporteur guardó el prospecto y sacó la Biblia. Le leyó varios pasajes alentadores y oró con él y por él. Al terminar la oración, de su propia iniciativa, el hombre encargó una Biblia.

Cuando Oliveira regresó a entregar la Biblia, quedó asombrado al ver al hombre levantado, en la sala y conversando animadamente con un amigo. Tan pronto como el ex enfermo vio al colporteur, le dijo a su amigo:

—Ahí viene el hombre de Dios.

—¿Cómo está, Sr. Fulano? —le preguntó el colporteur.

—Casi sano, —respondió el hombre.

Entonces ese señor le explicó al amigo:

—Yo estaba muy enfermo y perdido. Hace algunos días este joven oró por mí y ahora me siento bien.

En otras visitas Oliveira le dio estudios bíblicos a ese señor. Cuando llegaron al tema del sábado, el hombre le preguntó al colporteur:

—¿Dónde está su iglesia? Y desde entonces asistió asiduamente a los cultos. Al relatar el caso, Oliveira terminó diciendo: “Todo colporteur puede hacer esta obra”.

“Ud. no tiene paz”

Con mayor frecuencia cada vez, los colportores están encontrando o provocando la ocasión de orar con las personas

que visitan. Veamos cómo procedió el colportor Luis Nieto, de Colombia.

Un comerciante se mostró serio y reservado con él y al fin, no le compró los libros. Nieto guardó su prospecto y mirándolo al rostro, le dijo cariñosamente:

—Don Hernando, Ud. no tiene paz en su corazón.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sorprendido el hombre.

—Se ve en su rostro, y estos libros que le ofrecí le traerán la paz y la salvación que necesita.

Entonces Nieto agregó:

—Yo tengo fe en Dios y voy a orar por Ud. Después de una breve pausa, siguió diciendo:

—Si quiere, podemos orar ahora y aquí mismo.

El hombre consintió, y aunque estaban en el almacén, Nieto elevó una corta oración en favor de ese señor. Al despedirse le dijo:

—Seguiré orando por Ud., y además, sepa una cosa, siempre tendrá en mí a un amigo para servirle.

Dos semanas después, Nieto estaba entregando libros y uno de los compradores le dijo:

—Don Hernando lo está buscando desesperadamente.

—¿Para qué? —preguntó Nieto.

—Para que le lleve los libros —fue la respuesta.

Cuando Nieto volvió a ese comercio, don Hernando le compró los libros, se inscribió en el curso bíblico y empezó a recibir estudios.

Esta es otra prueba del poder de la oración con el cliente, para cambiar los corazones indiferentes y despertar en ellos el ansia de la salvación.

Soluciona mis problemas

Colportando en Arecibo, Puerto Rico, Rafael Urbáez visitó a un ingeniero y le ofreció la colección de cuatro libros grandes, pero el cliente encargó solamente uno de los cuatro libros.

El día de la entrega el ingeniero recibió el libro, y conversando un poco con Urbáez, le contó algunos de sus problemas. Para ayudarle a confiar en Dios, Urbáez le dijo:

—Yo tengo un amigo que me ayuda a solucionar mis problemas y él podría ayudarle a Ud. también.

—¿Quién es ese amigo?

—Ese buen amigo es Dios —respondió Urbáez—. Cuando tengo alguna dificultad, se la presento a él en oración. Yo acostumbro a orar asiduamente.

Por un momento, el ingeniero quedó pensativo, luego comentó:

—Yo también necesito aprender a orar.

—¿Por qué no oramos ahora mismo? —sugirió Urbáez.

Después de la oración, el ingeniero le preguntó qué otros libros vendía. Y ese hombre que en la primera visita no había querido comprar más que un solo libro, ahora le encargó libros por valor de cien dólares.

Este ejemplo muestra que debemos orar con los que visitamos para animarlos a confiar en Dios. Ahora hay más colportores que están orando con casi todos los que visitan, sea que encarguen los libros o no.

Cómo ofrecer la oración

Hay diferentes maneras de proponer la oración a un cliente. Todo depende de las circunstancias y de la conversación que el colportor haya sostenido con el individuo. Sin embargo, presentamos aquí una forma general que puede adaptarse a muchos casos.

Al terminar la entrevista, sea que se haya tomado o no el pedido, después de pedir información y recomendaciones, podemos decir a la persona:

“Sr. Fulano, ha sido un placer visitarlo; Ud. ha sido muy atento conmigo. Ahora quisiera dejarle un obsequio que lo reconforte. Sin duda, Ud. tiene fe en Dios y en la oración. Yo también creo. Ud. sabe que la oración es la mejor manera de resolver nuestros problemas. Si me permite, me gustaría elevar una oración a Dios en su favor, antes de retirarme. Yo oro y Ud. escucha. ¿Está bien?”

11

Cómo Empezaron Algunos a Colportar

EN TODO comienzo hay alguna inseguridad que produce cierto temor natural. Inicié una vez a un colportor cuyo primer cliente fue un comerciante. Ese recluta estaba tan nervioso que por tres veces casi pierde el aliento. Providencialmente, cada vez que llegaba ese instante crítico, entraba algún cliente, y el dueño nos dejaba para atenderlo. Eso salvó al colportor del desmayo. Sin embargo, al fin de esa accidentada presentación ocurrió el milagro. El hombre encargó los libros y dio un buen anticipo.

Felizmente, no todos los comienzos son tan difíciles. Además, esa nerviosidad desaparece tan pronto como uno empieza. Después de cuatro o cinco visitas, especialmente después que el novicio toma su primer pedido, la nerviosidad desaparece y el colportaje se vuelve natural y feliz, y con frecuencia emocionante.

Por supuesto, cuanto mejor preparado esté el principiante, menos nerviosidad sentirá, y más fácil y exitoso será el comienzo.

Para facilitar y asegurar el éxito desde el principio, y para no privar a la gente de los libros y revistas de vida que tanto necesitan, el colportor debe memorizar bien el relato de venta, los puntos de reserva y el manejo del prospecto.

Además, cuanto mejor comprenda el colporteur que esta obra es de Dios, que Cristo lo acompaña, que toda alma necesita nuestras publicaciones, que él realiza el mayor favor del mundo a la gente, más sereno estará y más gusto e inspiración sentirá por el colportaje.

También cuanto más se preocupe el colporteur por la salvación de las almas que visita, menos se preocupará por sí mismo, más libre estará del temor, más valentía sentirá para visitar a la gente, para ofrecerles nuestros libros y revistas, y para hablarles de su alma y del amor de Dios.

Sin saber el idioma

Pocos principiantes han tenido un comienzo tan singular como Max Grunzeug. Acababa de llegar a Venezuela procedente de Alemania, con escaso conocimiento del castellano.

Antes de salir de su tierra natal, alguien le aconsejó que para aprender el idioma castellano, saliera a colportar. Pero el director de colportaje de Venezuela pensó que sería imposible o muy difícil colportar sin saber el idioma. Sin embargo, le entregó el relato de venta y el prospecto.

Aunque fue una tarea dura, Grunzeug memorizó el relato. Entonces el director lo acompañó a la calurosa ciudad de Valencia, entonces de unos 20.000 habitantes, capital del Estado de Carabobo.

Debido a otros compromisos, el director no pudo iniciarlo en esos días, así que le dio algunas instrucciones, le prometió regresar a la siguiente semana y lo dejó para que empezara solo. ¡Tremenda situación!

El director le había dicho entre otras cosas: “Trabaje de 8:30 a 11:00 de la mañana en el comercio. A esa hora vuelva a la pensión, tome una ducha, almuerce, descanse unos minutos; luego de 12:00 a 2:00 de la tarde colporte en casas de familia; de 2:00 a 5:00 otra vez en el comercio. A esa hora tome otra ducha, la comida y un descanso, y de 6:00 a 9:00 colporte en casas de familia otra vez”. En total, más de diez horas de trabajo diario.

También le dijo: “Si puede, vea primero a quien en

aquel tiempo se llamaba presidente del Estado". Para el disciplinado Hno. Grunzeug, esas recomendaciones eran ley y las cumplió al pie de la letra.

Al día siguiente, exactamente a las 8:30 de la mañana, Grunzeug se presentó en la gobernación, y un tanto nervioso, pidió hablar con el presidente. La secretaria recibió su tarjeta y le dijo que esperase. Grunzeug esperó hasta las nueve, hasta las diez, hasta las diez y media, y la secretaria no le decía nada. Entonces el novato colporteur se fue, pensando que había perdido la mañana, sin percibir que Dios lo estaba dirigiendo.

De regreso en la pensión, tomó la ducha, almorzó, descansó, y a las doce salió a colportar en una zona residencial.

Una vez allí, llamó en una casa de hermoso aspecto. La señora lo invitó a entrar y en seguida empezó a presentarle el libro. La señora le dijo: "Espere un momento", y llamó al esposo.

Grunzeug empezó el relato de nuevo, que era todo lo que sabía decir. Cerca del fin del relato, el hombre le hizo una pregunta. Grunzeug no entendió, se puso nervioso y olvidó el resto del relato. ¿Qué hacer ahora? Empezó el relato de nuevo. El hombre parecía comprender la situación y reía de buena gana. Al fin le dijo: "Bueno, voy a comprarle". Aquello fue el cielo abierto para el colporteur.

En la siguiente casa ocurrió un milagro mayor aún. Grunzeug llegó a una enorme mansión ubicada en el centro de una manzana, rodeada de un hermoso jardín y una cerca. El colporteur rodeó toda la manzana, y aunque parezca raro, no encontraba la entrada. Por fin se cruzó con un niño y le preguntó:

—¿Quién vive aquí?

—El Dr. Tejera —respondió el pequeño.

—¿Y dónde está la entrada?

—Venga conmigo y le mostraré.

Cuando Grunzeug llamó, salió una sirvienta, lo miró con extrañeza y se fue sin atenderlo. Luego vino un joven. Grunzeug le dio su tarjeta y le dijo:

—Quiero hablar con el Dr. Tejera.

—Espere un momento, —respondió el joven, y cuando regresó, le dijo:

—Sígame. Atravesaron la cocina y otras habitaciones y llegaron a una sala donde estaba el doctor Tejera esperándolo. El hombre escuchó el relato y preguntó:

—¿Este libro es religioso?

—Sí, es un libro adventista —pudo contestar el colportor.

—Tráigamelo —respondió el médico, y firmó.

Cuando el colportor quiso salir por donde había entrado, el médico le dijo:

—No, por este lado.

Entonces Grunzeug comprendió que había entrado por la puerta de servicio.

Cuando iba saliendo, un policía lo detuvo y le preguntó:

—¿Por dónde entró Ud.?

—Por la puerta de atrás.

—No comprendo cómo pudo entrar, comentó el policía.

—Yo tampoco —agregó Grunzeug, y siguió su camino.

Luego visitó una gasolinera. Cuando el dueño vio el nombre de los compradores, encargó también el libro y dijo:

—¡Qué clientes importantes tiene Ud.!

—¿Por qué? —preguntó Grunzeug.

—Porque ese nombre del médico que tiene ahí, es el presidente del Estado.

Entonces Grunzeug comprendió que Dios estaba con él, y que él abre las puertas a los que aceptan su llamado.

Cuando Grunzeug supo que su segundo comprador era nada menos que el presidente del Estado, visitó al secretario, quien también compró su libro. Pidió su autorización para trabajar la gobernación y alcanzó un éxito espectacular. Esa primera tarde de colportaje de su vida, yendo de un escritorio a otro, tomó 39 pedidos.

A la semana siguiente, cuando el director fue a iniciarlo, quedó asombrado. El éxito que tuvo ese colportor extranjero, que no sabía el idioma, era increíble. En ese primer mes Grunzeug tomó 344 pedidos, un promedio de 17 pedidos por día. Para entregar todos esos libros tuvo que al-

quilar un taxi durante dos días. De toda esa cantidad, apenas tres personas rechazaron su libro.

Así prospera Dios a los esforzados y tenaces. Grunzeug empezó en la más difícil condición. No obstante, llegó a ser el colportor de más ventas de toda la División. Además, más tarde en Caracas, ganó a una familia de cinco personas. Colportó durante seis años y llegó a ser director de colportaje de Honduras.

El dice: “La palabra imposible no existe para Dios. Aquella tarde en que empecé a colportar, Dios me cegó para no ver la entrada principal de la casa del presidente, porque el policía no me hubiera dejado entrar. Aquel niño que me llevó a la puerta trasera de la casa, fue para mí un ángel”.

Un buen comienzo

No siempre los novicios tienen un comienzo difícil, ni siempre tienen que esperar mucho para encontrar almas prontas a aceptar la verdad.

Esa fue la experiencia de José Pinto, en la Misión Central del Brasil. Cuando lo inició, el director hizo las primeras presentaciones y después de tomar algunos pedidos, le dio el prospecto a Pinto para que empezara él.

Para que la primera entrevista fuera más fácil para Pinto, el director le pidió que fuera solo, mientras él lo iba a esperar allí cerca orando.

Al llegar a la finca para hacer su primera oferta, Pinto no encontró al dueño. Vio a dos hombres arrancando frijoles y temblando con esa nerviosidad natural del principiante, les presentó sus libros. Para su alegría, cada uno de ellos le encargó *Vida de Jesús*, *Excelencia de las buenas maneras*, la Biblia y cinco libros pequeños.

Cuando Pinto volvió a entregar los libros, encontró al dueño, quien le preguntó qué libros estaba vendiendo. Después de verlos, él también los encargó, y le dijo: “Esta noche vaya a posar en mi casa, para que nos enseñe la Biblia”.

Aunque todavía era temprano y tenía que hacer otras entregas, Pinto aceptó la invitación de quedarse en esa casa.

Esa noche estudió la Biblia con ese hombre y su sobrino. Como estaba cansado, acortó el estudio para retirarse a descansar, pero el señor le hizo pregunta tras pregunta y quedaron estudiando hasta la una de la mañana.

Pinto siguió visitándolos y estudiando la Biblia con ellos, y algunos meses después, cinco personas fueron bautizadas allí, el dueño de la finca, su hermana y tres sobrinos. ¡Un hermoso y envidiable comienzo!

“Yo cometí un error”

A los 17 años de edad, Saúl Llenez, de Venezuela, enfermó gravemente de peritonitis. Cuando su vida estaba pendiente de un hilo, oró a Dios prometiendo que si lo sanaba, se dedicaría a su obra.

Cuando se puso bien, escribió al director de colportaje, y después de la debida preparación, el subdirector lo inició trabajando cuatro días con él. El primer día en que Llenez empezó a colportar solo, tuvo una de esas duras experiencias que el enemigo provoca para desanimarnos y que Dios permite para fortalecernos.

Durante toda la mañana no tomó ningún pedido. A eso de las tres de la tarde, una señora decidió encargar sus libros. Cuando estaba por firmar, salió un hombre del interior de la casa, y enojado, le habló a gritos, diciendo entre otras cosas: “Lo oí desde la otra habitación. Ud. está engañando a mi esposa. A ver su credencial”.

El colportor quiso hablar, pero el hombre levantó más la voz y no lo escuchó. En cambio, sacó su revólver, tomó al colportor por un brazo y le dijo:

—Ud. queda detenido.

Al oír los gritos, la gente empezó a aglomerarse junto a la ventana. Pronto se habían reunido como veinte curiosos.

Entonces Saúl le preguntó al hombre con qué autoridad quería detenerlo.

—Yo soy el segundo jefe de policía —respondió el hombre.

Mientras seguía amenazándolo con el revólver, el colportor le dijo:

—Señor, yo soy de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y estoy presentando estos libros para el bien de los hogares. Ud. sabe que el mundo está sufriendo de muchos problemas. Estas obras son una protección para el hogar y los hijos, porque ayudan a evitar los problemas actuales y contribuyen a su solución, ayudan a mejorar la salud y alcanzar la paz del corazón.

El hombre se fue calmando y escuchó el resto de la presentación. Al fin, el hombre guardó su revólver y le dijo al colporteur:

—Joven, perdone lo que hice con Ud. Ahora comprendo el buen motivo de su visita.

Sacó su lapicera, firmó y espontáneamente le dio la mitad del importe.

Seguidamente invitó a los que estaban mirando por la ventana a entrar, y les dijo:

—Yo cometí un error al tratar a este joven de esta manera. Les pido que Uds. también me perdonen. El está presentando algo muy bueno. Los invito a que vean los libros y a que también los encarguen.

De esas personas, ocho encargaron los libros y cinco compraron el juego de revistas. Además, el subjefe invitó a Saúl a la estación de policía, lo presentó al jefe, quien también encargó los libros.

Así convierte Dios las dificultades en hermosas victorias para los que no se desaniman y prepara a sus obreros para mayores triunfos en su obra.

Este miedo es del diablo

Walkirio Lima también sintió el miedo de los novicios. Empezó a colportar solo y antes de ser bautizado. Lo autorizaron a tomar suscripciones a la revista *Vida e Saúde*.

Lo primero que hizo al llegar a la ciudad brasileña de Sobral, fue buscar alojamiento. Una vez instalado oró a Dios y salió a empezar su trabajo. Cuando se iba acercando al centro de la ciudad, aunque hacía calor, sintió un frío glacial por todo el cuerpo y no se animó a empezar.

Regresó a la pensión, oró otra vez y salió decidido a em-

pezar. Pero al llegar al centro, de nuevo sintió aquel frío y volvió a la pensión a orar. Y aunque parezca raro, nueve veces oró y salió decidido a empezar, y ocho veces regresó deprimido y acobardado.

Por fin se dijo a sí mismo: "Este miedo es del diablo. Tengo que vencerlo. Voy a empezar ahora mismo". En la primera visita, su tenacidad fue severamente probada. Su primer entrevistado fue un médico, quien al ver la revista, reprendió descortésmente a Lima, diciéndole: "¿No le da vergüenza a un hombre de su edad, venir a ofrecerme una revista de salud?" Y lo echó de su consultorio.

Walkirio salió derrotado, pero no vencido. Sin embargo, al mirar los grandes edificios que tenía que visitar, de nuevo sintió ese frío que le corría por la espalda.

Llegó a un banco y decididamente se dirigió a la oficina del gerente. El hombre lo atendió mejor, se suscribió a la revista y lo autorizó a ver a los demás empleados. Salió de la gerencia, se acercó al mostrador del banco y fue llamando a los empleados uno por uno. Tomó seis suscripciones y con cada suscripción que tomaba, se sentía más fortalecido. Eso ya era un buen comienzo.

Después entró en un centro escolar y tomó diez suscripciones más. Desde entonces su trabajo fue tan bien, que Walkirio comprendió que aquel miedo inicial era del enemigo que quería desanimarlo para impedir que las almas recibieran la luz de Dios.

Walkirio Lima se volvió tan valiente en el colportaje que en aquel tiempo y en aquel lugar de prejuicio religioso, una vez un hombre le preguntó:

—¿Es protestante este libro?

—Hasta la letra —respondió Walkirio mirándolo de frente. Al hombre le gustó esa franqueza y encargó el libro.

"Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?"

¿Por qué desanimarse?

La primera vez que Benito Raimundo empezó a colportar, fue acompañado por el director auxiliar hasta la ciudad de Piracicaba, Brasil. El primer día trabajaron entre las au-

toridades y las personas de mejor posición, con el más completo fracaso; no tomaron ningún pedido. Al final del día, los dos se sentían cansados y deprimidos, especialmente el subdirector.

Entonces el subdirector le dijo a su discípulo: “Siento que no hayamos tomado ningún pedido. Tengo que irme ya. Lo mejor será que Ud. pase un telegrama al director y le pida otro territorio”. Y el subdirector se fue.

Pero el joven Raimundo tenía otro espíritu. Además, por la fuerza de las circunstancias, pensó: “¿Cómo pasar un telegrama si no tengo dinero para pagarlo, ni para pagar la pensión, ni para ir a otro lugar?” Así que no aceptó la derrota como un fracaso ni siguió el consejo.

A la mañana siguiente, después del descanso nocturno, se sintió mejor y con más esperanza. Mientras tomaba su baño matutino pensó dónde trabajar ese día y decidió acertadamente empezar entre los humildes. Hizo su primera presentación a un comerciante modesto y tomó su primer pedido. Eso aumentó su fe y su ánimo y el resultado final de ese primer día de colportaje para él, fue un maravilloso contraste con el día anterior. El novicio principiante terminó ese día con 18 pedidos en su prospecto.

Entonces sí, Raimundo mandó un telegrama. Pero en vez de pedir otro territorio, pidió doscientos libros que alcanzaron para su primera entrega. El que no se desanima, sino que mantiene sus ojos en Cristo Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe y director de esta obra, realiza maravillas.

“Ud. tiene el poder de Dios”

El primer día que empezó a colportar, la señora Vanda de Munis, de Río de Janeiro, notó que mientras ella presentaba el libro *Vida de Jesús* en cierta casa, el señor que la escuchaba estaba conmovido y llorando. Por fin él le dijo:

—¿Es Ud. creyente?

—Sí, señor. Soy adventista del séptimo día —respondió ella.

—Se ve que Ud. tiene el poder del Espíritu Santo. ¡Con qué seguridad habla! Eso me conmueve y estoy más impresionado todavía porque anoche soñé con ese grabado que me está mostrando y con esas mismas palabras que me está diciendo.

La colportora tomó el pedido, le dio un estudio bíblico a él y a su esposa y lo inscribió en el curso bíblico postal.

Ese mismo día, primer día de colportaje para ella, Vanda tuvo otro caso milagroso. Una señora le contó su gran aflicción por causa de su esposo que fumaba, bebía y jugaba a las carreras. A esa señora, Vanda le vendió una sola revista, pero empeñó su fe diciéndole: “Voy a orar por su esposo, y Ud. verá lo que esta revista hará por él”.

Y el que oye la oración de sus hijos, no defraudó la fe de la Hna. Munis.

En otra visita, esa señora le contó a la colportora el grandioso resultado de la revista. Un día, el esposo la llevó consigo y la leyó mientras iba en el ómnibus a su trabajo. Algunos días después, el hombre preguntó a su esposa: “¿Dónde conseguiste esa revista?” Cuando le explicó que la había comprado de una señora, el esposo agregó: “Cuando veas a esa señora, felicitála, porque gracias a esa revista decidí no fumar más, ni beber más, ni jugar más”.

Entonces la señora siguió contándole a la colportora: “Mi esposo está transformado. Antes diariamente volvía ebrio a la casa, ahora no ha vuelto más a los vicios, en cambio lee la Biblia, asiste a la iglesia conmigo y realiza el culto de familia en casa”.

Estos dos milagros ocurrieron el primer día de colportaje de la Hna. Vanda Munis. ¡Qué alegría y qué inspiración siente el colportor de fe, al ver que el poder del cielo lo acompaña!

El espíritu del triunfo

Cuando José Francia, de Paraná, Brasil, recibió el llamado a colportar, vendió su finca con el fin de consagrarse enteramente a esta obra de Dios. Un buen hermano se compadeció de él, y queriendo ayudarle, le hizo una bonda-

dosa oferta. Le dijo: “Hno. Francia, Ud. quemó su terreno. Pero yo le voy a prestar otro, para que Ud. cultive una huerta y tenga con qué vivir”.

Pero Francia le respondió con fe y decisión: “Muchas gracias, hermano. Yo no voy a *probar* el colportaje, voy a *dedicarme* a esta obra y el Señor me bendecirá”.

Desde entonces, año tras año, José Francia ha colportado con éxito en las ventas y en la ganancia de almas, verificando que Dios prospera a los que confían en él, y trabajan con fervor y abnegación. Todos los años Francia estuvo entre los campeones del Señor, y hasta llegó a ganar a quince almas en un solo año.

Rebosando gratitud

Waldir Santos era un joven de campo. Sentía un intenso deseo de ser colporteur, pero no se le abría el camino. A veces hasta se le salían las lágrimas por su ansiedad de trabajar para Dios.

Una noche, sintió en su sueño una voz que le hablaba. No vio a nadie, pero oyó claramente una voz que le decía: “Waldir, deja todo y entra en el colportaje”. En ese sueño oyó tres veces las mismas palabras.

Dos meses después tuvo otra vez el mismo sueño. Aún así, no podía resolver sus problemas financieros. Durante un tiempo y por muchos días trabajó en el campo hasta media noche para reunir algún dinero con que empezar a colportar. Y al fin pudo cumplir el gran anhelo de su vida. Tres años después, al contar su experiencia, nos dijo: “Ahora mi corazón está rebosando gratitud y alegría”.

Un día, estaba ofreciendo sus libros en cierta casa y llegaron dos hombres. Uno de ellos era conocido de Waldir, porque un año antes le había vendido varios libros y le había dado un estudio bíblico. Cuando vio al colporteur el hombre le dijo: “A ver si me visita algún día, tengo muchas cosas que hablar con Ud.”

Cuando Waldir llegó a casa de ese hombre, le dio otro estudio y le marcó en la Biblia los Diez Mandamientos. Al final, este hombre le dijo a Waldir: “Me parece que Dios

lo ha enviado a mi casa. De aquí en adelante vamos a guardar el sábado”.

Este es el mayor gozo de los colportores, el mejor premio que Dios puede darles.

“Dios me cambió la voz”

A pesar de la oposición de sus padres, Irineo Pereira aceptó la verdad que le impartió un esforzado mensajero de la página impresa. Cada vez que yo visitaba su ciudad en el Uruguay, Irineo me hablaba de su deseo de colportar. “Siento que Dios me está llamando a colportar”, me decía.

Aunque la misión necesitaba colportores y aunque él era sincero y ferviente, nunca animé su deseo. El tenía lo que me parecía un grave impedimento. Irineo era lento, a veces tartamudeaba; de poca escuela, tosco, sin refinamiento social. Y lo más grave estaba en su voz. Tenía una voz aguda, alta, muy tiple y femenina, que provocaba la risa de los que le oían hablar. Hasta a los hermanos de la iglesia, que lo apreciaban, les costaba reprimir el espíritu festivo que provocaba su voz.

No obstante, el presidente de la misión me dijo sabiamente: “Sin embargo, si él siente que Dios lo llama al colportaje, no sería justo negarle la oportunidad de probar su llamado”.

Así, Irineo fue aceptado e hice los preparativos para iniciarlo. Un día, me escribió diciendo que había memorizado bien el relato, que el día designado estaría esperándome y terminaba diciendo lacónicamente: “Dios me cambió la voz”.

El día en que bajé del ómnibus para ir a iniciarlo, allí estaba Irineo esperándome, feliz y sonriente. En seguida oí algo raro en él y le pregunté:

—Hermano Pereira, ¿qué le pasa? ¿está resfriado?

El me miró sorprendido y respondió:

—No. ¿No se acuerda que le escribí diciéndole que Dios me cambió la voz?

—¿Dios le cambió la voz? Sí, recuerdo, ¿cómo fue?

—Pues yo noté que cuando yo hablaba, la gente se

reía de mí. Me di cuenta que eso iba a estorbar mi éxito en el colportaje; así oré a Dios diciéndole que si él quería que yo entrara en la obra del colportaje, que me cambiara la voz. Y Dios me cambió la voz.

Al oír esa explicación quedé más admirado aún y volví a preguntarle:

—Bueno, ¿cómo sucedió ese milagro? Cuando Ud. terminó de orar ¿se le cambió la voz en el acto?

—No —respondió él—. Después de la oración, no sucedió nada. Pero unos días después me resfrié y quedé ronco. Después sané del resfrío, pero mi voz quedó así de gruesa.

Y ¡qué cambio! Aunque en ese entonces Irineo tenía 25 años, ahí estaba ahora con una nueva voz gruesa, varonil, de timbre bajo y agradable, y esa voz le quedó así siempre. Para el Todopoderoso Creador, todo es posible.

Ese mismo día, tarde en la noche, llegamos al pueblecito de Cebollatí, donde lo iba a iniciar en la venta de un libro religioso, la Biblia y las revistas. Luego él iba a seguir colportando en el campo.

A la mañana siguiente empezamos. Yo hice varias presentaciones y tomé algunos pedidos, mientras él observaba. A eso de las once de la mañana le pregunté: “¿Quiere empezar ya?” Otros novicios generalmente pedían postergar el comienzo, pero él respondió: “Bueno”. Entonces le di los prospectos.

En ese tiempo seguíamos un sencillo pero eficaz método, que ayudó a elevar a la pequeña Misión Uruguay, desde los últimos lugares en la división, al segundo puesto en ventas en toda Sudamérica. Llevábamos dos prospectos, uno del libro grande, y otro de tres libros chicos. Con cada unidad iba la Biblia y la suscripción de la revista por un año. Entonces, al que no encargaba el libro grande, le ofrecíamos los libros chicos, y al que no encargaba ni los chicos, le ofrecíamos una colección de cuatro revistas.

Pero en su primera presentación, Irineo no procedió así, a pesar de que yo había seguido ese método cuidadosamente, para darle el mejor ejemplo posible. En la primera casa donde llamó, Irineo presentó el libro grande y tomó el pe-

dido. Su primera oferta fue una venta. ¡Magnífico comienzo!

Yo pensé que Irineo se despediría, pero no. Guardó el prospecto del libro grande, sacó el prospecto de los libros chicos y también se los ofreció. El hombre le dijo: “Muy bien. Tráigame estos también”.

Ahora sí, Irineo se despediría, pero tampoco lo hizo. Guardó el prospecto de los libros pequeños, sacó las revistas y se las ofreció. “Muy bien —dijo el señor—. Me quedo con ellas”. “Estas revistas se pagan ahora”, le explicó Irineo con naturalidad. Y el señor se las pagó. Esa tarde entregamos esos libros, porque el hombre nos dijo que ese mismo día salía a su casa de campo.

De esa manera, desde el mismo comienzo, el joven a quien Dios le cambió la voz tuvo un éxito muy satisfactorio.

Un estudiante colporteur me dijo una vez: “Yo no sé cómo un joven tan simple y sin instrucción puede vender libros”. ¿La explicación? Mientras ese joven estudiante era académico y frío, Irineo, el simple, tenía el fervor del misionero que piensa primero en la salvación de los que visita.

La maravilla es que Irineo no sólo vendía libros, sino que también ganaba almas en un país difícil para los resultados misioneros. Entre las personas que ganó se contaba una maestra y su familia.

El siguiente caso singular es un ejemplo de la gracia divina que lo acompañaba. Un hacendado le dijo: “No voy a comprar su libro porque parece comunista”.

El respondió: “Siento que no le expliqué bien. El libro no es comunista, sino cristiano. Aquí puede verificarlo” y le mostró otros capítulos religiosos del libro. “Además —siguió diciendo Irineo—, con esta obra le dejo también la Santa Biblia, que es la Palabra de Dios”.

Entonces el hacendado aceptó y pagó los libros. En seguida, con esa misma Biblia, que acababa de entregarle, Irineo le leyó y le explicó los Diez Mandamientos al hombre y su familia, y en el acto ellos aceptaron el sábado. Irineo volvió a casa de ese hombre, y pasó el siguiente sábado con ellos. Les dio otros estudios y también les cantó el

hermoso himno “Oh, qué amigo nos es Cristo”, y mientras él cantaba, ellos oían conmovidos y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Ahí estaba el milagro divino. Esa voz que antes provocaba hilaridad, ahora conmovía hasta las lágrimas. Eso evidencia los prodigios que Dios ejecuta en los que le sirven y por medio de ellos. El da el talento y prospera a los que aceptan su llamado y trabajan con amor.

